

Los Fabricantes Del Tiempo

Ben Bova

PREFACIO

Cuando menos desde la época de Noé, el tiempo ha sido siempre una cosa del máximo interés para él hombre. Aunque los científicos comienzan ahora a trabajar hacia las modificaciones y el control del tiempo meteorológico, este libro no pretende ser una predicción acerca de cómo o cuando se producirá el control del tiempo. Este libro es simplemente un relato, una historia de personas y de ideas, y del modo en que algunas veces estas dos cosas se entrelazan e interactúan.

La mayor parte de la ciencia que aparece en este libro todavía no ha sido inventada y quizá nunca lo sea. La Ciencia Ficción presume el uso de una licencia poética que incluye el derecho a usar cualquier idea - real o imaginada - siempre y cuando no se haya demostrado que es errónea. He tratado de obtener la información meteorológica más exacta y puesta al día para emplearla en esta novela, y me siento profundamente endeudado con el meteorólogo Robert C. Copeland, por su ayuda. El trasfondo actual de mi relato proviene principalmente de él. Sin embargo, no es responsable de ninguna deformación de los hechos ni de la ciencia aun sin inventar que aparece en la historia. He tratado de hacer la ciencia imaginaria plausible cuando menos y no del todo más allá del reino de la actual posibilidad.

Muchas otras personas han añadido a este libro información técnica y útiles ideas. Si tratase de hacer una relación de todas ellas, seguro que se me olvidarían unos cuantos nombres. Por tanto, les doy las gracias por igual y espero que me perdonen por no citarlos individualmente.

Los asesores literarios de Holt, Rinehart & Winston - especialmente Ann Durell - han sido de una tremenda ayuda durante la génesis de este libro. Fomentaron la idea de una Ciencia Ficción "actual e inmediata", localizaron las fallas e inconsistencias que siempre crecen en una historia larga y se mostraron gentiles pero firmes en mantener el libro dentro de una extensión razonable.

Por último, debo rendir mi homenaje más sincero a mi esposa Rosa. Ella no sólo robó tiempo a sus propios escritos para mecanografiar el manuscrito borrador, sino que me ofreció consejos y ayuda invalorable en la resolución de muchos puntos de la historia. Y todo esto mientras cuidaba de nuestros hilos y atendía la casa. Aún más, incluso comenzó a quejarse, cuando el tiempo se ponía malo, de

que no hubiese en alguna parte un Ted Marrett trabajando con ahínco en ese problema.

Arlington, Massachusetts

Diciembre de 1966

I

EL PRIMER DIA

Conocí a Ted Marret en un día que empezó en Oahu. En febrero terminé con la universidad y mi padre me dio un despacho y un título en su Thornton Pacific Entreprises, Inc. Pero preferí la playa.

Mis tres hermanos y yo siempre nos levantábamos pronto; mi padre se cuidaba de que fuera así. Pero aquella mañana, cuando se fueron a la oficina, me escabullí ir a la playa y practicar un poco de "surf".

El oleaje era adecuado, la resaca creciente, el cielo brillante y casi sin nubes. No había nadie en la playa a esta hora del día, aunque ya sabía que unos cuantos de mis compañeros empezarían a llegar un poco más tarde. Al cabo de media hora de cabalgar sobre las grandes un golpe de mar lateral me arrancó del tablero y hundi, jadeando y luchando mientras toneladas de espumosa caían sobre mi cuerpo. Logré salir bien, arrastré mi tablero hasta la arena y me tendí bajo el sol la mañana para contemplar cómo las olas de tres metros se formaban, rizándose.

A los pocos minutos empecé a aburrirme, así que conecté el televisor portátil que me había llevado a la playa. Proyectaban una película del Oeste; ya la había visto, pero no estaba mal.

El teléfono de bolsillo de mi traje de baño zumbó. Me imaginé quién sería. Con toda seguridad lo supe cuando saqué el aparato, lo conecté y apareció el rostro de mi padre en la pequeña pantalla, con una expresión tan amenazadora como las nubes tormentosas que se amontonaban en las laderas de las montañas de la isla.

- Si puedes apartarte de la playa, te necesito aquí, en el despacho.

-¿Me necesitas?

Casi sonrió al ver mi sorpresa.

- Cierto. Tus hermanos no pueden resolvérmelo todo. Ven aquí en seguida.

-¿No puedes esperar hasta después del almuerzo? Los de la pandilla vendrán y...

- Ahora - me corto, si no te importa.

Cuando mi padre utilizaba ese tono de voz, con aquella expresión de su rostro, era imposible seguir discutiendo. Dejé el tablero y la TV para que los muchachos la recogiesen y volví a casa. Después de una rápida ducha y de cambiarme de ropa, pedí un coche. A los cinco minutos cruzaba la carretera particular que iba desde nuestra casa junto al mar hasta la autopista principal. Coloqué el vehículo en funcionamiento automático; no es porque hubiese ningún tráfico con el que apechugar; simplemente quería ver el final de la película del Oeste.

Llegué tarde. La película habla terminado y estaban dando un telediario. Otra tempestad azotó las explotaciones de Thornton Pacific, dijo animoso el locutor, y faltaban un par de hombres.

- Todos excepto dos de los ingenieros y técnicos están a salvo - esas fueron sus palabras. Lo que explicaba la expresión del rostro de mi padre.

¿Pero qué esperaba que hiciese yo?

Unos cuantos minutos en la autopista controlada eléctricamente y el coche se encontró ante el edificio de Thornton Pacific Enterprises. Mientras entraba en el amplio despacho de mi padre, con el suelo cubierto por una gruesa alfombra, le vi plantado junto a la ventana murmurando con tristeza al centelleante océano. Se volvió y me contempló con aquel aire suyo que parecía dolorido.

- Por lo menos pudiste haberte puesto algo decente.

- Pero si tú también llevas pantalones cortos - me excusé.

- Se trata de un traje comercial, no de un floreado jardín ambulante.

- Tomé lo primero que encontré en el armario. Me dijistes que me diera prisa.

- Se suponía que estarías aquí, en el despacho, no en la playa.

Debí poner una cara muy amarga.

- Jeremy, este negocio es tan tuyo como mío y de tus hermanos. No comprendo por qué no te tomas interés. Tus hermanos...

- Aquí no hay nada que yo pueda hacer, papá. Por lo menos, nada interesante. Sin mí lleváis la cosa estupidamente.

-¿Nada interesante? - parecía sorprendido y furioso al mismo tiempo -. ¿No es interesante dirigir la primera empresa del mundo de minería en mares profundos. ¿Manejar transportes intercontinentales por cohete no es interesante?

Me encogí de hombros.

- Es una rutina, papá. Habéis hecho todo el trabajo nuevo, el trabajo difícil. Tú, Rick y todos. Ya no queda nada que sea novedad; no hay interés; por lo menos para mí.

Mi padre sacudió la cabeza, incrédulo.

- Tus hermanos comenzaron exactamente en donde te encuentras tú hoy, dijeron lo mismo que tú, pero hundieron sus dientes en su trabajo y me ayudaron a levantar Thornton Pacific. Espero que hagas lo mismo. No me falles, Jeremy.

No contesté.

Fue hasta su escritorio y ojeó un manajo de notas.

- Bueno, tengo un trabajo para ti, interesante o no. Vas a ir a Boston en el vuelo de las diez en punto, lo que significa que tendrás que darte prisa para coger el cohete.

-¿Boston? ¿Para ver al tío...?

- Se trata de un vuelo comercial, no de una visita de sociedad. Te presentarás en la División de Climatología. Te encontrarás en Nueva York a las cuatro y media, hora del Este, y podrás llegar a Boston lo máximo a las cinco y media. He avisado a las personas de Climatología y les he dicho que te esperen.

¿Qué es la División de Climatología? ¿A qué viene todo esto?

- A las tempestades, claro - repuso -. Climatología forma parte del Departamento Meteorológico... es la sección que hace previsiones a largo plazo y se encarga de las variaciones del clima.

- Oh, viniendo oí lo de las tempestades. ¿Se tienen más noticias de los desaparecidos?

- Todavía no - dijo mi padre, sentándose en su sillón -. Los pilló en la cámara de presión al estallar la tormenta. El cable se rompió. La cámara debe de estar en el fondo, pero no podemos encontrarla.

- ¿A qué profundidad se hundieron?

- A cinco mil quinientos pies. Hemos recuperado de lugares mucho peores, pero esa profundidad basta. Uno de ellos trabajó para mí desde que empecé este negocio. Si los perdemos...

Podrán resistir doce horas dentro de la cámara. ¿No?.

- Sí la cámara está intacta - dio un puñetazo contra el tablero del escritorio -. ¡Condenadas tormentas!. Esta es la tercera en diez días y todavía no terminó abril. Si el clima allí no mejora, tendremos que cerrar. No se cumplirá el contrato con Modern Metals. ¡Podríamos perder millones!.

- ¿Tan grave es la situación?

- Llevo en este negocio tanto tiempo como cualquiera, - dijo, señalando con la cabeza hacia el modelo del CUSS V, que perforó el original Mohole -. Esta es la primavera más tormentosa que he visto nunca. El personal de climatología tiene que ayudarnos. Pude llamarles por teléfono, pero el contacto personal siempre obtiene mejores resultados. Ahora, encontrarás al encargado de la modificación del clima y no le soltarás hasta que acceda a ayudarnos. ¿Comprendes?

La secretaria de mi padre me tenía preparado un equipo de viaje, billetes para el cohete y un helicóptero esperando en la terraza para llevarme a la rampa, de lanzamiento, que se encontraba en la bahía.

Iba a viajar en un cohete de la Thornton Aerospace Corporation, claro. La compañía era propiedad del tío que vivía en Nueva Inglaterra, pero mi padre dirigía la zona del Pacífico. Mi padre tuvo sus diferencias con el resto de la familia Thorn, pero nunca dejó que estas diferencias se interpusieran en el aspecto comercial. Cuando tío Lowell necesitó ayuda para iniciar una línea de transportes por cohete, mi padre hizo una fuerte inversión en la empresa. Naturalmente, la decisión de mi padre estuvo influenciada por el hecho de que sus intereses comerciales se extendían por todo el Pacífico y los transportes cohete podrían hacerse cargo del mineral extraído del fondo del mar, llevándolo al corazón industrial de América, en media hora.

El cohete no era alto y esbelto, como los que se emplean para los vuelos espaciales. Era achaparrado y de aspecto pesado, con sus tanques propulsores de múltiple uso apiñados en torno al cuerpo principal. Casi doscientos pasajeros entraban en la cabina de cuatro pisos cuando mi helicóptero se acercó a la zona de aterrizajes. A la otra parte del puerto podía ver el monumento "U. S. A. Arizona" y, más lejos, un remolcador traía las etapas vacías de un cohete, desde la zona de impacto.

Yo fui el último pasajero en subir. Había guías y azafatas en cada esquina para animarme a cruzar la rampa de acceso, subir por el ascensor, entrar en la cabina y ocupar uno de los sillones anatómicos.

El viaje del cohete era todavía bastante nuevo para que no hubiese mucha gente que prefiriera los reactores supersónicos, "seguros y convencionales", a los cohetes globales, "nuevos y peligrosos". Aun cuando los cohetes fuesen más baratos, enormemente más rápidos y en la actualidad más seguros que los reactores. Recuerdo haber preguntado a papá cuánta gente era tan espesa en su mentalidad.

Hay una gran diferencia entre lo que puedan hacer los ingenieros - me contestó- y lo que la gente se muestra dispuesta a aceptar, necesita tiempo para que el hombre medio cambie de actitud y se ajuste a una nueva idea... aun cuando la idea le ahorrará tiempo y dinero.

Recuerdo que mi padre decía eso con mucha claridad, porque los siguientes cuatro años de mi vida los pasé conviviendo exactamente con tal problema.

El vuelo por cohete era en realidad monótono: algo de presión y ruido en el despegue, unas cuantas sacudidas cuando se dejaban caer las primeras etapas vacías de combustible, un largo flotar sin peso y luego más presión apretando a uno contra el sillón al reentrar en la atmósfera. No había ventanillas en la cabina de pasajeros, pero se podían contemplar imágenes por TV del mundo exterior en la gran pantalla que quedaba encima de cada sillón. La gente a mi alrededor se quedó boquiabierta al ver una imagen en color de la Tierra, el azul curvo y salpicado con sorprendentes nubes blancas, o una vista de las estrellas sobre la Luna. Algunos incluso pretendían ver el puntito luminoso en donde estaba situada la Base Lunar

Yo todo esto lo conocía ya, así que me entretuve contemplando las películas de TV

Las cámaras exteriores se cortaron cuando se inició la reentrada. ¡Era inútil asustar a los pasajeros con imágenes de un aire rojo o del calor envolviendo al navío! Cuando terminó la película policíaca de mi pantalla, el rugido apagado de los retrocohetes y nos posamos en una zona especial del campo de aviación.

Fuera hacía calor y humedad. Uno de los empleados de la sección de reservas de Thornton Aerospace se abrió paso ante la multitud de la base del cohete y me entregó un carrete de cinta. Se trataba de un mensaje de mi padre. Le di las gracias y le pedí instrucciones para alcanzar el tren Nueva York-Boston. Me acompañó hasta la acera rodante adecuada.

Mientras subía en dicha faja en movimiento que se perdía a lo lejos dentro del edificio terminal, saqué mi teléfono de bolsillo y coloqué la cinta en el lugar indicado. Me puse el auricular y pude oír como mi padre me decía:

- Jeremy, nos hemos enterado del nombre del hombre con quien deberías hablar en Climatología. Se llama Rossman... Quizá sea un doctor en física. De cualquier forma, dale el tratamiento de "doctor", sé sentirá halagado. Está al frente de las

previsiones a largo plazo y del trabajo de control del tiempo. Hemos concertado una cita a las cinco y media para ti. A propósito, la Marina encontró a nuestros dos buceadores perdidos. Están muy maltrechos, pero aguantarán. Llámame después de que hayas visto a Rossman. Buena suerte.

Volví a meterme el teléfono en el bolsillo de la camisa y consulté mi reloj de pulsera. Marcaba las 10-38, aún hora hawaiana. No había ningún reloj a la vista, así que seguí cruzando el campo hasta el edificio terminal. Lo único que veía era el aeropuerto con su ajetreo, con reactores dando vueltas por los cielos y, detrás de mí, la zona de los cohetes. Muy lejos se veía, en turbión impreciso, la Cúpula de Manhattan, que cubría el centro de la ciudad de Nueva York, su armazón geodésico apenas visible a través del aterciopelado cielo brumoso.

La acera rodante cruzó la cortina de aire que protegía la puerta del edificio terminal y entonces divisé un reloj... Las 4-40, hora local. Bajé al piso del tren subterráneo y cogí el expreso de Boston.

Los trenes neumáticos son rápidos y cómodos, pero el chirrido de las ruedas metálicas en las vías, también de metal, a seiscientos cincuenta kilómetros por hora sigue siendo terrible, a pesar del mucho aislamiento acústico de que dispongan los vagones. Me senté en un compartimento de cuatro plazas, solo, preguntándome si podría llegar a tiempo a la cita.

Eran exactamente las 5-20 cuando bajé del tren y subí el ascensor que me llevó a lo alto de la Torre del Transporte en la Back Bay de Boston. Pero el conductor del coche necesitó casi veinte minutos, y varios dólares extra sobre el importe del taxímetro, para encontrar el edificio del Departamento de Climatología, que se alzaba en los suburbios.

El aparcamiento en donde me dejó el taxi estaba casi vacío y el vestíbulo del edificio principal desierto, a excepción de un conserje solitario uniformado que se sentaba tras el mostrador de la recepción.

Crucé el suelo pavimentado, sintiéndome algo estúpido.

- Por favor, me gustaría ver al doctor Rossman.

El conserje alzó la vista de su revista deportiva.

-¿Rossman? Se ha ido ya.

- Pero... pero me está esperando - busqué en mi cartera y saqué una de las tarjetas comerciales que mi padre había hecho imprimir a mi nombre.

- Bueno, estoy seguro de que se ha ido. Aguarde un momento y lo comprobaré.

Marcó un número en el intercomunicador de su mesa. No tenía pantalla, según advertí.

- Largo Plazo - respondió una voz fuerte.

¿Esta' todavía el doctor Rossman?

- Si, aguarda a un visitante... alguien llamado Thorn - o algo por el estilo.

El conserje miró a mi tarjeta.

-¿Jeremy Thorn, Tercero? ¿De Thornton Pacific Enterprises?

- El mismo. Hágale subir.

El conserje me dio instrucciones. Subí las escaleras, seguí un pasillo, pasé tres cruces... ¿o cuatro? Después de unas cuantas vueltas y revueltas y de más cavilaciones por mi parte, oí aquella misma voz telefónica, sumida en una fuerte conversación con otra, persona. Seguí la voz y llegué hasta una puerta rotulada "Sección de Predicciones a Largo Plazo". Todos los demás despachos parecían vacíos.

Crucé la puerta abierta y me encontré en una especie de antesala que albergaba los escritorios de las secretarias y de los archivadores. Un corto pasillo se iniciaba en el lado opuesto de la estancia, con varias puertas en él. Una estaba entreabierta y de allí salía el murmullo de la conversación.

Miré al interior. Era una especie de pequeña cabina bastante pobre. Un caballero ya mayor se sentaba tras un escritorio que desaparecía bajo pilas de papeles, mientras que la persona que oí hablar por teléfono, alta, de aspecto atlético, paseaba delante de la pizarra, de espaldas a mí, y decía excitada:

Y ese papel representado por Sladek. Los estudios del Instituto Kraichnan han pagado dividendos. Ahora uno puede predecir lo que está ocurriendo en un flujo turbulento sin dificultad alguna.

El anciano asintió con gentileza.

- Estupendo, si es cierto. Pero quizá pueda usted detenerse durante un segundo y saludar a nuestro visitante.

Giró en redondo.

-¡Nos encontró! Ya empezaba a pensar en la conveniencia de enviar en su búsqueda a un grupo de rescate.

- Por poco me pierdo - admití.

Ted Marrett - se presentó, cogiéndome la mano y estrechándomela con fuerza. Y añadió -: El doctor Barneveldt, jefe de la sección teórica.

Ted tendría mi edad, quizá fuese un año o dos mayor. Corpulento, ancho de hombros, delgado de cintura, con largas piernas. Tenía el rostro huesudo, angular y cruzándole el puente de la nariz apenas se divisaba una cicatriz... Más tarde supe que era una lesión producida jugando al fútbol. El cabello era un mechón alborotado color rojo fuego. Apenas tenía aspecto de un científico capaz de conmover al mundo.

Todo lo que él tenía de inquieto, de gesticulante, lo poseía el doctor Barneveldt de pequeño y tranquilo... en comparación, casi sedante. Era delgado y cargado de espaldas; el pelo de un blanco muerto, y poseía en general un aspecto frágil. Las arrugas de su rostro, sin embargo, parecían venir más de la pequeña sonrisa que constantemente exhibía que de su avanzada edad.

- Encantado de conocerles - dije -. Soy...

- Jeremy Thorn, Tercero - terminó Ted antes de que yo pudiese seguir adelante -. Jamás conocí a un Tercero ni a un Segundo, por lo que a eso respecta. ¿Vino en cohete desde Hawai? ¿Buen vuelo? Le veo vestido al estilo isleño.

- No... no tuve tiempo de cambiarme - balbucí -. ¡Oh! ¿Se encuentra aquí el doctor Rossman Debía...

Ted asintió.

- Le dije que habla venido usted. Le hará esperar un par de minutos antes de permitirle entrar en su despacho. Es su manera de vengarse por haberle hecho aguardar.

-¿Vengarse?

- La hora de salir de aquí es a las cuatro y cuarto; a Rossman le gusta marcharse puntual a casa para gozar de la compañía de su esposa y familia. Le supo muy mal tener que quedarse hasta las cinco y media y usted incluso ha sobrepasado ese tiempo.

- El helicóptero...

- No se preocupe, le llamará dentro de un minuto.

Yo no sabía qué decir.

- Supongo que no se habrán quedado más tarde del debido por mi causa, ¿verdad?

- Oh, no. - Ted pareció disipar ese temor. Sonriendo hacia el doctor Barnevedt, añadió -: Estábamos charlando acerca del control del tiempo.

II

"ES IMPOSIBLE"

-¿Control del tiempo? - dije -. Para eso vine.

- Creo que quizá deberíamos explicarnos comenzó a decir el doctor Barnevedt, pero un zumbador le cortó en seco en mitad de la frase.

Con cuidado levantó un montón de papeles que cubría el intercomunicador de su escritorio y oprimió un botón que lanzaba destellos rojos.

-¿Ha encontrado ya mi despacho mi visitante? - preguntó una voz áspera.

- Sí - dijo el doctor Barnevedt -. El señor Thorn se encuentra aquí, ahora.

- Bien; hágalo entrar.

El intercomunicador emitió un chasquido y quedó en silencio.

Ted hizo un gesto al viejo para que se quedase en su silla.

- Es al final del pasillo - me dijo, señalando con el pulgar en la dirección adecuada. Con los principios de una sonrisa, añadió: Buena suerte.

Recorrí el breve corredor hasta la puerta final, sintiéndome nervioso. No había placa alguna con un nombre. Llamé con los nudillos una sola vez, ligeramente.

- Entre.

El despacho de Rossman era casi tan pequeño como el que acababa de abandonar. Un escritorio metálico, una fila de archivadores, una mesita de conferencias con sillas que no hacían juego: no había más muebles. Sólo una ventana; el rostro de las paredes estaba cubierto con mapas y gráficos que fueron colgados hace años, por el aspecto que ofrecían.

Nunca anteriormente me di cuenta de la diferencia entre la industria particular y las oficinas del gobierno, en lo que se refería a espacio vital y a ornamentación. Si el doctor Rossman hubiese estado trabajando para mi padre en un puesto igualmente importante, su despacho habría sido cuatro veces mayor. Y también probablemente su salario.

Estaba sentado tras su escritorio.

- Tome asiento, señor Thorn. Espero que no haya tenido muchas dificultades en encontrarnos.

- Unas pocas - respondí -. Lamento haberle hecho aguardar.

Se encogió de hombros. Era delgado y de piel pálida, con un rostro largo y sombrío que me recordó algo a los perros sabuesos.

- Bueno, pues - dijo mientras yo tomaba una silla de la mesa de conferencias y la colocaba ante el escritorio -, ¿en qué podemos servir a Thornton Pacific?

Me senté y dile:

- Se trata de esas tormentas que han azotado nuestras explotaciones mineras. Están causando muchos daños y obligándonos a efectuar grandes gastos.

Asintió, muy serio:

- Sí, supongo que sí.

- Mi padre desea saber qué es lo que pueden hacer ustedes. Nos hemos visto obligados a suspender las operaciones mineras de dragado durante varios días cada vez. Si no se hace algo para detener estas tormentas, perderemos una gran cantidad de dinero, por no decir nada de las vidas de los hombres que se encuentran en las dragas, a merced de los elementos.

- Comprendo - dijo el doctor Rossman -. Estamos tratando de proporcionar a toda la zona del Pacífico las predicciones más exactas posibles a Largo Plazo. Un tercio de mi personal trabaja ahora en ese problema. Por desgracia, localizar una tempestad que se desarrolla en el mar abierto es una tarea muy, pero que muy difícil.

- Me lo imagino.

- Mire, señor Thorn, nuestras predicciones a Largo Plazo se efectúan basándonos en estadísticas. Podemos predecir, con bastante seguridad, cuánta agua de lluvia caerá sobre cierta zona durante un período de tiempo dado... digamos, un mes. Pero no podemos predecir exactamente cuándo se formará una tempestad hasta

prácticamente el último minuto. Y todavía es más difícil predecir el camino exacto que seguirá esa tempestad, salvo de un modo general.

- Sí, pero cuando una tempestad va a afectar una zona vital como las áreas de nuestros dragados - pregunte - ¿no la pueden desviar o quizá destruirla?

Casi se carcajeó, pero se contuvo a tiempo.

- Señor Thorn, ¿cómo concibió la idea de que podemos hacer eso?

- Bueno... ¿no son ustedes los que efectúan el trabajo de control del tiempo? He leído historias sobre sembrar nubes y patrullas contra huracanes...

- Pero esas personas del otro despacho... hablaban sobre el control del tiempo.

Rossman trató de sonreír otra vez, pero contrajo los ojos.

- Ese es Ted Marrett. Como acabo de explicarle. siempre se habla mucho de controlar el tiempo. El señor Marrett es joven y ambicioso... y desea alcanzar su doctorado en el MIT y se muestra inflamado, siendo de los que arrollan el mundo. Estoy seguro de que ha conocido ya antes a otros de su clase. Algún día se aposentará y entonces se convertirá probablemente en un estupendísimo meteorólogo.

-¿Entonces... entonces no pueden hacer ustedes nada para ayudarnos?

- Yo no dije tanto - Rossman tamborileó su lápiz contra su barbilla durante un momento -. Podemos proporcionarles un servicio de última hora de nuestras predicciones, por lo menos. En términos técnicos, eso significa que podemos ofrecerles nuestras predicciones mediante enlace por calculador tan rápidamente como salen impresas de aquí. Adivino que reciben ustedes las predicciones ahora por el videófono comercial, lo que indica un retraso de doce a dieciocho horas con respecto a la emisión.

- Me imagino que eso será de alguna ayuda - dije.

- También pueden solicitar asistencia financiera del Gobierno. Claro, no conseguirán que declaren zona de desastre el Pacífico central, pero estoy seguro de que obtendrán alguna ayuda de buen número de departamentos gubernamentales.

- Comprendo - de pronto ya no quedó nada de qué hablar. Empecé a levantarme de mi silla -. Bueno, gracias por su amabilidad, doctor Rossman.

- Lamento haberle desilusionado.

- Mi padre será el que se desilusione.

Me acompañó hasta la puerta de su despacho.

-¿Puede volver mañana? Le pondré en contacto con las personas que establecerán los acuerdos para que reciban las predicciones nada más hechas.

Asentí.

- Está bien. No tenía intención de marcharme hasta mañana por la tarde, de cualquier forma.

- Bueno. Haremos por ustedes cuanto podamos.

Recorrí el pasillo, crucé el despacho, ahora vacío, donde Ted y el doctor Barneveldt habían estado, y me dirigí hacia el vestíbulo. El edificio parecía ya completamente desierto y yo experimenté una terrible sensación de soledad.

Ted estaba tumbado en uno de los divanes del vestíbulo, ojeando una revista. Alzó los ojos y me miró.

- El doctor "Bee" se imaginó que no tendría usted transporte para que le trasladara a la ciudad. Es difícil conseguir un taxi a estas horas. ¿Quiere que le lleve?

- Gracias. ¿Va usted a Boston?

- Vivo en Cambridge, a la otra parte del río. Vamos.

Su coche era un antiguo y maltrecho dos plazas "Lotus". Salió disparado del aparcamiento y entró en la pista, el motor aullando, hasta instalarse en el sendero de control manual. Probablemente, pensé, aquel coche carecía de equipo de control electrónico.

Había pasado mucho tiempo desde que estuve la última vez en Nueva Inglaterra, en abril; me había olvidado del frío que podía hacer. Surcando raudos el crepúsculo y aún llevando mis ropas deportivas isleñas, noté cómo los dientes empezaban a castañetearme. Ted no se dio cuenta de esto. Hablaba rápidamente por encima del zumbido del motor y del viento frío, gesticulando con una mano y meneando el volante por el denso tráfico con la otra, Su monólogo casi abordaba el mismo tema mientras cambiaba de senderos de conducción: habló de Rossman, del doctor Barneveldt, de algo sobre un flujo de aire turbulento, de matemáticas, del envenenamiento del aire; incluso me dio una rápida conferencia sobre las peculiaridades del clima de Hawai. Asentí y me estremecí. Cada vez que pasaba rozando otro coche deseaba encontrarme en la sección de control automático de la autopista.

Me dejó en el hotel que yo le indiqué, después de alzar las cejas en un respeto burlón al mencionar el nombre del establecimiento.

- El lugar más elegante de la ciudad. Se ve que ustedes viajan en primera clase.

Mi habitación era cómoda. Y cálida. Sin embargo, me sorprendió que el hotel no me hubiese dado una suite. Demasiada gente y no bastante espacio superficial, me dijo el conserje. Ordené que me trajesen ropas nuevas por el visófono; no mucho, sólo pantalones deportivos y una chaqueta, con los complementos necesarios.

La cena se parecía mucho al almuerzo, hasta que me di cuenta de que mi cuerpo seguía viviendo en la hora de Hawai. No tenía sueño ni siquiera a medianoche, así que estuve contemplando las películas de TV hasta que finalmente me sentí cansado.

* * *

El sol se alzó brillante a través del hemisferio occidental del globo, su infalible energía calentando los mares y continentes... y al inquieto y vibrante océano de aire que envolvía ambas cosas como si fuese un manto. Impulsada por el sol, retorcida por el girar de la Tierra de debajo, la atmósfera se movía como una criatura pulsante y viviente. Los vientos y las corrientes la acuciaban por completo. Columnas gigantes de aire ascendían durante kilómetros y volvían a caer, absorbían humedad y la soltaban, tomaban calor prestado de los trópicos y lo transportaban hacia el polo, inhalando la vida en todo cuanto tocaban. Por encima de esta infinita actividad, el turbulento océano de aire se convertía cada vez en algo más plácido, a excepción de los ríos fulgurantes de las corrientes en chorro. A mayor altura todavía, las cargas eléctricas giraban en torno a un cielo oscuro en donde brillaban los meteoros y los gases irrespirables lo bloqueaban todo, a excepción de una parte pequeña de la potente radiación solar. Arrastrado por mareas solares y lunares, mezclado con campos magnéticos y vientos fantasmales interplanetarios, el océano de aire gradualmente se hacía más fino y desaparecía en la playa oscura del espacio.

* * *

Dormí hasta tarde, me vestí a toda prisa y conseguí un coche de alquiler para trasladarme a la División de Climatología. Mientras el auto se conducía a si mismo cruzando el agobio imposible del tráfico de Boston, adquirí el mejor desayuno que ofrecía la diminuta máquina vendedora del asiento posterior: jugo sintético, un bollo recalentado y leche en polvo.

Telefoné mientras el vehículo seguía su camino hacia la autopista y cobraba velocidad. La secretaria del doctor Rossman contestó que su jefe estaba atareado, pero que designaría a alguien para que me saliese a recibir al vestíbulo.

El aparcamiento de Climatología estaba ahora atestado y el vestíbulo repleto de personas. Me anuncié al recepcionista, que señaló con la cabeza a una esbelta rubia adorable sentada cerca del escritorio.

Llevaba puesto un jersey verde claro y falda, emitiendo la fresca fragancia exterior de los campos de flores.

- Soy Priscilla Barneveldt - dijo -. El doctor Rossman me pidió que le recibiese y le llevase a la Sección de Servicios.

Me fijé en que sus ojos eran de un verde grisáceo. Su rostro resultaba quizás algo largo, pero bien conjuntado, con rasgos firmes y una barbilla decidida.

- Bueno - contesté -, es usted la sorpresa más agradable que he tenido hasta ahora en todo el Departamento Meteorológico.

- Y ese es el cumplido más agradable que he oído en todo el día... hasta ahora - habló con un acento ligero e inidentificable -. Los ascensores están bajando.

- No se olvide las gafas, Barney - dijo el recepcionista.

- Oh, gracias - volvió al pasillo, a donde había estado sentada y cogió las gafas -. Sin ellas estaría todo el día tratando de distinguir las cosas.

-¿Barney? - pregunté mientras caminábamos hacia los ascensores.

Una forma de sonrisa se conformó en sus labios.

- Es mejor que "Prissy", o "Silly", ¿no le parece?

- Me lo imagino. - Las puertas del ascensor se abrieron y entramos -. ¿Pero no resulta algo confuso?

Ahora su sonrisa fue una agradable realidad.

- Me temo que no soy una mujer muy bien organizada... por lo menos, no con las personas. Tercer piso, por favor dijo al tablero de control del ascensor.

Necesité casi una hora para rellenar los formularios de la Sección de Servicios, que harían que las predicciones recién emitidas por el doctor Rossman llegasen a nuestras oficinas de Honolulu. Barney me ayudó y proporcionó los impresos

terminados al cerebro electrónico automático, que los condujo después a la mayor parte de los Departamentos de la Sección.

Entonces dijo:

-¿No ha visto usted el resto del edificio? Si gusta, seré su guía oficial.

Nada podía haberme aburrido más, pensé..., excepto estar sentado en el aeropuerto, esperando el vuelo de la tarde.

- Está bien, guíeme.

El recorrido nos empleó el resto de la mañana. El edificio era mucho mayor de lo que parecía desde el exterior e incluso tenía un anexo en la parte de atrás en donde estaban los talleres y el equipo de mantenimiento. Barney me mostró los laboratorios en donde hombres y mujeres estudiaban la naturaleza del aire a diversas presiones y temperaturas... su composición química, el modo en que absorbe la energía calorífica, los efectos del vapor de agua, partículas de polvo y millares de otras cosas. Luego fuimos cruzando la sección teórica, en nuestro descenso hacia los computadores y cerebros electrónicos.

- Los teóricos no tienen mucho que hacer - me dijo ella mientras pasábamos por el despacho general en forma de cabina -. Se sientan ante sus escritorios y redactan ecuaciones que tenemos que resolver en el centro de computadores.

La zona de computaciones era impresionante. Fila tras fila de gigantescas consolas con los dispositivos de los cerebros electrónicos, vibrando; cintas girando en sus carretes; las chicas van de una parte a otra; las máquinas de escribir emitiendo largas hojas plagadas de números incomprensibles y de símbolos.

- Aquí es donde yo trabajo - dijo Barney por encima del ruido de las máquinas -. Mi especialidad son las matemáticas.

Solté una carcajada.

- Para una persona no muy organizada, eligió usted una singular ocupación.

- Sólo soy desorganizada con las personas Contestó ella -. Los computadores son distintos. Me llevo estupendamente bien con las grandes máquinas. No se impacientan, no tienen mal genio. Son estrictamente lógicas; se puede decir lo que harán dentro de un momento, lo que necesitarán. Son mucho más fáciles de llevar que las personas.

- Pero tienen un sonido muy aburrido dije.

- Bueno, hay personas más excitantes que otras - admitió ella.

- Este lugar - dije contemplando a las chicas que atendían a las máquinas -, parece el harén de un meteorólogo.

Barney asintió.

- Aquí han florecido en cantidad pequeños romances. Con frecuencia he dicho que si tuviésemos programadores masculinos aquí no vendrían ni la mitad de los hombres del personal con solicitudes para programación especial de las máquinas.

- Me imagino que las chicas trabajan a menos sueldo.

- Y mejor, en cuanto al detalle y a la exactitud se refiere - afirmó Barney con energía,.

- Lo siento... hablé sin pensar. Es una mala costumbre mía. Yo no quería decir...

- No se preocupe - contestó ella, sonriendo.

Para cambiar de conversación, dije:

- Conocí anoche a un tal doctor Barneveltdt. ¿Es su padre o abuelo o...?

- Tío - repuso Barney -. Jan Barneveltdt. Recibió el Premio Nobel por su trabajo en la química física del aire. Desarrolló los primeros productos químicos para sembrado de nubes que funcionaban en masas nubosas no superfrías.

Parecía importante, aunque no tenía ni la más mínima idea de lo que ella me estaba hablando.

Mi padre es James Barneveltdt; él y mi madre se encuentran en el Observatorio de Astronomía, Africa del Sur.

¿Astrónomos?

- Mi padre. Mamá se dedica a las matemáticas. Trabajan juntos.

Sonreí.

- Entonces está usted siguiendo las huellas de su madre.

- Sí, cierto... Venga por aquí - me tomó por el brazo y me guió a través de las filas de consolas de los computadores -. Existe algo sin lo cual una visita no sería completa.

Cruzamos una puerta y entramos en un recinto oscuro. Barney cerró a nuestras espaldas y el estrépito de los computadores quedó cortado. La habitación era fresca y suavemente tranquila. Sólo poco a poco, mientras mis ojos se ajustaban al nuevo nivel luminoso, me di cuenta de lo que había allí.

Emití un respingo.

Estábamos plantados ante una pantalla visora que tendría unos seis metros de alto y mostraba todo el hemisferio occidental completo. Distinguí claramente los continentes Norte y Suramericano, incluso a través de las nubes que oscurecían amplias zonas de tierra y mar. El Ártico relucía cegador y el barrido de colores... verde, azul, rojo, blanco... era literalmente impresionante.

En el otro lado del cuarto, el otro lado del mundo:

Europa, África, Asia, el amplio Pacífico, cubrían por completo otras dos pantallas visoras más.

- Esto siempre impresiona a la gente - dijo Barney en voz baja -. Incluso a mí, que lo veo con frecuencia.

- Es... - busqué la palabra justa- .. increíble.

- Las imágenes están siendo transmitidas desde las estaciones espaciales sincrónicas. Podemos ver el tiempo de todo el mundo de una simple ojeada.

Caminó hasta el podio que se alzaba en el centro de la sala. Unos cuantos toques de los interruptores y mapas del tiempo asomaron a las pantallas visoras, sobreimponiéndose a las imágenes televisadas.

- Podemos seguir el rastro - dijo - sus dedos danzando entre los mandos -, y ver qué aspecto tenían los mapas del tiempo de ayer... el mapa cambió y lo hizo ligeramente, o de anteayer... o de la semana pasada... o del último año...

-¿Y qué hay de mañana, o de la semana próxima, o del año que viene?

- Mañana no constituye problema el mapa volvió a cambiar -. Pude ver que la tempestad que ahora cubría la zona en donde trataban de funcionar los dragados Thornton se marcharía de allí en el curso de las próximas veinticuatro horas.

- Podemos proporcionarle una deducción sólida sobre lo que ocurrirá la semana que viene - dijo Barney -, pero todo es tan vago que no nos molestamos en elaborar mapas. En cuanto al año próximo - bajó la voz con aire de conspirador -, tendrá que consultar con el Almanaque Zaragozano. Eso es lo que hacemos ahora.

-¿Y Ted Marrett también lo hace?

Sorprendida, me preguntó:

-¿Conoce usted a Ted?

- Le conocí anoche. ¿No se lo dijo su tío?

- No, no lo mencionó. Es bastante olvidadizo; parece que es un rasgo familiar hereditario.

-¿Se encuentra por aquí? Me gustaría hablar con él.

- Por la mañana está en el MIT Contestó Barney -. Generalmente le vemos a la hora del almuerzo.

Consulté mi reloj de pulsera. Era casi mediodía.

-¿Dónde comen ustedes?

- Hay una cafetería en el edificio. ¿Querría acompañarme?

- Si a usted no le importa...

- Le prevengo - dijo ella muy seria -, que de ordinario sólo se oyen chismorreos.

- Si el chismorreos se refiere al control del tiempo, quiero escucharlo.

III

AERODINAMICA, MAS AGUA

La cafetería de la División de Climatología era grande, muy atestada y ruidosa y terriblemente deprimente. Las paredes estaban pintadas de un gris muerto y los pocos intentos que alguien había hecho de decorarías desaparecieron tiempo atrás. Torrentes de personas cruzaron las líneas de entrada y atestaban las desnudas mesas de plástico. Prácticamente no había verdadera comida; sólo alimentos sintéticos y concentrados. Nada apetitoso, aunque Barney parecía bastante complacida por la selección.

-¿No tiene usted hambre? - me preguntó mientras buscábamos una mesa libre.

Tenía la bandeja casi vacía.

- Yo... ejem, me imagino que estoy acostumbrado a la comida isleña - mentí con torpeza.

- Hay mejores restaurantes en las ciudades próximas y en Boston, claro. Pero son muy caros.

- La verdadera comida vale todo el dinero que cuesta dije.

Me dirigió una mirada divertida.

Para cuando encontramos una mesa y nos sentamos, había llegado Ted.

35

- A Ted le acompaña Tuli Noyon - me dijo Barney mientras ellos tomaban unas bandejas y empezaban a abrirse paso por la cola de comensales -. Tuli es de Mongolia. Ted le conoció en el MIT y le ha conseguido un empleo aquí en sus horas libres. Es un cineticista químico.

-¿Un qué?

- Cineticista químico - repitió ella -. Tuli está trabajando con mi tío en un nuevo catalizador químico que puede cambiar el equilibrio energético de una masa de aire.

- Oh, ¿algo así como sembrar nubes?

- Parecido.

Tul tenía una construcción recia que disfrazaba su altura; pero vi que era casi tan alto como Ted. Su rostro era oval, de piel oscura y llano de rasgos... más parecido a un esquimal que a cualquier oriental que yo hubiese visto antes.

Cuando los dos hombres cruzaron las atestadas mesas hacia nosotros, advertí que estaban enfrascados en una conversación en la que Ted llevaba la batuta. Balanceaba una bandeja muy cargada con una mano y gesticulaba ampliamente con la otra. Tuli asentía, con su rostro redondo casi inexpresivo.

Me levanté cuando colocaron sus bandejas en nuestra mesa. Ted saludó a Barney con la cabeza y a mí sin perder el paso en su conversación.

- Así que Gustafson accedió a dejarme utilizar el computador MIT en el turno desde la medianoche hasta las cuatro, si puede conseguir que alguien lo programe. Ahí es donde tú intervendrás, Barney.

Tuli, que había permanecido en pie, me dijo:

- Soy Tuli Noyon, amigo y socio de esta máquina parlante pelirroja.

Solté la carcajada.

- Me llamo Jerry Thorn - nos estrechamos las manos y él, se sentó.

- De modo que me olvidé presentarles - murmuró Ted, ya escarbando en su comida -. Hay cosas más importantes en mi cerebro. Barney, tienes que buscar algo de tiempo para programar en mi beneficio la máquina MIT. Quizá también obtener de contrabando un poquito de tiempo en el computador de aquí. Se trata de una buena causa - añadió.

- Siempre es para una buena causa - pero ella le sonreía.

- Ted casi me ha convencido - dijo Tuli - de que puede efectuar predicciones del tiempo exactas con dos o tres semanas de anticipación.

-¿Utilizando las ecuaciones de turbulencia? - preguntó Barney.

Ted asintió hacia la muchacha mientras tragaba un pedazo de carne de imitación.

¿Serán sus predicciones quincenales mejores que las predicciones para un mes del Departamento Meteorológico? pregunté.

Tragó con fuerza.

-¿Mejores? No hay comparación, amigo. Esa hoja de ensueños mensual que emite Rossman es sólo un vistazo general a las tendencias regionales... Temperatura, lluvias para regiones como Nueva Inglaterra o el Suroeste. Alcanza un setenta y cinco por cien de seguridad en la temperatura y menos de un cincuenta en la precipitación. Es despreciable.

¿Y sus predicciones?

- Más del noventa y cinco por ciento de seguridad.

¡Y con exactitud matemática! Con un poco de trabajo, podría decirle a usted qué trozo de la calle se mojará en un chaparrón. Incluso usted podría ajustar su reloj guiado por estas predicciones.

- Quizás eso sea un poco de exageración - dijo Tuli -, y aunque las predicciones mensuales que tenemos son muy vagas, el Departamento ofrece predicciones para tres días... emitidas para diversos centros locales... que generalmente alcanzan un noventa por cien de exactitud.

- No exagero - insistió Ted -. E incluso las mejores predicciones que emite el Departamento, sólo dan cálculos generales sobre la temperatura, el viento y los totales de precipitación. Escuchen, he visto a individuos programar cuentos de viejas en los computadores... ya sabe usted. "cielo rojo por la mañana, el marino debe tener cuidado", esa clase de género. Era tan seguro como las predicciones diarias del Departamento. Se lo digo de veras! Pero yo voy a efectuar predicciones exactas. Hasta el grado de kilómetros por hora de velocidad del viento y décimas de milímetro de precipitación.

- Eso será muy impresionante - dijo Tuli -, si resulta.

- Está bien, Confucio dubitativo; hice un cálculo manual para Boston con respecto al resto de la semana. Si resulta bien, iremos a la máquina y pasaremos toda una semana para ampliarlo hasta los Estados Unidos Continentales.

- Es un humilde principio - comentó Tuli, con el rostro serio -. ¿Por qué no predecir todo el verano para el mundo en general?

Ted le miró.

- Quizá la semana que viene.

- Advierto que no podré dormir mucho entre hoy y el lunes contestó Barney.

Ni probablemente el resto de la semana que viene - le contestó, animoso, Ted -. Quiero efectuar la predicción climatológica para los próximos tres meses.

Habló Tuli: cuando por último consigas tu diploma, deberías cempartirlo con Barney.

- La he amenazado con casarme con ella; si no la asusta eso, no tendrá miedo de nada.

Barney quedó callada y la conversación pareció estacionarse.

-¿Puedo hacer una pregunta?

Seguro, Jerry.

- Usted habló sobre predicciones del tiempo y predicciones climatológicas. ¿En qué se diferencian?

Ted se tomó lo último que le quedaba de su concentrado de proteína; luego dijo:

-¿Qué hicieron los Red Sox anoche?

-¿Eh?

Ganaron, cuatro a cero - contestó a su propia pregunta.

- Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

Me hizo callar con un gesto.

Anteanoche también ganaron, seis a cinco. Pero el lunes recibieron una paliza, ocho a uno.

- Un deporte muy bárbaro - murmuró Tuli -. Jamás sustituirá al Tiro con Arco.

- Cada juego individual - continuó Ted, ignorándole -, es como el tiempo de un día.

- Querrá decir que cada cual es diferente.

- Claro. Una exclusión, un fallo, un partido duro, una fuga... todo son lances del juego, que se realizan bajo las mismas reglas. Pero no hay dos partidos exactamente iguales. ¿De acuerdo?

Asentí.

-¿Y ahora dónde se encuentran los Sox en la clasificación? Los cuartos, ¿verdad? A dos puntos de Seattle. En comparación... ése es el clima de la temporada. El año pasado ocupaban el sexto lugar, a diecisiete puntos de los que ganaron la copa.

- Me parece comprender. El cómputo general...

- Del tiempo de muchos días - terminó Ted por mí -, es lo que forma el clima. Usted puede predecir que los Sox terminarán entre el tercero y el sexto este año. Eso queda muy claro. Pero predecir el tanteo del partido de mañana... eso es difícil. ¿De acuerdo?

- Creo que sí.

- Está bien; ahora, si puedo conseguir que vosotros dos me ayudéis - dijo dirigiéndose a Barney y Tuli -, podremos localizar con exactitud el tiempo para cualquier lugar de la nación con dos o tres semanas por anticipado. ¿Qué os parece eso para mi tesis del doctorado?

- No sé nada sobre tesis - afirmé -, pero vine aquí a hablar de eso.

Me expliqué mientras la cafetería, lentamente, se vaciaba de gente, hablando de las tempestades del Pacífico y de las operaciones de dragado de mi padre.

Ted escuchó en silencio, luego dijo:

- De acuerdo, están pasando ustedes un mal año allí. Necesitan algo más que predicciones seguras. Les hace falta control del tiempo.

- Le pregunté al doctor Rossman acerca de esa y me dijo que es imposible.

- Cierto, lo es... para él.

-¿Y para usted?

Se inclinó más sobre la mesa, bajando la voz en la creciente tranquilidad de la cafetería.

- Escuche, ¿qué se necesita para controlar el tiempo? Primero, una información detallada de lo que ocurre, el tiempo real del momento. Eso lo tenemos. Segundo, uno ha de ser capaz de efectuar cambios en el tiempo, cuando y donde se le antoje. Verdaderos cambios, no simples perturbaciones. Los tipos como Tuli y el doctor Barneveldt están dando vueltas a productos químicos estupendos para sembrar nubes y cambiar los equilibrios de energía. Y la Fuerza Aérea tiene lasers en órbita que freirían huevos desde dos mil kilómetros de distancia.

Tomó un trago de café, luego prosiguió:

- Tercero, se necesita conocer el presupuesto calórico de la atmósfera... el equilibrio energético... en todo el mundo. Ahora lo podemos hacer. Por fin, hay que ser capaces de predecir con exactitud qué tiempo hará en todo el mundo durante semanas o meses de anticipación. Luego se contemplan cuáles serán los efectos producidos por su cambio de tiempo. No puede uno atreverse a destrozarse una tempestad si se tiene miedo de causar una ventisca de nieve en Florida.

Sonaba lógico.

Comprendo. Ahora ustedes trabajan en ese último apartado, las predicciones del tiempo a Largo Plazo con exactitud absoluta.

-A fines de la próxima semana sabremos si podemos conseguirlo. Creo que lo lograremos.

-¿Y en verdad crees que las ecuaciones de turbulencia son la clave para las predicciones exactas a largo plazo? - preguntó Barney, con un ligero ceño, indicando concentración.

- Son la pura esencial - insistió Ted -. Escucha. El tiempo no es nada más que un flujo de aire turbulento... simplemente aerodinámica, más agua - se volvió hacia mí y continuó -: Es el agua lo que lo hace difícil... puede presentarse en forma de

vapor, en estado líquido o sólido... es capaz de emitir calor o absorberlo... y, principalmente, lo que más queremos de una predicción del tiempo es información sobre cuándo y cuánta lluvia o nieve nos caerá encima. ¿De acuerdo?

Asentí.

- Está bien. A partir de un punto de, vista aerodinámico, el tiempo es sólo un problema de capas limítrofes... de aire que roza contra la superficie de la Tierra. Pero es una capa límite turbulenta, lo que hace más difícil el problema. Cuando nota usted el viento, raras veces es fuerte, continuado y de flujo firme, ¿verdad? Viene en ráfagas, en bocanadas, no siendo nunca el mismo durante más de un par de segundos. ¡Es turbulento!

- Flujo turbulento - explicó Tuli -, significa que el fluido se mueve en dos planos... horizontal y verticalmente. El aire se encuentra en movimiento turbulento a través de la troposfera, la parte inferior de la atmósfera. Por encima de la tropopausa...

- Que es el límite superior de la troposfera - añadió Barney -. Usualmente a unos seis o doce mil metros de altura.

- Si - corroboró Tuli -. Por encima de la Tropopausa está la llamada estratosfera. El flujo de aire allí es casi enteramente laminar; mana horizontalmente, con poquisimo movimiento vertical.

La cabeza empezaba a darme vueltas.

- Aguarden un momento. Uno de ustedes, olvidé quién, dijo que el aire es un ruido. ¿Escuché de manera correcta?

- Los fluidos pueden ser líquidos, gases o plasmas - contestó Tuli.

-¿Se forma ya una idea? - prosiguió Ted -. Lo que nosotros llamamos tiempo sólo ocurre en la troposfera... y es un flujo turbulento. Por encima de la tropopausa, no hay turbulencia y no se puede hablar de tiempo.

- Hay corrientes en chorro allá arriba - dijo Tuli -. Tienen un efecto considerable en el tiempo.

Seguro. Y si subes más hay efectos eléctricos en la ionosfera, y tempestades magnéticas de las llamas solares, y partículas cósmicas y otras cosas. Pero son efectos de segundo o tercer orden. No influyen de manera clara en el tiempo diario aquí abajo. Quizá, sin embargo, tengan efectos climatológicos de largo alcance.

- Pero el tiempo actual tiene lugar en el aire turbulento - dije, tratando de aclarar las cosas.

- Perfecto. Y porque es turbulento, no había manera cierta de predecirlo, hasta que los estudios de ese Instituto Kraichnan mostraron que se puede determinar lo que está ocurriendo en un flujo turbulento. Lo que yo he hecho es emplear el trabajo Kraichnan, aplicándolo a la predicción del tiempo. Si resulta, estaremos en posición real de predecir el tiempo, en vez de tratar de imaginárnoslo.

- Pero ¿cómo se efectúan ahora las predicciones del tiempo? Parecen ser muy buenas, aun prescindiendo de este asunto de la turbulencia.

Ted sonrió y se arrellanó en su silla.

-¿Que cómo se hacen ahora? De muchas maneras; lanzando monedas al aire, realizando juegos de números en los computadores, esperando que te escuezan los callos o te duelan las rodillas...

- Ted, sé noble - dijo Tuli -. La técnica principal consiste en el método de persistencia...

- Uno mira al tiempo que hace a su alrededor - continuó Ted -, y trata de imaginarse qué es lo que viene en su dirección y lo de prisa que se mueve. La cosa se complica, pero resulta bastante bien en corto plazo... cosa de un par de días.

Tuli añadió:

- Podemos ver ahora a todo el globo en redondo, gracias a los satélites. Y los detallados modelos matemáticos permiten a los meteorólogos predecir con cierta exactitud cómo las conformaciones del tiempo se moverán a través de la superficie de la Tierra.

- Sigue habiendo mucho de presentimiento en esto insistió Ted.

Tuli asintió con la cabeza.

- Resulta algo azorador - dije. Mirando en mi torno pude ver que éramos los últimos en la cafetería.

- Van a cerrar - dijo Barney -. Si quieren que las mujeres de limpieza nos echen...

- Está bien, volvamos a trabajar - asintió Ted.

Nos levantamos y nos encaminamos hacia la puerta.

-¿Hablaba usted en serio acerca de esa idea del control del tiempo? - le pregunté.

Por primera vez, Tuli dejó que una sonrisa rompiera su expresión estólida.

- Será mejor que le haga una pregunta más fuerte: como, por ejemplo, ¿intentas respirar esta tarde?

- Veo que entonces la cosa es definitiva - comenté mientras cruzábamos la puerta y entrábamos en el pasillo.

- Si funciona este esquema de la predicción - respondió Ted -, sólo necesitaremos una cosa más.

-¿El qué?

- Permiso.

-¿Nada más? Oh, el doctor Rossman se mostrarla encantado de darle a usted el visto bueno.

Ted sacudió la cabeza.

Se trata de una idea nueva. Y, lo que es peor, no es idea suya.

* * *

Se estaba edificando una montaña. Más enorme que los Alpes, más alta que el Himalaya, una montaña inmensa e invisible de aire que se formaba sobre el Océano Atlántico, entre las Bermudas y el continente de América. Desde una gran altura, el aire frío y denso se hundía, sobrepasado por su baja temperatura y se amontonaba en la superficie del océano. La montaña crecía y se extendía, tan real como un picacho de roca. Pero esta montaña se movía. Giraba en el sentido de las agujas del reloj, pivotando sobre el océano, los vientos esparciéndose desde sus bordes a través de la Tierra y el mar. El sistema de alta presión empujaba su frontera occidental a casi ciento cincuenta kilómetros tierra adentro de la costa americana. Aire cálido, semitropical del Caribe y del Golfo de Méjico era impulsado hacia el norte por el flujo giratorio en sentido de las agujas del reloj, marchando en chorro a través de la Costa Este, trayendo calor y humedad consigo. Parte del aire cálido, más ligero y más boyante que la montaña de alta presión, cabalgaba sobre el más frío, sobre la masa de aire más denso. Mientras subía se enfriaba; el vapor de agua que llevaba se condensaba y caía como chubascos. Los meteorólogos hablaban de la Alta Presión de las Bermudas. Pero la gente de las calles de Boston dijo simplemente: "La primavera está aquí; ya era hora que viniese."

* * *

Volví a la habitación del hotel conducido a través de la suave lluvia de primavera, con el estómago dándome vueltas por la falta de comida y mi mente volando para

imaginarse lo que le diría a mi padre. Telefoneé desde el coche a Thornton Aerospace y cancelé mi reserva para el vuelo de regreso a Hawai. En el hotel dije al conserje que me quedaría de manera indefinida y luego pedí el almuerzo. Por último llamé a mi padre.

Y eso es lo que me contó el doctor Rossman - le dije, después de explicarle la situación durante quince minutos -. Puede proporcionarnos predicciones ampliadas, pero controlar las tormentas es imposible, en lo que a él respecta.

Mi padre frunció el ceño.

- Eso no bastará para ayudarnos, Jerry.

- Lo sé.

El videófono estaba situado en la mesita de té, cerca de mi bandeja del almuerzo. Me levanté del sofá y recorrí la habitación paseando.

- Deja de dar vueltas y quédate donde pueda verte - saltó mi padre.

Me senté en el alféizar de la ventana, junto a la entrada de aire acondicionado, y miré de reojo a las concurridas calles que quedaban muy abajo.

-¿Así que todo lo que podemos hacer es quedarnos sentados y esperar que la División de Climatología nos pueda prevenir de las tempestades a tiempo para que no perdamos personal?. El rostro de mi padre adoptaba la expresión que utiliza cuando piensa en lo mucho que paga de impuestos y en lo poco que consigue a cambio.

- Hay otro aspecto de la cuestión, papá. Algunas personas de Climatología piensan que puede conseguirse el control del tiempo. Pero no en seguida.

Le hablé de las esperanzas de Ted.

-¿Es serio ese individuo? - preguntó mi padre -. ¿Es un soñador o podemos fiarnos de él?

- Me parece que es de confianza. El tal doctor Barneveldt, que ya sabes ganó el Premio Nobel, parece estar trabajando muy íntimamente con Ted. Así que no debe estar chiflado del todo.

- Los científicos pueden equivocarse, Jeremy. Hasta los que ganan el Premio Nobel.

- Bueno, quizá. Pero me parece que me gustaría quedarme aquí una temporada y ver qué pasa. Quizá tenga la respuesta que buscamos. Incluso sus predicciones a Largo Plazo, por si mismas, podrían ser importantísimas para nosotros.

Mi padre asintió.

- Estoy de acuerdo, aunque no me siento muy seguro de que seas el que le sigas los pasos. Jovencito, te encuentras a mucha distancia de tu casa.

Sé cuidar de mí mismo. Y la familia está a pocos minutos de conducción desde el hotel.

¿Has visto ya a tus tíos o a tía Louise?

- Aún no. Pero les haré una visita.

- Sí, supongo que no podrías permanecer mucho tiempo en Boston sin visitarles - dijo mi padre de mala gana -. Dales recuerdos de mi parte. Y no te excedas en este problema de las tormentas.

- Sí, señor.

- Y permanece lo más cerca que puedas de ese tipo Marrett. Quizá sea un chiflado, pero es la única esperanza que tenemos.

Permanecer pegado a Ted no fue tajea fácil. Por la mañana se encontraba en el MIT, por las tardes en las oficinas de Climatología y por las noches estaba trabajando en un lugar o en otro. Era un hombre que no paraba nunca.

Barney me informó de que solía pasar una hora, poco más o menos, las mañanas de los sábados, en la YMCA de Cambridge, no lejos del apartamento que compartía con Tuli.

Allí le arrinconé, en un pequeño gimnasio compuesto principalmente por un campo de baloncesto y le vi dar una lección de esgrima a Tuli. Inmóvil, con la gruesa chaqueta blanca y la máscara, parecía un gladiador de pesadas características. Esperé que Tuli le superara fácilmente en velocidad. Pero en acción se movía con la gracia relampagueante de un leopardo.

- En el colegio jugué de medio defensa - explicó al final de la sesión, el rostro empapado de sudor -. Allí me rompieron la nariz. Tuve un capitán en la Fuerza Aérea al que le gustaba la esgrima. Me enseñó y yo hago lo mismo que Tuli. Intenté que Barney se interesase también, pero al cabo de unas cuantas semanas lo abandonó. Una cosa grande, usted debería probarlo.

Salíamos del gimnasio cuando Tuli dijo:

- En sábados alternos practicamos karate. Entonces yo soy el maestro y él mi discípulo.

- En el karate no hay bastante acción - dijo Ted, cargándose al hombro el saco con el equipo de esgrima -. Se pasan todo el tiempo en ejercicios y en meditación oriental.

Mientras íbamos hacia el vestuario, Ted sugirió de pronto:

-¿Qué les parece un rápido chapuzón? Tenemos casi veinte minutos libres. Vamos, Jerry, le buscaremos un traje de baño.

Me apresuré a asentir. Hicimos una carrera a dos largos de piscina y con facilidad les saqué ventaja.

- ¡Maldito pez! - gritó, chorreando agua -. Olvidé que es usted un isleño! ¡Vamos, intentémoslo otra vez!

Era para él un desafío, una prueba que no podía ignorar. Después de media docena de largos, mantenía su distancia conmigo. Carecía de la adecuada coordinación, pero daba brazadas a base de fuerza bruta, sólo para alcanzarme, manotazo tras manotazo.

- Parece como si usted pudiese hacerlo todo - dije cuando por último salimos de la piscina.

- Es inútil intentar hacer nada, a menos que se pueda conseguir hacerlo bien - respondió.

Mientras nos vestíamos, Tuli me dijo en voz baja.

- Es el tipo que o bien se supera en lo que hace, o simplemente deja de hacerlo. Es casi tan bueno en karate ahora como yo, aunque llevo estudiando ese arte durante años y él sólo unos cuantos meses.

- Se trata de una persona extraordinaria - asentí.

- Cuando llegué por primera vez el año pasado al MIT, Ted fue el único que me aceptó en seguida - añadió Tuli -. Claro, mi inglés era terrible. Compartió su apartamento conmigo y pasó dos meses largos trabajando en mi pronunciación. No hay muchos como él.

Después de vestirme, Ted sugirió que fuésemos a almorzar.

-¿Aquí en el Y? - pregunté. Asintió.

- He de ver a unas personas en Boston - mentí. Encogiéndose de hombros, me contestó:

- Está bien. Nos veremos pronto.

Se volvió hacia la puerta del vestuario.

- Quería pedirle - dije, poniéndome a su lado - que me dijese cómo van las predicciones a Largo Plazo.

Eso originó una sonrisa.

- Hasta ahora, estupendamente. Los cálculos manuales que yo hice a mitad de semana parecen sólidos. La predicción oficial de esta mañana del Departamento de Meteorología de Boston es exacta a la mía..., pero, claro, no tan detallada.

- Y usted hizo la suya hace tres días.

- Cuatro. Hemos conseguido que el computador del MIT prepare la predicción detallada para la semana próxima. Los cálculos quedarán terminados esta noche. Luego sólo restará la faena rutinaria y pesada de controlarlo todo... hacer una comprobación que cubra todo el país durante los siguientes ocho días de domingo a domingo.

- Y tú tienes a la mitad del Departamento de Meteorología del MIT y a tres cuartas partes de la Sección de Computadores de Climatología ayudándote - dijo Tuli, abriendo la puerta del vestuario.

-¿Tanta gente? Bueno... los necesitaremos. Y más.

-¿Sabe algo de esto el doctor Rossman? - pregunté.

Ted parpadeó.

- Espero que no. Por lo menos, aún no. Si se entera de cuanto tiempo y mano de obra estamos empleando en este trabajo de contrabando...

- Quizá considere la posibilidad de aplicar ciertos métodos que en Oriente tenemos para tratar a los indeseables - dijo Tuli muy serio.

- Para el viernes tendremos las predicciones de todo el país comprobadas en lo que respecta a más de una semana. Entonces se lo diré a Rossman... si todo resulta bien.

- ¿Por qué no lo celebramos?- sugerí -. Podríamos ir a Thorntorn para pasar el fin de semana.

-¿Thornton?

- La casa de mi familia en Marbéehead.

Ted miró de reojo a Tuli.

- Bueno, ¿por qué no? Quizás el próximo fin de semana requiera una celebración.

Nos estrechamos la mano cerrando el trato y les dije que pidiesen a Barney que nos acompañase.

- Yo se lo pediré a Barney - contestó Ted. No había nada realmente hostil en su voz al decir estas palabras, pero su tono parecía muy firme.

IV

BARNEY

Hasta la tarde del domingo no volví a tener noticias de ellos. Me encontraba yo en mi habitación del hotel, mirando la TV, cuando sonó el teléfono. Para mi sorpresa, era Barney.

- Me acaba de decir Ted que nos invita usted a pasar el próximo fin de semana en Marbéehead.

- Es verdad - asentí -. Espero que pueda usted venir.

- No veo ninguna razón que me lo impida. Y es usted muy amable al invitarnos. Sólo se me ocurrió avisarle, sin embargo. Robé una mirada a la predicción de Ted para la zona y parece como si vamos a tener lluvia todo el fin de semana.

"Precisamente lo que necesitamos", me dije a mi mismo. En voz alta, la contesté:

- Mala cosa; yo tenía la esperanza de llevarla a usted a dar un paseo en barca. Quizá la predicción de Ted se equivoque...

- No diga eso... le descorazonaría.

- Lo supongo.

Sacudiendo la cabeza, ella continuó:

- Me gustaría mucho ir en una embarcación, sin embargo. Lástima... el tiempo será estupendo toda la semana, hasta última hora del viernes.

Miré hacia la ventana. El río Charles estaba salpicado de velas.

- Quizá podríamos ir durante esta semana... sólo una vueltecita...

-¿Se refiere a después de trabajar? ¿Tendríamos bastante tiempo?

- Claro - dije.

- De acuerdo - contestó ella, feliz -. ¿Qué le parece el martes?

- La recogeré en el edificio de Climatología.

- Maravilloso.

Y así, aquél martes, después de una rápida conducción hasta los suburbios, zarpamos por el río Charles en una embarcación de vela alquilada. Rebordeamos el río, atestado de otras embarcaciones y con un crucero de turistas que zigzagueaba ruidosamente por entre la flotilla. El sol comenzaba a hundirse detrás del complejo de torres de Back Bay; podíamos ver su imagen flameante reflejada en las ventanillas del edificio del MIT, en el lado del río correspondiente a Cambridge.

- Me alegro mucho de que tuviese usted libre esta tarde.

- Yo también contestó, alzando ligeramente la voz contra el viento que azotaba las velas. Llevaba pantalones y un suéter muy grande, que encontramos en uno de los cajones de la cabina de la embarcación -. Ted nos tiene terriblemente atareados con sus predicciones. Pero creo que el computador puede hacer el resto del trabajo sin mí. Me arrellané, una mano en el timón, y dejé que la brisa nos transportara. Barney parecía divertirse.

-¿Ted es siempre así?

-¿Como qué? - preguntó ella.

- Bueno... una especie de volcán en actividad.

Barney soltó una carcajada.

--Está muy emocionado con esa técnica de predicción. Esta semana es importante para él.

Tuve que poner rumbo al centro del río cuando nos acercábamos al puente de Harvard.

- Pasan ustedes mucho tiempo juntos, ¿verdad?

- Supongo que sí, entre la oficina y este trabajo extra por su cuenta. Incluso hemos salido en ocasiones, de vez en cuando... Hay momentos en que deja de ser por completo meteorólogo.

- Eso me parece muy raro.

- Lo sé - replicó ella, volviendo a reír -. Pero es cierto. Al principio pensé que Ted solamente se interesaba en conseguir alguna ayuda extra para sus cálculos. En realidad, no es muy buen matemático. Quizá fue sólo eso... al principio.

-¿Y ahora?

-¿Ahora? - se limpió unas gotitas de espuma de la mejilla -. Ya le vio la semana pasada... dice que me amenaza con casarse conmigo.

- En realidad no me lo ha pedido, Jerry. Creo que Ted da por sentado que soy su novia y que se casará conmigo algún día... después de que haya demostrado que puede controlar el tiempo.

-¿Quiere usted decir que da por sentado una cosa así?

Asintiendo, ella dijo:

- Debe usted comprenderle, Jerry. Está tan enfrascado en su trabajo, que la gente... bueno, no es que en realidad sea algo secundario para él, sino que Ted, simplemente, no se preocupa por la gente a menos que se le obligue a prestar atención. Y que no pueda posiblemente hacer lo que desea por sí solo. Necesita que se le ayude. Por eso yo le auxilio y trato de no causarle problemas.

- Eso es muy conveniente para Ted.

- Así lo espero. Jamás conocí a ninguna persona como él. Supongo que formo parte de sus planes para el futuro - dudó -. Me imagino que soy casi tan importante para él como controlar el tiempo.

- Se merece usted un destino mejor que ése - dije.

- Eso es lo que continuamente le digo.

Dirigí el bote de regreso al muelle y luego fuimos en coche a uno de los mejores restaurantes estudiantiles ¿e Harvard Square, donde cenamos. Empezó a hacerme preguntas sobre Hawai y mi familia. Cuando se terminó la comida, ella me estaba hablando de la guerra civil en Africa del Sur y de cómo su padre salvó el telescopio de trescientos ochenta centímetros de ser destruido por una turba de renegados.

Presenciamos un espectáculo en 3-D en el nuevo teatro Hologram y luego volvimos en coche a lo largo del Charles hasta "Faculty Row", donde estaba situado su apartamento. Vivía con su tío, que era un profesor visitante del MIT, al igual que miembro del personal de Climatología.

- Me he divertido mucho, Jerry - dijo mientras le ayudaba a bajar del coche -. Me he divertido inmensamente.

- Me alegro. Pronto tendremos que repetirlo.

- Estupendo.

Deseaba besarla, pero antes de que pudiese decidirme, dio media vuelta y subió los escalones hasta la puerta del apartamento. Me quedé allí plantado, sintiéndome estúpido, mientras ella me daba las buenas noches con un gesto de su mano.

* * *

Incluso durante aquellos virulentos días de últimos de abril, el aire del Artico estaba denso por el frío. Se posaba en lo alto de la giratoria Tierra, aprisionado por un muro constante de vientos occidentales que circundaban el Círculo Artico. Pero mientras los continentes de Asia y Norteamérica se calentaban bajo el sol de primavera, tenían lugar reajustes complicados en el movimiento dinámico de la atmósfera. Las corrientes occidentales fallaron en un lugar, gradualmente. Eso fue más que suficiente para que una gran masa de aire pelar se escapara de su prisión ártica y empezase a fluir hacia el Sur. Una larga cadena de acontecimientos siguió, una cadena que se prolongó a mitad de camino cruzando el mundo. La masa de aire pelar empujó a una burbuja más débil de alta presión para que bajase por las grandes zonas abiertas del norte de Canadá. Cruzando la extensión del continente los cambios y contracambios se efectuaron cuando enormes masas de aire lucharon unas contra otras, buscando el equilibrio, un nuevo balance. El anticiclón de las Bermudas empezó a romperse baje las presiones competitivas de otros sistemas. Una diminuta célula de baja presión, de no mayor tamaño que unas cuantas nubes lejos de la costa de Veracruz, se sintió atraída a la hondonada de baja presión en marcha hacia el oeste. La pequeña tormenta se encaminó hacia el noroeste, arrastrando humedad y energía del mar mientras viajaba.

* * *

Me pasé la siguiente mañana en la Biblioteca Pública de Boston reuniendo libros-carrete sobre meteorología (la mayor parte de los cuales, como resultó luego, no pude comprender) y discutiendo con el director de la Biblioteca para que me

permitiese llevármelos prestados, aun cuando yo no fuera un residente actual de la ciudad.

Regresé a la habitación del hotel con los carretes bajo el brazo. El teléfono sonaba mientras abría la puerta.

Grité: ¡Hola! - para que se estableciese el circuito, pensando que podría ser Barney, pero cuando entré en el cuarto vi el rostro de mi padre en la pantalla.

- De modo que está ahí, dijo cuando me coloqué ante la pantalla visora.

Dejé caer los carretes de microfilmes en el sofá.

Jeremy, acabamos de recibir las primeras rápidas predicciones del Departamento de Meteorología, junto con un análisis de las tendencias climatológicas del próximo mes.

-¿Y qué aspecto tiene todo?

Mi padre sacudió la cabeza.

- Nada bueno en absoluto. Voy a cancelar todas las operaciones de dragado durante el resto del mes. El aviso con tres días de anticipación de una tormenta... que puede o no alcanzarnos... no es suficiente base para nuestras operaciones. Prefiero cerrar y perder el dinero antes de que los aparatos de dragado se destruyan o muera alguien.

- Lo siento... -

- No es tuya la culpa. Has hecho todo lo que has podido. La dificultad es que si fallamos en este contrato con Modern Metals, circulará la noticia de que la minería en mares profundos no es de confianza. Eso es lo que en realidad puede matarnos.

Permanecí sentado en el borde del sofá.

- Padre, ¿te gustaría tener predicciones exactas, con una semana de anticipación? Del todo exactas - precisé.

Lanzó un gruñido.

- En eso es donde trabaja Ted. A fin de mes, podrá emitir un juego de predicciones para nosotros que nos indicará cuál será el tiempo en toda la zona donde se efectúan los dragados. Las predicciones se extenderán a dos o tres semanas en el futuro.

Mi padre se frotó la barbilla, pensativo.

- Si puede hacer eso, mantendremos en marcha los dragados... para cerrarlos sólo temporalmente, adelantándonos al clima tormentoso, y reabrirlos después. Pero necesitaremos el aviso con una semana de tiempo para que el sistema funcione.

- Ted puede lograrlo, estoy seguro. Por lo menos con dos semanas. Entonces sabrás exactamente cuándo cerrar las operaciones de dragado, cuánto tiempo tendrán que estar suspendidas y cuándo podrás volverlas a abrir. Podrías programar en el sistema de operaciones calculando con los efectos de las tempestades.

-¿Puede hacer eso... el tal Marrett?

- A fines de semana lo sabremos seguro.

Mi padre rumió durante unos momentos.

-- Está bien, Jeremy. Mantendré los dragados en funcionamiento hasta fines de semana. Ruega tan solo para que no nos pille otra mala tormenta.

- Conservaré los dedos cruzados.

Sin darme cuenta, había asignado a Ted una misión muy difícil... sin que él tampoco lo supiera. Traté de llamarle, pero no pude ponerme en contacto con mi amigo. Así que recurrí a Barney, en la Sección de Computaciones.

- Ignoro cuándo podrás ver a Ted - me respondió -. Estará esta noche atareado repasando sus predicciones... y yo le ayudaré. ¿Por qué no te reúnes con nosotros allí?

-¿Dónde?

- En casa de Ted. Nos trasladaremos un instante después de salir del trabajo. Incluso cenaremos allí. Te acogeremos con agrado.

- Está bien, estupendo. - Entonces me acordé de lo que ellos consideraban como comida -. Ejem, quizá me reúna con vosotros después de la cena.

Ella sonrió como si pudiese leer mis pensamientos.

- Yo cocinaré esta noche, así que me parece que tu actitud es la más inteligente.

- No, no me refería a eso... es decir...

- No te preocupes, Jerry. Ni te excuses. No quisiese yo comer tampoco alimentos sintéticos cuando se puede tener un verdadero filete.

- Me parece que me estoy comportando de una manera muy estúpida, entonces tuve una idea -. Mira, ¿por qué no traigo yo la cena? Podría hacer que la preparasen aquí en el hotel y llevaría en platos de plástico. Después no tendríamos ni que fregar siquiera.

Me miró dudosa.

- Quizás eso sea demasiado elegante para Ted.

- Será algo sencillo. Y nos ahorrará tiempo y molestias. ¿De acuerdo?

- De acuerdo, me has convencido para que no trabaje. Gracias.

Llegué al apartamento de Ted, siguiendo las instrucciones que me diera Barney, sobre las cinco de la tarde. El asiento posterior de mi coche de alquiler estaba lleno de cajas de cartón. Llamé al número de Ted en el vestíbulo y, por teléfono, le pedí que bajase y me ayudara con los paquetes.

Tardó en descender medio minuto. Mirando a los bultos del asiento dijo:

- Las atenciones llegan a Cambridge.

Transportamos las cajas arriba y cenamos. La comida era excelente; incluso Ted parecía complacido.

- Empiezo a darme cuenta de que es una ventaja tener amigos ricos - dijo, tumbándose en el único sofá de la pequeña habitación -. Será mejor que tenga cuidado o me ablandarás, Jerry.

- Pensé que sería más fácil para Barney comer así.

- El obtener de ella un trabajo más útil constituye algo interesante. Me parece que no me puedo quejar.

A los pocos minutos de la cena, el apartamento, de una sola habitación, se había convertido en un taller de meteorología. La única mesa, el sofá-cama, incluso el fregadero y los armaritos de la cocinita estaban cubiertos de papeles: mapas, gráficos, cálculos, bosquejos, montañas de tiras impresas por los computadores. Ted y Tuli pronto se sumieron en un enigmático y abreviado diálogo, mientras Barney les proporcionaba hojas de papel para que las leyesen.

- ¡En Indianápolis! - gritó Ted.

- Setenta y tres, cincuenta y uno, diez, dieciséis, cero, cuatro oeste doce a dieciocho - respondió Tuli en una especie de canturreo.

- Comprobado. ¡Memphis!

Barney se acercó a mi silla y susurró:

- Están comprobando los informes del tiempo de las cinco, emitidos desde las estaciones elegidas en torno al país que afectan a las predicciones que hizo Ted la semana pasada. Hasta ahora, todo quedaba comprobado y reducido a un mínimo porcentaje de error.

- Bueno.

Era más de medianoche cuando Ted dio media vuelta a la última hoja emitida por un computador y dijo, triunfante:

-¡Exactos hasta el último detalle! Muchachos, lo tenemos. ¡Lo hemos conseguido!.

-¿Opinas que el doctor Rossman lo creerá? - preguntó Barney desde cierta distancia. Estaba hirviendo agua para preparar café instantáneo.

- Por fuerza - repuso Ted -. Todos los números están aquí comprobados. No tendrá más remedio que admitirlo.

-¿Podríais hacer lo mismo para una región del centro del Pacífico? - pregunté.

Se volvió hacia mi.

-¿Para las operaciones de dragado Thornton? Claro, ¿por qué no? No sería tan exacto, porque no hay muchos puestos de observación allí... pero podemos conseguir una predicción lo bastante buena para que indique a tus empleados cuándo se presentarán tempestades.

-¿Con qué anticipación?

Se encogió de hombros.

- Una semana, o por lo menos diez días. Quizás hasta dos semanas.

- ¡Estupendo!.

- Se necesita mucho trabajo - dijo -. No podemos seguir siempre utilizando de contrabando los computadores.

Thornton puede pagarlo - dije.

- La primera parte del negocio - destacó Tuli -, es conjuntar el resto de las predicciones contra los informes actuales del tiempo para el resto de la semana...

Y luego ponérselo todo bajo la bárbara nariz de Rossman - estalló Ted -, y verle cómo se vuelve verde de sorpresa. El viernes será el gran día. Entonces se lo mostraré todo a Rossman.

-¿Todavía se espera lluvia para el fin de semana? - pregunté.

Asintió:

- Eso supongo.

- Entonces no podremos ir a navegar - dije

- No abandones la esperanza. La situación podría cambiar.

No me di cuenta de lo que quería decir.

- De todos modos vais a venir, ¿verdad?

- ¡Intenta impedirnoslo!

Transcurrió el jueves; Leí mucho durante aquel tiempo, pero me resultaba difícil. La mayor parte de los libros estaban demasiado llenos de ecuaciones para que yo los comprendiese; los otros estaban escritos por mentes en exceso simples. Ninguno de ellos transportaba la emoción que producía Ted sobre el vivir, respirar la naturaleza del tiempo. El viernes ya había dejado de leer y pasé el día mirando la pantalla de TV.

Con bastante seguridad, mientras empezaba a conducir el coche hasta el edificio de Climatología, comenzó a chispear. Jamás vi a un trío más desanimado como el que formaban ellos cuando cruzaron la zona de aparcamiento bajo la lluvia y subieron a mi coche.

- No os pongáis tan tristes. Si no podemos navegar, nos divertiremos mucho en Thornton.

- No es eso - contestó Barney, sentándose a mi lado. ¿Qué ocurre de malo? - me di cuenta de que estaba a punto de llorar. En el asiento trasero Ted se desplomó disgustado, con la barbilla casi hundida en el pecho. Incluso el normalmente impasible Tuli parecía como abrumado.

Barney dijo:

- Ted enseñó sus predicciones al doctor Rossman esta tarde.

-¿Y.. ?

- Me ha dicho que son interesantes, gracias - gruñó Ted -, pero que es inútil excitarse en lo que posiblemente ha sido un accidente afortunado.

-¿Accidente?

- Empleó esa palabra.

- Pero... ¿qué quiso decir?

- Nada. Eso es exactamente lo que quiso decir. Le enseñamos cómo efectuar predicciones exactas con una semana de anticipación y sigue aferrado a su idea, habiendo metido nuestros proyectos en uno de los cajones para olvidarse de ellos.

-

V

UN CAMBIO DE TIEMPO

- Eso no es exactamente cierto - intervino Tuli mientras yo dirigía el coche saliendo del aparcamiento de Climatología -. El doctor Rossman dice que quiere estudiar la nueva técnica antes de proponerla a Washington como un método de predicción normal para el Departamento de Meteorología.

- ¡Estudiarlo! - Gruñó Ted -. Ya sabes lo que eso significa... por lo menos un par de años.

- Es un hombre precavido - afirmó Tuli.

- Sí, especialmente con las ideas de las demás personas. Podría emplear el sistema como experimento y ver si resulta. En tres meses tendría datos suficientes para satisfacer al Congreso, al Tribunal Supremo y al Sacro Colegio de Cardenales. Pero él no lo hará. Va a quedarse sentadito a seguir jugueteando hasta que se conozca este procedimiento como idea suya.

-¿Quieres decir que no se te permitirá efectuar más predicciones a largo plazo? - pregunté.

Ahora, no. La idea en estos momentos pertenece a la División de Climatología... Rossman cree que es de su propiedad particular. Me dijo que volviese a realizar el trabajo por el que me pagan y que dejara de intentar gobernar la División.

Comencé a sentirme tan triste como las nubes que se cernían sobre nosotros.

-¿Qué hay sobre el control del tiempo?

- Debieras haberle visto la cara cuando le presenté el asunto. Le hablé de que esas predicciones a largo plazo hacen que sea practicable el control del tiempo. Por poco se desmaya. Me prohibió absolutamente mencionarle otra vez el asunto.

Marchamos hacia la Playa Norte en un triste silencio. Para cuando llegamos al desvío que unía Marblehead Ned al continente, llovía de manera firme.

- En el minuto preciso - murmuró Ted, sombrío mientras miraba por la ventanilla del coche -. Lloverá esta noche, mañana y el domingo. Creen ellos.

-¿Qué quieres decir con eso? Preguntó Barney.

Su única respuesta fue:

- Ya lo verás.

* * *

La casa no había cambiado mucho en los escasos veranos transcurridos desde la última vez que la viera. Thornton era grande sin mostrarse pretenciosa... una mansión colonial limpia y blanca, con contraventanas negras y una puerta colorada, un jardín fresco y modesto, matorrales ceñidos en torno al porche delantero, garaje, embarcadero y un pequeño muelle en la parte posterior.

Detuve el vehículo delante de la puerta principal, bajo la marquesina. Ted descendió primero.

¿Quién construyó esto? ¿Miles Standish?

- No - contesté, saliendo de detrás del volante. En realidad fue construida bastante después de la Revolución y luego reconstruida hace un centenar de años, luego que un huracán derribase el edificio original.

Ted me miró como si creyera que estaba tomándole .1 pelo.

- Es hermosa - dijo Barney mientras yo la ayudaba a descender.

La puerta se abrió y tía Louise se adelantó hacia mí, con los brazos extendidos. La seguía un trío de sirvientes.

- Jeremy, cuánto me alegro de verte - me echó los brazos al cuello. Nada podía hacer excepto aguantar sus besos. Después de unos cuantos momentos cariñosos, logré libertarme y presenté a Barney, Tuli y Ted.

- Bienvenidos a Thornton - dijo mi tía -. Los sirvientes se ocuparán de su equipaje y les enseñarán sus habitaciones. Tenemos intención de cenar dentro de una hora.

Mientras mis amigos subían las escaleras siguiendo a los criados, tía Louise prácticamente me arrastró hasta la biblioteca.

- Ahora, sé sincero - dijo nada más que las recias puertas se cerraron a su espalda -. ¿Cómo está tu padre?

Estupendamente, de veras. Salud perfecta, genio vivo, lleno de vitalidad. Nos tiene a mis hermanos y a mí trabajando como esclavos.

Tía Louise sonrió, pero con tristeza.

- Ya sabes que no ha estado aquí desde el funeral de tu abuelo.

- Y ninguno de vosotros estuvisteis en Hawai desde que murió mi madre - repuse -. Parece como si fuera preciso un funeral para que se reúna la familia.

Caminé a lo largo de las estanterías que se extendían hasta el techo, llegué al adornado escritorio de madera en donde el abuelo Thorn solía pasar las tardes lluviosas de mis visitas a Nueva Inglaterra, diciéndome cómo convenció a su padre para que invirtiese el dinero en Líneas Aéreas Comerciales, después de muchas generaciones en que los Thorn se dedicaban a construir barcos.

Tía Louise me siguió.

- Jeremy, sabes que tu padre siempre fue un rebelde. Pudo haber dirigido los intereses de tu abuelo y vivir aquí, en Thornton. Pudo haber sido el jefe de la familia, puesto que es el más viejo. Pero se metió en esas perforaciones...

- El Mohole...

- Si, y discutió con tu abuelo. Así que se marchó a Hawai.

- Y ahora vive allí y dirige sus propios negocios.

- Casi nunca nos vemos - protestó ella -. Eso no está bien.

- Bueno, ¿por qué no le invitas a que venga? Creo que aceptaría encantado... si pensase que en realidad deseas tenerlo a tu lado.

-¿Crees que aceptaría?

Asentí.

- Hablaré esta noche con tus tíos.

-¿Se encuentran ambos aquí?

- Sí, para pasar el fin de semana. Planeaban una expedición de pesca, pero parece ser que la lluvia lo estropeará todo.

Por algún motivo dije:

- No estés tan segura.

Mis dos tíos eran completamente distintos a mi padre... y diferentes también entre sí. Tío Lowell era un hombre fornido, barrigudo, calvo y altisonante. Le gustaba la conversación, especialmente cuando era él quien hablaba. Tío Turner era alto y delgado, bastante silencioso; se parecía a la idea popular del yanqui de Nueva Inglaterra.

Tío Lowell dominó las primeras tres cuartas partes de la cena, en el viejo comedor iluminado por velas, con un monólogo sobre cómo prosperaba Thornton Aeroespacial, cómo el negocio de transporte por cohetes se había aposentado definitivamente, amortizando todos los riesgos e inversiones, permitiéndole ahora dedicar parte de su precioso tiempo y de sus no menos preciosos ingenieros a ayudar a tío Turner a desarrollar los nuevos navíos sobre colchón de aire para Thornton Shipping Lines.

Entonces cometió un resbalón. Tío Lowell mencionó que uno de los problemas de los navíos que volaban prácticamente sobre las olas sería evitar las tempestades en el mar, puesto que no podían funcionar con olas tormentosas.

Ted se apresuró a intervenir, tenedor en mano, y a hacerse cargo de la dirección de la conversación. De las tormentas en el mar cambió a las predicciones del tiempo a largo plazo y al control del tiempo. Ante los entremeses, la ensalada y el postre Ted nos mantuvo a todos fascinados... incluso a tío Lowell.

- Lo que yo nunca pude entender - dijo tía Louise -, es por qué el tiempo aquí en Nueva Inglaterra es tan mutable.

- No se trata sólo de Nueva Inglaterra - contestó Ted, arrellanándose en su silla ahora que se había terminado el postre -. Toda la región entre las latitudes Horse y la zona este del Polo tiene el mismo problema. Nos encontramos en la región del flujo aéreo occidental... en la Zona Templada: lo que significa ventiscas en invierno, inundaciones en primavera, sequías en verano y huracanes en otoño.

Eso despertó una carcajada general.

- Miren, en este flujo occidental existen tormentas y anticiclones de buen tiempo persiguiéndose mutuamente como los caballitos del tiovivo - hizo girar un dedo en torno al aire -. Uno tras otro. Jamás al mismo tiempo para más de pocos días... a veces pocas horas. Nueva Inglaterra está bastante cerca del mar para obtener mucha humedad y lo bastante lejos del norte para obtener prácticamente aire puro polar. Mézclenlos y obtendrán una ventisca de buen tamaño. Pero más lejos del océano las temperaturas extremas son mucho peores. El océano es un pozo de calor... se empapa del calor del verano para mantener a la gente fresca y emite calor en invierno para calentar a las personas

-¿Qué hay de ese problema de la sequía? - preguntó tranquilamente Turner -. Tengo entendido que las lluvias de primavera no han llegado a la cantidad normal.

Ted asintió.

- Y el invierno también fue bastante deficiente; no hubo bastante cantidad de nieve. Resbalamos hacia una situación de escasez de precipitaciones. Lo estamos estudiando con la máxima atención. No queremos que haya falta de agua, si podemos evitarlo.

-¿Podría usted controlar el tiempo para impedir una sequía? - preguntó tío Turner.

Ted se encogió complicadamente de hombros.

- Claro... en cuanto tenga ocasión de trabajar.

- La idea del control del tiempo me da escalofríos - dijo tío Lowell -. No quiero ofenderles a ustedes, pero no me agrada pensar que algún joven brillante ingeniero trastee con mi tiempo.

- Ese es el estado de ánimo que mantuvo a Colón en puerto durante veinte años - repuso Ted -. Hablando así, por poco se impide que esta nación llegue a la Luna.

Conténgase; jamás estuve en contra del proyecto lunar. Siempre supe que pagaría estupendos dividendos. Pero trastear con el tiempo...

- El hombre ya cambia el tiempo, casi cada día. Las nubes de humo hacen que el clima, si son bastante considerables, quede afectado. ¿No ha mirado usted nunca sobre una ciudad al salir el sol? Fíjese cómo las fábricas empiezan a funcionar; entonces se dará cuenta de que el hombre, sin duda, modifica el tiempo. Cada vez que un constructor destroza algún acre de vegetación y lo pavimenta, cambia el tiempo.

- Pero yo me refería...

- Y en Israel incluso han cambiado el clima plantando árboles e irrigándolos. Han convertido el desierto en bosque en menos de una generación. Los rusos han empleado árboles como pantallas contra el viento para obligar a los aires húmedos del lago Baikal a que se eleven hasta una altura en donde alcanzan la temperatura de condensación y dejar caer lluvia.

Tul asintió, confirmando todo esto.

- Pero eso es muy distinto a tratar de controlar al tiempo en total - contestó tío Lowell -. No se puede dejar a los científicos sueltos por la nación, realizando cuanto cruza por sus cabezas... Resultaría peligroso.

- Sería mucho más peligroso- contraatacó Ted -, si no dejase usted que las personas tratasen de hacer lo que piensan posible. Uno se puede sentar sobre las ideas... el mundo se detendría. La gente reniega de la tecnología, diciendo que avanza demasiado deprisa y estropea la verdadera belleza del mundo. Y al mismo tiempo atesta los cohetes para pasarse fines de semana en España y hace cola para adquirir la vacuna contra el cáncer. ¡Que reniegue! Yo trabajaré en el mañana, ellos pueden soñar en el ayer si quieren. El pasado terminó y no podemos mejorarlo. Pero si podemos conformar el mañana. ¿Por qué no deberíamos tener control sobre el tiempo? ¿Por qué hemos de estarnos sentaditos en casa y dejar que llueva? ¿Opina alguien que el hombre debió permanecer dentro de las cuevas, lejos del fuego, y vivir primitivamente hasta hoy?

Por una vez en su vida, tío Lowell se quedó sin saber qué decir.

Tía Louise se volvió a Barney y dijo en voz bastante alta para llenar el súbito silencio.

-¿Le gustaría ver el resto de la casa mientras los caballeros terminan su discusión?

Cuando se fueron, tío Lowell sacó un cigarro del bolsillo de la chaqueta y lo encendió.

- No sé si estoy de acuerdo con usted o no - dijo a Ted, entre bocanadas de espeso humo azul -. Pero siga con sus propósitos, muchacho. Cree usted en lo que dice y eso es ganar la mitad de la batalla. Más de la mitad - puntualizó.

* * *

Aquella noche tuvieron lugar extraños cambios en la atmósfera sobre Nueva Inglaterra. El borde del sistema de altas presiones que había estado posado sobre la parte norte del Maine bruscamente empezó a debilitarse. La presión Comenzó a

caer en una zona pequeña mar adentro. La tempestad que había estado empapando el área de Boston de pronto inició el descenso por la pendiente, tirando de la baja presión hacia el norte y hacia el este y empezó a alejarse en dirección a Nueva Escocia.

* * *

Me despertó el fulgor del sol entrando a torrentes por las ventanas de mi dormitorio. Medio atontado, me senté y miré al exterior. Las nubes se rompían! El sol brillaba en el océano.

- Teléfono - ordené -; necesito la predicción del tiempo.

El teléfono emitió unos chasquidos durante breves momentos. Luego se oyó la voz del locutor procedente de la cinta del Departamento de Meteorología:

Vientos del noreste... de veinticinco a treinta kilómetros por hora. Hay lluvia, en ocasiones moderada y en ocasiones densa. Esta noche, lluvia continua. El domingo, lluvia que terminará a última hora de la tarde, con los vientos cambiando al cuarto cuadrante. El domingo por la noche, chaparrones aislados, vientos del oeste...

Fuera, ahora mismo, se veían las nubes esparcidas y me hubiese apostado hasta la camisa a que el viento, procedía del oeste. Me puse una bata, metí los pies en mis zapatillas que encontré en el armario y bajé precipitadamente la escalera. Ted estaba en la cocina, en la mesita del desayuno, rodeado de tocino, huevos, pastelillos, leche, mantequilla, jugos de frutas, tostadas y gelatinas.

Alzó la vista apartándola de un tenedor muy cargado.

- Buenos días.

- Ciertamente es un buen día - comenté -. Mucho mejor de lo que predice el Departamento de Meteorología.

Ted sonrió, pero no dijo nada.

-¿Tienes algo que ver en el cambio? ¿En realidad...? Me hizo callar con un gesto.

- Querías ir a navegar hoy, ¿verdad?

- Sí.

- Entonces hablaremos.

La cocina estaba en el extremo opuesto de la habitación y desde más allá de la puerta del comedor pude oír la voz del tío Lowell. Le gustaba leer las noticias de la mañana en voz alta a quien estuviera a su alcance.

Se necesitó un poco de tiempo para que los cuatro organizásemos aquella mañana, pero por último nos vimos a bordo del queche "Arlington", desfilando en medio del bosque de mástiles del atestado puerto en dirección al mar abierto.

Ted iba en proa, manejando las velas según mis instrucciones. Yo estaba en el timón, dando órdenes, con Barney sentada a mi lado.

- Tienes un aspecto muy marinero - dije. Llevaba pantalones blancos y una blusa roja y azul de corte marinero.

- Gracias. Se me olvidó meter ropas deportivas, así que tu tía me proporcionó este equipo. Es de un 50¹Q uso, hecho de fibra de papel, como el que llevan en la Base Lunar.

- Es una lástima tener que echar a la basura algo con un aspecto tan bonito.

- Pero es que no se puede lavar.

- Bueno, hay más copias de esa ropa - dije -, y, de cualquier forma, si se lo pusiese otra persona, no estaría ni la mitad de linda.

- Halagador.

- Es la verdad.

Llegamos al mar profundo, al océano abierto, bajo un cielo luminoso salpicado por unos cuantos restos deshinchados de nubes grises. Un fuerte viento del oeste infló las velas y los cuatro nos reunimos en la cabina para descansar. Hacía suficiente fresco como para ponernos unos jerseys y tomar café.

Así que esto es tiempo "hecho de encargo" - dije a Ted.

- Algo así - replicó -. La tempestad se habría marchado mañana, a última hora de la tarde. Sólo modificarnos las cosas un poquito para acelerar el cambio.

-¿Pero cómo lo hicisteis?

- No fue difícil. Tengo verdaderos camaradas en el satélite de las Fuerzas Aéreas que apuntaron sus lasers al lugar adecuado... añadiendo un poco de calor al anticiclón que mantenía fija la tempestad sobre Boston. Y uno de los aviones de Climatología tenía que efectuar un viaje de pruebas en beneficio del doctor Barneveldt, dejando caer comprimidos para sembrar las nubes. Yo dije

únicamente dónde debían dejarlos caer y en qué momento. Así se inició una zona de baja presión en la que se metió la tempestad. Por eso se ha ido. Ahora debe estar en estos instantes en la Bahía de Fundy..

Barney pareció preocupada

-¿No tienes miedo de meter en algún jaleo a la gente que te ayudó? Carecías de autorización...

- No han hecho nada más que lo que hubieran realizado normalmente - replicó Ted, impaciente -. Los muchachos de la Fuerza Aérea de los satélites tienen que disparar sus lasers cierto número de veces cada día, para asegurarse de que están en orden de combate. Es parte de la rutina regular. Yo mismo lo hice un millón de veces cuando llevaba el uniforme azul. Y el avión de Climatología iba a efectuar un viaje nocturno por orden de tu tío. Así que voló hasta un lugar por encima del océano en vez de dirigirse al punto previsto. ¿Y eso qué importa?

Habló Tuli:

- Espero que el doctor Rossman se muestre tan indiferente hacia esto como tú. Por regla general no le gusta que sus empleados actúen sin que él lo sepa... ni sin su permiso por escrito.

- Escucha - repuso Ted -. Afirmó que el control del tiempo es imposible. Ahora le demostraré que se equivoca. La cosa es así de sencilla.

Resultó ser la afirmación del año.

VI

FRENTE DE CHUBASCOS

El resto del fin de semana fue placentero pero inconsecuente. Tía Louise organizó una de sus fiestas del sábado por la noche e invitó a la mitad de la isla, incluyendo en parte a familias japonesas... quizás en beneficio de Tuli. Me reuní con mucha gente que no había visto desde mi último verano pasado en Thornton, varios años. Tía Louise no dejó de llevarme hacia todas las chicas de la casa que eran solteras y pasaban de los quince años, mientras Ted permaneció junto a Barney. Inevitablemente, alguien sacó una guitarra y se empezaron a cantar canciones populares. Sin embargo, de manera inesperada, Tuli resultó ser el éxito de la velada cuando empezó a entonar viejas epopeyas mongolas, que nos tradujo; en su mayoría eran hazañas violentas, pero otras resultaban poéticas y atractivas.

Antes de que partiésemos en la mañana del lunes,

- Tía Louise prometió invitar a mi padre para que viniese a Thornton y celebrase allí mi cumpleaños. Mi verdadero cumpleaños no tendrá lugar hasta dentro de varios meses, pero tenía intención de dar una fiesta en mi honor dentro de las próximas semanas, puesto que no estábamos seguros de si me quedaría mucha más en Boston.

Les conduje a los tres en el coche hasta el edificio de Climatología. Ted y Tuli saltaron de mi vehículo para subir en el maltrecho Lotus que Ted dejara en el aparcamiento durante el fin de semana y marcharon raudos hacia las clases matutinas en el MIT.

Barney, sentada a mi lado, despidió a Ted con la mano y luego le vio perderse por la autopista.

-¿Cómo crees que reaccionará el doctor Rossman ante la modificación del tiempo hecha por Ted? - la pregunté.

Dejó que la preocupación se mostrara en su rostro.

- Se enterará probablemente esta mañana, antes de que Ted vuelva de clase.

-¿Opinas que el problema será grave?

- El doctor Rossman puede ser muy estricto en lo referente a las personas que actúan sin su permiso - dijo Barney -. Y Ted es corto de genio también.

Permanecimos sentados en silencio unos minutos. Era un poco temprano para el turno principal; unos cuantos coches comenzaron a llegar al aparcamiento. Lejos, en el horizonte, hacia el oeste, pude ver cómo empezaban a reunirse las nubes oscuras.

- Quizá debería permanecer cerca de esta casa y hablar con Ted después del almuerzo - dije.

Ella meditó antes de contestar.

- Sería una buena idea si te ofrecieses para hablar con el doctor Rossman, junto con Ted. Con un tercer individuo en la habitación, quizás ambos se mostrasen más tranquilos y pacíficos.

-¿Actuando de árbitro?

Asintió.

Pensé que el testigo inocente que se interpone en una disputa, de ordinario recibe palos de ambos lados. Luego advertí lo terriblemente seria que estaba Barney, Lo realmente preocupada que aparecía.

- Está bien, lo intentaré - dije.

Pero no le dirás a Ted que tratas de ser árbitro en su discusión con Rossman, ¿verdad?

- ¡Oh! Entonces, ¿cómo entraré en el despacho de él?

Déjame que yo lo resuelva - dijo.

Acepté con un encogimiento de hombros. Entramos caminando en el edificio, mientras las nubes tormentosas avanzaban y lo oscurecían todo.

* * *

La masa de aire cálido sobre Nueva Inglaterra estaba siendo invadida por un chorro fuerte y frío procedente del Canadá. La invasión quedaba señalada por un frente. La línea del frente, de centenares de kilómetros de longitud, era una mezcla espesa de nubes negras que relampagueaban y emitían pequeños truenos, extendiendo lluvia y granizo sobre el suelo. Como la mayor parte de los frentes, éste olía a violencia. Impresionantes nubes de tormenta alcanzaban hasta doce kilómetros de altura, negras y terribles, cada una convertida en un motor complejo de furia turbulenta. Las partes adelantadas formaron una especie de salvaje tierra de nadie compuesta de centenares de nudos nubosos que corrían uno junto a otro, capaces de derribar y arrastrar a cualquier avión desprevenido como si fuese una hola seca en medio del vendaval. Las nubes invasoras siguieron hacia adelante, aporreando el suelo con granizadas y chubascos, serpenteando en el aire con sus relámpagos, hirviendo incluso hasta la estratosfera, en donde los vientos más fuertes y firmes aplastaban las cumbres nubosas formando con ellas cabezas de yunque. Acuciando en vanguardia, el flujo de aire frío invasor obligaba a que la masa cálida rindiese su humedad, convirtiéndose su energía calorífica en la violenta línea frontal de chubascos. Pero mientras el aire cálido se retiraba ante aquel invasor implacable, su calor vaporizado ablandaba el flujo de aire frío, lo calentaba, hasta que el frente de chubascos se rompió y desapareció, dejando sólo unas pocas cabezas tormentosas aisladas para que gruñesen inseguras antes de verse también disipadas por el sol constante.

Contemplé el desarrollo del chubasco desde la ventana del despacho de Ted, adonde me condujo Barney para que pasara la mañana. Vi cómo se alzaba el viento y las luces eternas se encendían al oscurecerse el cielo; vi salpicar las primeras gotas y luego grandes láminas de lluvia barrieron el aparcamiento que quedaba por debajo del río, las piedras del granizo rebotando en las capotas de los coches. Pese a toda su violencia, sin embargo, la tempestad terminó con rapidez. Salió el sol y empezó a secar los charcos. Me volví y vi que el reloj de la pared indicaba que había transcurrido menos de una hora.

Ted compartía el despacho con Tuli. Era un cuartito pequeño, del mismo tamaño que el del doctor Barneveltdt. Habla allí dos escritorios, un par de archivadores, dos estanterías atornilladas una encima de la otra y tres cafeteras eléctricas puestas en fila, en el alféizar de la ventana. Ted bebía café de igual modo que los osos se toman la miel y odiaba tener que esperar a que se preparase una nueva remesa de la infusión, me explicó Barney.

- Por eso mantengo tres cafeteras continuamente en marcha - añadió el propio Ted.

Encima de cada escritorio había una fotocopia del informe meteorológico matutino para todo el hemisferio norte. Lo ojeé y vi que se preparaba otra tormenta sobre el Pacífico.

Entonces me acordé. ¡Mi padre!

Efectué una llamada a larga distancia, cargando su importe a mi cuenta en el hotel. Cuando apareció la cara de papá en la pantalla estaba triste y sin afeitarse.

- Aquí son las cuatro de la madrugada, Jeremy - dijo con un gruñido bajo y apenas controlado. Desde el viernes por la tarde intenté ponerte en contacto contigo seis veces, sin éxito. Los dragados siguen sus funciones, pero no tengo noticias tuyas sobre ese sistema de predicciones a largo plazo. Será mejor que tus excusas sean buenas.

- Lamento haberte sacado de la cama, papá... Olvidé la diferencia de horas. Y, ejem, las noticias no son muy buenas tampoco, me temo.

Le expliqué la negativa del doctor Rossman de poner en inmediata marcha el plan de Ted y la alteración deliberada de éste hecha en el tiempo. Cosa extraña, mi padre sonrió al contarle estos detalles.

- El muchacho tiene valor - comentó.

Mi padre siempre admiró a la gente que defendía sus convicciones ante los superiores... mientras él no fuese uno de esos superiores.

- Sí - dije -, ¿pero qué piensas hacer respecto a los dragados? Se prepara otra tormenta en la zona...

- No lo sabía. Aún no he visto la predicción matutina. Raras veces me levanto tan temprano.

Parpadeé.

- Supongo, Jeremy, que no podemos hacer más que cerrar los dragados durante el resto de la primavera. O hasta que tu amigo Marrett siga adelante con estas predicciones a largo plazo. Trataré de conseguir una ampliación de nuestro plazo de entrega en Modern Metals, pero me parece que nos pondrán un ojo negro en ese asunto, muchacho.

Durante el almuerzo Ted pareció chisporrotear energía nerviosa, como un peleador adiestrado y dispuesto a enfrentarse con el campeón.

- Jerry se ha ofrecido voluntario para ver al doctor Rossman - dijo Barney mientras nos sentábamos en la cafetería -. Puede ofrecer un informe personal del efecto sobre el tiempo causado por ti.

Ted asintió, ansioso.

- Buena idea. Un testigo sin prejuicios.

Barney se inclinó sobre la mesa para que pudiéramos oírla en medio del estrépito.

- No sé si será mejor que viese al doctor Rossman antes que tú, o que entrara contigo.

- Podemos entrar juntos - decidió Ted -, los cuatro. Así dominaremos al viejo.

Miré a Barney. Sonreía.

El doctor Barneveldt vino hasta nuestra mesa y puso una mano en el hombro de Ted.

- Tengo entendido que hizo usted unas cuantas experiencias la noche del viernes.

Ted sonrió.

- Unas pocas. Sus nuevos comprimidos funcionaron perfectamente bien.

¿Consiguió los datos de los aviones monitores? Me gustaría verlos.

Contestó Tuli:

- No hubieron aviones monitores. Sólo el aparato que llevaba los materiales de siembra.

El rostro del doctor Barneveldt cambió de expresión.

- No entiendo.

Sin abandonar su asiento, Ted tomó una silla de la mesa para que se sentase el anciano. Cuando el doctor Barneveldt se hubo aposentado, Ted explicó:

- Conseguí que el avión despegase antes y volara más allá del lugar fijado para la siembra, para así poder efectuarla en la zona que tenía que cambiarse. Pero no quise poner en sobreaviso a la flota entera de aviones monitores... Habla muchas posibilidades de que alguien se quejase y todo el trabajo se habría suspendido. Así que, después de que el avión de siembra estuviera en camino, el piloto llamó y dijo a los aviones monitores que se había desviado de rumbo y que había dejado caer los comprimidos y volvía. Los aviones monitores jamás despegaron.

-¿Así que no se hicieron observaciones del instrumento?

Ninguna.

-¿En absoluto?

- Vimos el efecto que sus comprimidos causaron en .1 tiempo contestó Ted -. Eso es lo que importa.

El doctor Barneveldt sacudió la cabeza.

- Ted, ésa es mala ciencia. No se tienen datos reales.

Ningún experimento debe efectuarse al azar. Supongamos que no hubiesen causado efecto en el tiempo. ¿Cómo se podría saber lo que anduvo defectuoso?

- Pregunta académica - repuso Ted -. Cuando uno trabaja clandestinamente, ha de emplear los atajos. No se progresa si no se arriesga el pellejo.

- Cuidado con la tortuga osada - citó Tuli.

- Es usted atrevido - comentó el doctor Barneveldt - y con suerte.

- Dentro de unos minutos sabremos si tengo suerte. Rossman quiere verme a la una y media.

Precisamente a la hora exacta, la secretaria del doctor Rossman nos acomodó a los cuatro en el despacho del jefe.

Alzó la vista desde los papeles que tenía en el escritorio.

- No sabía que iba a ser una conferencia en grupo.

Inmediatamente pude ver las nubes oscuras: frente de chubascos.

- De un modo u otro todos estamos complicados - respondió Ted.

Rossmán nos miró malhumorado mientras nos acercábamos las sillas correspondientes y las ocupábamos ante su escritorio.

- Quiero una explicación de lo que pasó el viernes por la noche - pidió.

- Fácil - contestó Ted -. Le hemos demostrado que el control del tiempo funciona. Y con bastante facilidad.

- ¡No diga "nosotros", Marrett! - saltó Rossmán -. Fue usted, no meta a sus amigos en esto.

- No busco protección - respondió Ted -. Les doy el crédito por ayudarme en el trabajo básico.

- Pero usted... y sólo usted... es el responsable de lo del viernes por la noche.

- Cierto.

Rossmán cambió de sitio varios papeles.

¿Sabe usted lo que es esto? - esgrimió un memorándum -. Es un cálculo del coste para el Departamento del vuelo de ese avión por el océano.

- De todas formas el avión iba a recorrer esa región en general.

Y esto - sacó un telegrama -, es una queja formal de la Fuerza Aérea por haber complicado a personas sin autorización en sus operaciones de lasers de alto secreto. ¡Sin autorización! Se refiere a usted, Marrett! ¡Se le podría acusar de violar la seguridad nacional!

- Pero, doctor Rossmán... - comencé.

Aguarda un momento, Jerry - me cortó Ted, volviéndose a Rossmán -. Escuche. He pasado dos años en la Fuerza Aérea y una buena porción de ese tiempo en servicio orbital. Conozco los lasers de dentro a fuera. ¿Cómo piensa usted que tuve idea de utilizarles para alterar el tiempo? No he espiado a nadie, ni tampoco roto normas de seguridad. Todo lo que hice fue pedir a un camarada mío, que

sigue de servicio allá arriba, que prestara atención a cierto punto geográfico. Ni siquiera le mencioné la palabra "láser". Así que no hay violación. No me amenace.

-¿Se da cuenta de que puedo descontarle de su sueldo el coste de la llamada radiofónica a la estación orbital?

- No se pueden efectuar llamadas radiofónicas a los satélites militares. Fui a la Base de la Fuerza Aérea en Otis... emisoras libres... e hice que unos amigos míos enviaran un mensaje.

Rossmán miró fulminante a Ted; su largo rostro amargo estaba colorado por la cólera.

-¿Y no se da usted cuenta de que estropeó el experimento del doctor Barneveldt? No estuvieron los aviones monitores presentes cuando se dejaron caer los comprimidos.

-¿Cuándo se va a dar cuenta usted de que le hemos demostrado que podemos cambiar el tiempo? - preguntó Ted, poniéndose en pie de un salto. Evidentemente, con rapidez y efectuando cambios definitivos y deliberados. Está usted gritando por unos centavos cuando todo el concepto de la meteorología puede quedar alterado. Nos es posible efectuar predicciones exactas a largo plazo; podemos comprender los flujos planetarios con detalle; podemos cambiar deliberadamente el tiempo. ¿Va a abrir ahora los ojos o se quedará ahí, obstruyendo el paso?

Rossmán por poco se vuelve púrpura. Ted estaba allí plantado ante el escritorio, cerniéndose sobre el jefe. Temblando de manera visible, Rossmán se levantó de su silla.

-¿Puede demostrar que ha cambiado el tiempo? - preguntó con voz sofocada.

- ¡Yo puedo asegurarlo, doctor Rossmán! - dije. La predicción del sábado por la mañana era completamente distinta al tiempo que hizo.

Sin hacerme caso, volvió a preguntar a Ted:

-¿Puede usted demostrar que sus operaciones ilegales en verdad forzaron un cambio de tiempo? ¿O ese cambio habría sucedido de todas maneras?

- Nosotros trabajamos. El tiempo cambió. Sus propias predicciones no previeron el cambio.

- Pero usted carece de pruebas de que ese cambio dejara de ser completamente natural. No efectuó observaciones, no tomó datos. Por cuanto usted sabe, el tiempo puede haber cambiado sin que usted levantase el dedo meñique.

- No. Mi predicción a largo plazo indicaba...

Pero Rossman estaba eligiendo algunos papeles de su escritorio.

Y hay aquí otro asuntillo... una nota del grupo de estadísticas. Esa tormenta lluviosa hubiera ayudado a aliviar la falta de agua, la sequía. Supongamos que los granjeros se enteran de que la División de Climatología les quitó deliberadamente la mejor posibilidad para empapar de lluvia sus terrenos, la mejor posibilidad que se presentó en lo que podamos prever. ¿Cuánto tiempo cree que seguiríamos en nuestros empleos?

Ted extendió los brazos en un gesto desvalido.

- Mire, no se pueden tener todas las cosas a la vez. O bien no efectuamos ningún cambio en el tiempo, o hemos robado a esos pobres granjeros su lluvia. ¿En qué carta se queda?

- No lo sé - repuso Rossman -. Y no me importa. Marrett, no consentiré que la gente actúe a mis espaldas. Y tampoco toleraré insubordinaciones. Espero que presente la carta de su dimisión en esta mesa antes de que termine el día. Si no lo hace, tengo bastantes cargos contra usted para que el Consejo de Administración le eche a patadas. ¡Está usted acabado, Marrett!. ¡Acabado!.

VII

CORRIENTES CRUZADAS

Debí mostrar un estado total de sorpresa cuando salimos del despacho del doctor Rossman. En realidad no recuerdo ni lo que dijimos ni lo que hicimos. Me parecía ver el rostro descompuesto y colérico de Rossman, la expresión estupefacta de Ted. Lo más que recuerdo es haber entrado en mi cuarto del hotel.

Debí permanecer sentado allí mucho rato. El zumbido del teléfono requirió mi atención.

- Respondan - grité, dándome cuenta de que la habitación estaba a oscuras. Fuera, las torres de Back Bay se cernían sombrías, recortándose en el cielo enrojecido.

El rostro de Barney apareció en la pantalla.

- Jerry... ¿qué vamos a hacer? Ted ha recogido las cesas de su escritorio. Se ha ido.

-¿Dónde estás?

- En Climatología. Yo... ¿qué hará Ted?

Me di cuenta de que había estado llorando.

Bueno, no te desmorones ahora. No se acabó el mundo.

Escondiendo la cabeza, me dijo:

- No lo comprendes. Ted está arruinado. Se acabó su carrera.

-¿Sólo porque perdió el empleo? Eso no es...

- No es sólo el empleo. La División de Climatología es el único lugar en donde Ted tenía alguna posibilidad de hacer el trabajo que necesita. Y el doctor Rossman puede impedirle que tengo otro puesto en cualquier organismo similar del Gobierno.

En eso no habla pensado.

- Bueno... existe la industria particular. Muchas firmas poseen oficinas meteorológicas. Por ejemplo, la línea de aviación de mi tío Lowell. Y pagan mucho más que el Gobierno.

- Pero no efectúan investigaciones sobre el control del tiempo... o predicciones a largo plazo.

- Quizá pudieran hacerlo... quizá...

-¿Y cómo terminará Ted su carrera en la universidad? La División le pagaba una beca en el MIT. Ahora, quedando despedido, ya no tiene medios de costearse los estudios. Y el doctor Rossman no querrá proporcionarle buenas referencias y... Jerry, esto es desesperante.

- Aguarda un momento - dije -. No te metas en un callejón sin salida. Por muy mal aspecto que tenga, aún podemos encontrar algo. Recuerdo que mi padre me dilo una vez; cuando la cosa se pone fea, hay que seguir adelante.

Guardó silencio durante un momento. Le miré la cara; parecía la de una niñita tratando de ser valiente, reprimiendo las lágrimas.

- Me parece que yo no soy muy fuerte, Jerry - dijo -. No sé lo que hacer.

Está bien, me anunció una voz interna, hablar es fácil, ahora, veremos como actúas. Por primera vez en la vida

Sentí el peso de la responsabilidad gravitando sobre mis hombros

¿Dónde está ahora Ted? - pregunté.

- Lo ignoro. Probablemente de regreso a su apartamento.

- Ve a ver si puedes hacerle venir aquí. Acompáñale tú. Y Tuli. Será mejor que nos reunamos todos.

-¿Qué vamos a hacer?

- Aún no lo sé - contesté -. Pero si te diré lo que no vamos a hacer: no vamos a estar llorando y actuar como si el mundo hubiese terminado.

Era noche cerrada cuando llegaron a mi cuarto... los tres juntos. Ted estaba triste, era la primera vez que le veía abatido.

- Fijaos bien - murmuró, plantándose en mi ventana y mirando a las atestadas e iluminadas calles -. Caminan con ropas de plástico y radios de auriculares para que les den las últimas noticias de la Luna. Pero tienen tanto control sobre el tiempo como lo poseía el hombre de las cavernas. - Se volvió hacia nosotros -. Cuando yo era un párvulo, mi padre me llevó a ver una película... de dibujos música clásica de fondo: "El aprendiz de brujo".

Ese personaje se ponía en lo alto de un acantilado, mediante magia provocaba el relámpago procedente de las nubes, haciendo que el mar azotase la base del acantilado... Creo que fue entonces cuando empecé a preguntarme sobre las posibilidades de controlar el tiempo.

Sonrió con una expresión de cordero degollado.

- Sueño de párvulos. Muy loco, ¿verdad?

Barney nos hizo volver al problema inmediato.

- Ted, ¿hablaste con la gente del MIT? Con un gesto de cabeza, respondió:

- El profesor Martingale lo arreglará para que pueda continuar y graduarme. Irá bien la cosa mientras no me exceda entre ahora y junio.

-¿Y luego, qué? - pregunté.

- Me imagino que conseguiré una plaza de instructor en el MIT. O tendré que volver a la Fuerza Aérea. No me moriré de hambre.

- Eso no resulta - dijo Barney -. Nunca estarás satisfecho en la enseñanza utilizando los textos de otras personas.

- Reconozco que no me parece muy divertido.

Se apartó de la ventana y se sentó en el sofá, al lado de Barney.

- Puedo hacer unas cuantas cosas - dije -. Primero, no te preocupes por los gastos hasta junio, Ted. De eso me puedo cuidar yo...

- No - contestó con firmeza- .Gracias, Jerry, pero no hay nada que hacer. No soy un caso de caridad. Por lo menos, aún no.

- Pero...

- Nada de discusiones. De aquí a junio no hay que sudar. Me apretaré el cinturón, pero me graduaré sin dificultades. El problema viene después.

- Podrías venir a trabajar para Thornton.

- Ya pensé en eso. Los equipos de Thornton no hacen la clase de trabajo que a mí me gusta.

- Entonces iniciaremos un nuevo trabajo.

-¿Qué?

Me sentí tan sorprendido como ellos. Debí tener la idea en el fondo de mi mente durante varias horas, pero ahora precisamente es cuando acababa de reconocerla.

- Claro - dije -. ¿Por qué no? Iniciaremos una nueva compañía Thornton. Las predicciones a largo plazo pueden ser un valioso servicio. ¡Ganaremos dinero con ellas!. Empezaremos nuestro propio negocio, con el respaldo de Thornton.

Por primera vez aquella tarde, Barney pareció esperanzada. Pasamos el resto de la noche hablando sobre la nueva idea. Casi amanecía antes de que estuviésemos de acuerdo en los puntos principales. El producto esencial de la nueva compañía serían las predicciones a largo plazo. No intentaríamos competir con el servicio regular de predicciones del Departamento de Meteorología, pero venderíamos nuestras predicciones... con dos semanas por lo menos de anticipación... al comercio privado, a los intereses industriales y cosas por el estilo.

Sin embargo, lo más importante para Ted era ser un día libre para dirigir un programa extenso de investigación sobre el control del tiempo: ese era el verdadero objetivo, la meta que todos queríamos alcanzar. Thornton suministraría la mano de obra administrativa, el personal que ¡levase el despacho, que se cuidara de los libros y manejase el dinero. Ted contrataría al personal técnico,

pondría en marcha el servicio de predicciones a largo plazo y luego se concentraría en el control del tiempo.

- El primer individuo que contrataré - dije -, es un oriental cineticista que parece la voz de mi conciencia.

Tuli, sentado con las piernas cruzadas en el suelo, delante del sofá, inclinó la cabeza.

- Acepto humildemente el honor... dependiendo, claro, del salario y de los beneficios.

- No te preocupes por los salarios - le dije -. Thornton puede pagar mucho mejor que el Gobierno.

Ted me miró; había una nueva luz en su cara.

- Eh, no había pensado en el dinero. ¡Debería llegar a enriquecerme!

Barney soltó una carcajada.

-¿La escala de altos salarios sirve también para el personal de computación?

- No, tú no vendrás con nosotros - dijo Ted, sacudiendo la cabeza -. Te quedarás en Climatología.

Ella le miró con fijeza.

-¿Qué quieres decir?

- Necesitaremos a alguien que vigile la División... especialmente a Rossman. Tengo el presentimiento de que no aceptará amablemente a la nueva compañía.

- ¿Pero qué puede hacer contra nosotros? - preguntó Barney.

- No lo sé. Por eso quiero que estés ahí para vigilarle.

Barney no discutió; cruzó los brazos y dejó caer la barbilla sobre su pecho haciendo un pucherito.

Ted insistió:

- Escucha, esto es más importante que organizar un club social. Seguiremos viéndonos casi cada día. Y, además, si esta idea fracasa y la compañía se hunde, seguirás teniendo un sólido empleo en la División.

La expresión de furia permaneció inmutable en Barney.

- También tienes que pensar en tu tío.

- Me puedo cuidar de él no importa en dónde yo trabaje - dijo ella -. Apenas veo a tío Jan durante las horas de trabajo.

Ted se pasó la mano por entre su pelo rojo.

- Mira, Rossman podría engañarnos y perjudicarnos de muchas maneras. Necesitamos que alguien lo vigile. Tú puedes estar al tanto de cualquier tarea especial que proporcionen al computador de Climatología. Más tarde, después de que tengamos a la compañía en marcha y Rossman no pueda hacernos daño, te arrancaré de la División y te pondré al frente de nuestra sección de computadores. ¿Qué te parece esto?

El ceño de ella se disipó.

- Yo no necesito estar al frente de una sección de computación... Quiero formar parte de lo que tú estés haciendo.

- Formarás... Tendrás un papel importantísimo. Como espía. De acuerdo, lo haré. Pero sólo una temporada.

- Bien - dijo Ted, sonriendo. Basta ya de intrigas por esta noche. Jerry, ¿cuánto tardarás en poner en marcha la bola?

- Hablaré con mi padre mañana. Probablemente será nuestro primer cliente. Y, con seguridad, necesitaremos su respaldo. Creo que puedo hacer que mis tíos se interesen también.

- Bueno, cuanto antes mejor.

¿Alguien ha pensado en el nombre de la nueva compañía? - preguntó Tuli -. Un principio con buenos auspicios debería incluir también un buen nombre.

-¿Qué os parece "Marrett y amigos"? - preguntó Ted, tratando de aparentar inocencia.

Le abucheamos.

Tuli sugirió: Quizás el título debería ser muy llamativo y humilde, por ejemplo: "Estudios del Tiempo".

- O "Dinámica del Tiempo" - dije yo.

Ted frunció el ceño.

- Cada compañía de poca importancia de Massachusetts tiene la palabra "Dinámica" en su nombre.

¿Por qué no nos ponemos clásicos y buscamos raíces griegas? - sugirió Barney -. Eolo era el dios de los vientos. Podríamos bautizar la compañía con algo así como: - "Laboratorio de Investigación Eolo".

Meditamos en eso varios minutos. Por último Ted asintió.

- Aprobado.

Al día siguiente llamé a mi padre y efectué varias llamadas más en el transcurso de la semana. Quería que viniese a Thornton, en donde podríamos discutir de la idea directamente, con tío Lowell y tío Turner también en la reunión. Gruñó y parecía reacio. Finalmente conseguí que tía Louise le invitase a la celebración de mi cumpleaños. Entonces no le quedó escapatoria y aceptó venir.

La noche del viernes aquel se celebró una reunión familiar en Thornton. Pedí a Ted, Barney y Tuli que vinieran a la mañana siguiente. La noche del viernes era para el clan Thornton. Todos estaban muy tensos cuando llegó mi padre y aun éste parecía también bastante endurecido. La cena fue normal y educada, pero la conversación quedó reducida a tópicos prudentes... nada sobre el abuelo Thorn, o la decisión de mi padre de quedarse en Haway y construir su propia vida.

Después de cenar, en la gran sala de estar con la chimenea, lo bastante grande para meterse dentro, empezaron a hablar de los transportes por cohete.

- Ya sabéis - dijo mi padre -, que es la primera vez que he viajado en uno de ellos. Son estupendos. El vuelo fue maravilloso.

- Y con los cohetes - dije yo -, Hawai está tan cerca como Nueva Inglaterra de... bueno, de Nueva York.

- Cierto.

Mi padre se quedó mirando las llamas de la chimenea durante un largo rato.

- Habéis de saber - anunció -, que me alegro de haber vuelto. Tendré que venir con más frecuencia.

Tía Louise pareció extender la mano hacia él, aunque apenas se moviera físicamente.

- Es estupendo que hayas regresado, Richard.

La tensión no desapareció por completo, pero uno podía darse cuenta de que se había ablandado. Todo iría bien.

* * *

El mapa meteorológico de aquella noche mostraba un escarpado gradiente de presión cruzando Nueva Inglaterra, el lado subsiguiente a la célula de alta presión manteniendo a los cielos claro y brillantes. Ahora se alejaba y los vientos cálidos del suroeste entraban a chorro en la zona. Mañana muchos niños harían volar sus cometas.

Pero para el joven músico que cruzaba presuroso el recinto universitario aquella noche, el viento era una fuerza viva y salvaje, cálida y misteriosa, que agitaba los retoños verdes de los árboles y que suspiraban entre él y las estrellas. Era una emoción, una melodía que intentarla captar en el papel, un recuerdo que conservaría durante años.

El piloto de las líneas aéreas que llevaba a su reactor repleto de pasajeros hacia el aterrizaje, odiaba al viento y a sus ráfagas súbitas. Sabía que los pasajeros le echarían la culpa personalmente por cada salto y traqueteo.

La esposa del granjero, sentada junto el porche posterior, cerca de su adormilado marido, sonrió hacia el viento nocturno. Podría traer lluvia. La lluvia había sido escasa. La sequía empolvaba los campos, creando arrugas de preocupación en el rostro del hombre dormido.

* * *

Ted y Barney llegaron la mañana del sábado. Tuli se quedó en Cambridge para terminar algunas tareas universitarias. Les conduje a la biblioteca, en donde mi padre y sus hermanos ya se sentaban en torno a la larga mesa que cruzaba la habitación, a partir del viejo escritorio del abuelo.

Ted expuso sus ideas acerca del "Laboratorio de Investigaciones Eolo", mientras paseaba con firmeza desde la mesa hasta las grandes ventanas francesas. Cuando hubo terminado, se produjo un momento de silencio. Luego, tío Turner dio tranquilo:

- Está usted hablando de una empresa muy grande.

Hay un riesgo - asintió Lowell -. ¿Pero en que nueva aventura no hay riesgo? Podríamos conceder un presupuesto.

- Hasta que empecemos a tener beneficios - dije.

Tío Lowell soltó una carcajada.

- Adopta la actitud adecuada.

- Yo no les conozco a ustedes dos - dijo mi padre, pero necesito predicciones sobre el tiempo a largo plazo. Si pueden conseguirlo, pondré la tercera parte del dinero necesario para que empiecen.

-¿De qué cantidad de dinero estamos hablando? Preguntó Turner -. Van a necesitar un edificio, personal, computadores, equipos de experimentos... y esto puede subir mucho.

- Tengo una lista del equipo y del personal técnico que me hace falta - dijo Ted, sacando del bolsillo un manojito de papeles -. Estuve trabajando en eso toda la semana.

Colocó la lista sobre la mesa y todos nos inclinamos para estudiarla.

Aquí no hay nada para personal de oficinas. Necesitará usted empleados, contables, servicio de compras, de mantenimiento.

Ted se encogió de hombros.

- Yo me encargaré de los problemas técnicos. La administración es otra cosa.

- Necesitaremos un hombre de primera categoría para que gobierne los aspectos comerciales del laboratorio.

Eso es importante, Ted.

- De acuerdo, pero ha de estar al corriente del trabajo técnico. No quiero tener a un chupatintas que diga al personal técnico cómo se trabaja en pro de la ciencia.

- Claro que no - asintió tío Lowell.

- Los buenos administradores son muy escasos - anunció mi padre.

- Quienquiera que sea, debe tener un conocimiento profundo de los propósitos del laboratorio - indicó tío Turner.

- Y preferiblemente gozar de una estrecha amistad con el personal técnico superior - añadió mi padre.

De pronto todos me estaban mirando.

-¿Yo? ¿Dirigir el negocio? Pero, no puedo. No sé como... ¡No podría!.

- Si, podrías - dijo mi padre. Y lo harás.

VIII

INVESTIGACIONES EOLO

No discutí con mi padre; habría sido inútil. Y, a decir verdad, sentía curiosidad por ver si efectivamente podría dirigir nuestra pequeña empresa.

Acabamos la conferencia accediendo mis tíos y mi padre a financiar un año de trabajo de "Investigaciones Eolo". Al disolverse la reunión y marcharse los demás de la biblioteca, mi padre me contuvo.

- Quiero decirte algo, Jeremy.

Avanzó despacio hasta el viejo escritorio. Al quedar ahí, enmarcado por las grandes ventanas, me asombré viendo lo mucho que se parecía al abuelo. No me había dado cuenta antes de ese detalle.

- Jeremy, vas a dirigir tu propio equipo durante una temporada. Te deseo todos los éxitos del mundo, pero... con franqueza, creo que tu laboratorio se hundirá antes de que termine el año.

-¿Qué quieres decir? Nosotros...

- Escúchame - continuó, levantando las manos para cortar mis palabras -. Tus tíos y yo financiamos vuestro trabajo durante un año y emplearemos las predicciones a largo plazo. ¿Pero qué te imaginas que ocurrirá durante ese año?

Encogiéndome de hombros, contesté.

- Tendremos que aprender como proporcionar predicciones a largo plazo obteniendo un beneficio.

Me obsequió con la clase de mirada indulgente que guardan los padres para los niños traviosos.

- Escúchame, tu amigo Marrett va a verse tan empapado de dinero como un elefante que se bebiera toda una bañera. Ya sabes que este asunto de las predicciones a largo plazo es cosa vieja en él. No le interesa convertirlo en un negocio... sólo significa un fin en su vida. Quiere investigar... investigaciones caras para controlar el tiempo. Por cada dólar que Thornton te proporcione, él gastará seis. Cuando dejemos de pagar las facturas, os arruinaréis en menos de un mes.

- Sé lo que hay en la cabeza de Ted - dije. Y el control del tiempo, cuando lo consigamos, será un negocio mucho mayor que las predicciones a largo plazo.

- Si entretanto no vais a la ruina.

- Ted podría conseguir una subvención - pero no lo dije muy convencido.

- Quizá - asintió mi padre -. Pero la tentación del dinero "gratis" de Thornton podría arruinarle a él y a vuestro laboratorio. Si aceptas mi consejo, deberás pasarte todo este año buscando clientes que compren las predicciones a largo plazo. Es la única manera de sobrevivir después de que Thornton deje de poner sus huevos de oro.

Afirmé con la cabeza.

- Y otra cosa - continuó mi padre -. Tarde o temprano, Marrett querrá hacer experimentos. No te sorprendas que os tropecéis con algunas dificultades legales con el Gobierno.

Bueno, esperarnos que el doctor Rossman trate de bloquearnos si tiene ocasión. Pero me parece...

- No consideres esto como un duelo personal entre Rossman y Marrett. Dije problemas legales. ¿Has oído alguna vez hablar de "Environmental Science Services Administration"?

Negué con la cabeza.

- Oirás. Poseen el aire de la nación.

-¿Son dueños de la atmósfera?

- En cierto sentido - contestó mi padre, sonriendo ante mi confusión -. Hice unas cuantas investigaciones antes de salir de Honolulu. ESSA es la agencia que dirige todos los programas del Gobierno sobre el envenenamiento del aire, oceanografía, cartografía y toda clase de investigación geofísica. El Departamento Meteorológico has de saber que forma parte de ESSA.

- Lo ignoraba...

- Bueno, durante los pasados quince años ESSA ha tenido el poder de conceder o retirar licencias para experimentos de control del tiempo. Han tumbado peticiones de unos cuantos chiflados en todo ese plazo. Ahora, ¿qué diferencia hay entre los sembrados de nubes y el envenenamiento del aire? Depende de la respuesta de a quien se lo preguntes.

- Pero no rechazarían una petición legítima... Entonces comprendí adónde quería ir a parar mi padre -.Si el doctor Rossman quiere detenernos... podría hacerlo a través de ESSA.

Mi padre se encogió de hombros.

- No lo Sé; quizás es eso lo que hará. Apostaría a que es más conocido en ESSA que tu amigo Marrett.

No contesté.

- Vas a vivir un año muy interesante, Jeremy - dijo mi padre, pasando un dedo a lo largo del borde del viejo escritorio -. Creo que un año muy educativo. Espero que vuelvas a casa, cuando finalice, más triste, pero también más sabio y dispuesto a ponerte a trabajar para un grupo establecido... Thornton Pacific Enterprises.

- ¿Dragando fondos marinos?

- Eso te parecerá distinto dentro de doce meses.

* * *

No perdí tiempo en poner en marcha a Investigaciones Eolo. No pude perderlo, y menos con el recuerdo de la paciente sonrisa divertida de mi padre.

Mientras Ted acababa sus últimas seis semanas en el MIT, en espera de su graduación, yo fui y volví a la oficinas Thornton de la Costa Este, reclutando personal en Boston, Hatford, Nueva York y Washington. Mis tíos se quejaron, riendo, durante los fines de semana en Thornton. La palabra piratería llenaba el aire mientras yo seguía a algunos de sus administrativos más jóvenes para que ingresasen en Eolo. Pero raras veces me negaron algo de lo que yo quería "robarles".

Incluso efectué un discreto viaje en cohete hasta Honolulu y borré Ja sonrisa de paciencia del rostro de mi padre convirtiéndola en un ceño pensativo cuando me llevé a los cuatro mejores administrativos jóvenes de Thornton Pacific. Conocía muy bien al personal de mi padre y éste también me conocía a mí. La ocasión de ser hombres de categoría en una compañía nueva, en lugar de esperar años para el ascenso, fue demasiado buena para que la rechazaran.

A mediados de junio, Investigaciones Eolo tenía una oficina en funcionamiento: administración, finanzas, personal, compras, mantenimiento... y yo. También poseíamos personal técnico... Ted Marrett y Tuli Noyon.

Encontramos un sitio casi perfecto para instalar unas oficinas en aeropuerto Logan, de Boston, en donde alquilamos todo el piso superior de un edificio de

cuatro plantas. La principal estación del Departamento Meteorológico de Boston se encontraba en el mismo edificio y puesto que su equipo de observación se había instalado principalmente en la terraza, su personal llegó a conocernos muy bien.

Barney y yo preparamos una fiesta sorpresa para Ted y Tuli cuando oficialmente recibieron su diploma. Alquilé la sala de banquetes del hotel en donde yo me alojaba; mientras, Barney discretamente invitó a quienes conocían a Ted... que resultaron ser la mayor parte de personal de Climatología y en apariencia todo el MIT.

La fiesta fue un éxito. Fue la única vez que vi jamás -a Tuli asombrado. Más tarde yo me incluí en el mismo aspecto. Fue cuando me enteré de que Ted prometió empleo en Eolo a prácticamente todos los asistentes a la fiesta.

- Se necesitó un entero fin de semana para recuperarnos. El lunes por la mañana Ted se reunió conmigo y con Paul Cook, jefe de personal de Eolo, en mi despacho del Laboratorio. Era un cuartito modesto: una ventana que daba al aeropuerto y a los muelles, un sencillo escritorio de madera, un diván, unas cuantas sillas y algunos cuadros.

- Debe ser duro vivir tan cerca de la naturaleza - observó Ted mientras se dejaba caer en el diván -. Muebles daneses. ¿Importados o nacionales?

- Vinieron de Suecia - contesté -. Y los cuadros son originales que me gustaban. Pero, si te molestan, los descolgamos y haremos que pinten las paredes con el gris aséptico de Climatología.

Pareció horrorizarse.

- ¡Hasta la pintura abstracta es mejor que eso!.

- Ahora que está resuelto lo de la decoración - dijo Paul, colocando un montón de papeles sobre mi escritorio, ¿qué les parece si nos ponemos a trabajar?

Al jefe de personal podía considerársele como el "viejo" de nuestro equipo... bien adentrado en la treintena. Era un tipo regordete, calvo, de mandíbula cuadrada y expresivo.

- Estas solicitudes de empleo - dijo, son de gente que pretende ser amiga de usted, Ted. ¿Recuerda haber prometido a todos puestos en la empresa?

Ted alzó precavido una ceja.

- Quizá me precipité un poco. Pero en ese montón de nombres hay personas condenadamente buenas.

- De acuerdo - dije -. Pero no queremos sólo buenas personas... sino las mejores. Y una en cada especialidad, por lo menos de momento.

- Sé exactamente lo que quiero - dijo Ted, ahora serio. Nada de esfuerzos. Tendré preparado el personal técnico dentro de una semana.

Paul parecía aliviado.

- Bien - dijo. En dos semanas me gustaría que empezáramos a proporcionar a los clientes las primeras predicciones.

- Se puede hacer - contestó Ted.

- Y hablando de clientes, sería bastante importante que consigamos tantos como podamos. No podemos fiarnos sólo de Thornton.

- Eso no es tarea técnica - repuso Ted -. Estoy aquí para poner en marcha las predicciones y luego investigar. Conseguir clientes es tu especialidad en el negocio.

Tuve que asentir.

- Está bien. Empezaré a introducirme entre los comerciantes.

Espero que le guste volar - me dijo Paul -. Va a pasar mucho tiempo en aviones a reacción.

* * *

Ver las nubes desde el suelo no es nada comparado con estar arriba en su propio dominio, volando entre ellas. Despegar en una puesta de sol y entrar en un denso banco de estratos que yacen espesos y grises en lo alto, ascender dentro de ellos y ver cómo el mundo desaparece de la vista y luego salir a un cielo de un rojo flameante con una alfombra real profunda, de suave púrpura que se extiende hacia el sol poniente... no hay nada en la Tierra que pueda compararse a eso. Muy altos en un reactor, el cielo es siempre claro, no importa el clima de debajo, excepto por algún retazo ocasional de helados cirros que queden aún más arriba. El sol brilla allí todo el día, el cielo es siempre de un azul cristal. Muy abajo, gruesas masas de cúmulos pasan volando, arrojando sombras amistosas al suelo inferior, sus hinchadas cumbres atusadas por invisibles dedos de peluquero. Senderos y cinturones de nubes marchan cruzando la superficie de la Tierra y, algunas veces, gigantescas tormentas bloquean todo lo que hay debajo y convierten el panorama en una Antártica de relucientes picachos blancos y de valles brumosos. Volando a través de las nubes, el avión brinca y se estremece bajo las poderosas corrientes del viento, mientras que sus crestas azotan las ventanillas y una cortina de vapor se cierra y abre y luego vuelve a cerrarse para

esconder incluso las alas de toda vista. Impresionantes tronadas se oyen con estrépito ominoso, salpicando la oscuridad con relámpagos. Luego aterriza el avión, de regreso al reino del hombre, hecho de lluvia y de gris, de vuelta hacia los cielos mutables, de regreso al mundo del tiempo.

* * *

El verano fue largo y brillante. El sol apareció día tras días. Hacia más fresco que de ordinario, pero todavía la playa y los lugares de recreo en la montaña hicieron gran negocio. En ningún fin de semana llovió. De hecho, excepto unos cuantos frentes tormentosos, apenas hubo precipitación digna de mencionarse en Nueva Inglaterra. Nadie se quejó, salvo los agricultores. Había demasiada sequía, las cosechas languidecían. Pero todos en las ciudades sabían que las lluvias de otoño resolverían el problema. Los propietarios de casas suburbanas regaban sus céspedes para mantenerlos verdes y hablaban de plantas de agua salada que harían disminuir las escaseces de agua hasta convertirlas en una cosa del pasado.

Pero, a pesar de las plantas desalinizadoras, el rincón noreste del país se vio abrumado por la sequía.

Y yo también.

En todo el verano, no importa donde viajase y lo duro que tuviera que trabajar, no pude encontrar ni un solo cliente nuevo para las predicciones del tiempo a largo plazo de Investigaciones Eolo.

Parece estupendo en el papel - dijo el gerente de una empresa conservera -, y con certeza nos interesarían las predicciones si pudieran ayudarnos a decir exactamente cuándo plantar cada cultivo y qué lluvia podría esperarse. Pero si este plan nos diese alguna información equivocada, podríamos estropear toda la cosecha anual. Además, ¿si es tan buena, por qué no utiliza la idea el Departamento de Meteorología?

Otro hombre de negocios fue más crudo.

- No trato con gente que no conozco. Tengo amistad con el personal Climatológico del Gobierno. Ni le conozco a usted, ni a sus ideas.

En Kansas City, el presidente de una cadena internacional de hoteles, me dijo:

- Parece estupendo, en verdad que sí, como un sueño hecho realidad. Pero esos buitres del consejo de administración no lo creerán. Jamás querrán ser los primeros en intentar algo nuevo.

Y el investigador en jefe de una compañía petrolera rezongó:

- ¡Paparruchas!. El plan nunca resultaría. ¡Y lo sé por que soy un experto geólogo!
- ¿Y qué tiene que ver la geología? - estalló Ted cuando le conté el caso.

Yo me había desplomado en el sillón de mi despacho, mirando con tristeza por la ventana hacia el cielo gris de Septiembre. Ted paseaba, cruzando infinitamente la alfombra.

- ¿No les enseñaste las predicciones que hemos estado proporcionando a Thornton?

Asintiendo, respondí:

- No les convencieron. Es un trabajo de predicciones de sólo doce semanas... y afirman que hemos tenido suerte o... que les estamos engañando, redactando las predicciones después de ver las del Departamento de Metereologia.

- ¿Qué? - se puso rígido, los - ojos llameantes -. ¿Quién dijo eso?

- Un par de individuos. No con tantas palabras, pero el significado quedó bastante claro.

Ted gruñó algo para si.

- No les culpes a ellos. La culpa es mía. No logré convencerles.

Ted siguió paseando y murmurando unos cuantos minutos más. Yo permanecí alicaído en mi silla. Acababa de regresar de un vuelo a través de la nación y no habla dormido más de seis horas en los anteriores dos días.

- Escucha - dijo, colocando una silla junto a mi escritorio -. Quizá no has hablado con el personal apropiado. En vez de apuntar a los presidentes de compañía y jefes de investigación, deberías hablar con los ingenieros operantes y con los jefes de grupo... los individuos que utilizarán nuestras predicciones si los altos jefes las adquieren. Esos camisas almidonadas de lo alto saben lo que es imposible; nadie puede convencerlos de una sentada. Pero llega hasta los gerentes de planta o científicos de investigación o ingenieros. Invítalos a venir aquí, al laboratorio; págalos el viaje, si es preciso. Déjales que pasen u nos cuantos días aquí, aprendiendo lo que hacemos y cómo lo conseguimos. Entonces estarán a nuestro lado.

- ¿Y convencerán a sus jefes?

- Cierto.

-¿Crees que resultaría. ..? Quiero decir, a tiempo. Sólo tenemos hasta el próximo abril.

. Será mejor que resulte - sonrió.

El invierno vino y se fue, más frío, más severo que de ordinario, pero con poca nieve en comparación. Los esquiadores se quejaron con amargura y varios hoteles de montaña cerraron largas temporadas mientras sus propietarios tristemente contemplaban las limpias laderas y el fundirse de sus cuentas en el banco. En febrero, una buena parte del puerto de Boston se congeló y el servicio de Guardacostas tuvo que asignar un rompehielos para mantener abierto parcialmente el acceso al puerto. Lejos de la costa, en los valles frígidos y en las laderas heladas, los granjeros aguardaron estólidamente una nieve que nunca llegó. Las montañas no producían suficientes manantiales y eso lo sabían. Los arroyos tendrían poca agua en primavera; los campos continuarían secos.

IX

EJEMPLO DE SEQUÍA

Durante aquel amargo y seco **invierno** seguí la estrategia de Ted. Efectué una infinita cantidad de viales y conversaciones, viviendo en habitaciones extrañas de hotel, comiendo en toda clase de restaurantes, despertando por las mañanas y esforzándome en recordar en qué ciudad y en qué día de la semana me encontraba Pero los jóvenes ingenieros e investigadores empezaron a venir al Laboratorio. De uno en uno; de dos en dos; vinieron para pasarse unos pocos días, miraron y escucharon a Ted y a Tuli y volvieron a su trabajo con una nueva luz en sus ojos. Para marzo recibimos diversas consultas de varias compañías. Querían hacer negocio con nosotros.

* * *

El meteoróide era un pedazo de roca no mayor que el puño de un hombre. Durante millones de siglos había orbitado en torno al sol sin acercarse a menos de treinta millones de kilómetros de otro cuerpo sólido de su propio tamaño. Pero en un punto inevitable del tiempo, el sol lejano y los planetas se alinearon de tal forma que el meteoróide se vio arrastrado 'a menos de unos pocos millones de kilómetros de la Tierra. Fue lo bastante cerca. La poderosa gravedad terrestre atrajo la piedrecita; esta adquirió velocidad y comenzó a "caer" hacia el planeta azul. Chocó contra la atmósfera marchando a unos veinte kilómetros por segundo, formó una onda de choque que calentó el aire en su torno hasta hacerlo incandescente. La propia roca comenzó a hervir y a disiparse; para cuando se había hundido a unos cuarenta kilómetros de la superficie de la Tierra, no quedaba nada de ella si no una fina rociada de granitos microscópicos de polvo. Durante días el polvo fue cayendo. Algunos de los granitos resbalaban por encima del

Oeste Medio americano y fueron lavados del aire por la lluvia. Parte de la substancia del meteorode llevó al suelo en forma de gotitas y eventualmente manó hasta el mar. Pero, sobre Nueva Inglaterra, los granos de polvo permanecieron días en el aire. Las condiciones parecían buenas para la lluvia: había humedad en la atmósfera y un núcleo de polvo; los vientos venían del océano. Pero no llovió.

* * *

- Así que has logrado pasar un año sin cerrar - dijo mi padre. Parecía complacido y turbado a la vez mientras yo le contemplaba desde la pantalla visora de mi despacho.

- Pareces sorprendido - dije.

- Lo estoy.

Arrellenándome en mi silla giratoria y entrelazando las manos detrás de la cabeza, admití.

- Yo también... un poco.

- Las predicciones a largo plazo han sido muy exactas - dijo mi padre. Esta primavera ha sido tan áspera como la del año pasado, pero los dragados han funcionado con uniformidad. Incluso hemos logrado recuperar lo que perdimos la pasada primavera.

- Ted trabajó mucho en esas predicciones.

Mi padre soltó una risita.

-¿Todavía no te ha arruinado?

- Aún no. Lo ha tratado unas cuantas veces, pero hemos logrado mantenerlo a raya, hasta ahora. Ya produce sus predicciones con dos semanas de anticipación. Quise que las extendiese hasta cuatro, pero me cortó en seco. Dedicó todos sus esfuerzos y el presupuesto a investigadores sobre el control del tiempo.

- Una predicción de cuatro semanas sería valiosísima.

- Lo sé. Pero Ted está decidido. Tenemos las predicciones de quince días y las predicciones generales climatológicas de noventa días... Ya sabes, se predice la temperatura media y la precipitación de una zona dada y se muestran las posibilidades de tormenta.

- Sí, he visto eso. Es cosa buena.

Asentí.

- Bien, cada miércoles proporcionamos las predicciones quincenales; eso nos da un margen de seguridad. Y las predicciones a noventa días se emiten una vez al mes. Para hacer algo más necesitaríamos mayor personal técnico cuyo gasto no podemos sufragar todavía. Ted tiene a una brigada muy pequeña trabajando sólo en investigaciones, claro.

- Claro.

- No creas que se ha encerrado en alguna torre de marfil, papá. Cada vez que tuvimos dificultades con las predicciones, abandonó la investigación para ayudar a aclarar las cosas. Y ha pasado mucho tiempo mostrando a posibles clientes de qué modo podemos servirles. Es nuestro equipo estelar, todo en un solo hombre.

- Parece como si estuviéseris en muy buena forma - mi padre parecía casi feliz.

- Seguimos a flote. Hemos firmado contrato con cuatro nuevos clientes, además de las empresas Thornton, y hay otras tres compañías con las que celebramos conversaciones para firmar el contrato.

- Bueno, Ya has levantado la compañía. Tus amigos se ganan el sueldo. Posees la experiencia de un año, y te has divertido. Ahora quiero que vuelvas a casa, hijo. Te necesito aquí.

-¿A casa? - me levanté de la silla y me agarré con fuerza al escritorio, empleando ambas manos -. Pero yo nunca...

Thornton Pacific es tu compañía, Jeremy, no este negocio del tiempo.

- ¡No puedes esperar que me marche de aquí!

- Claro que puedo contestó con firmeza -. Quiero que vuelvas a tu casa, donde tienes tu sitio.

- Ahora no puedo marcharme.

- ¡Querrás decir que no quieres!

-¿Me estás ordenando que vuelva a casa?

- Es eso lo que deseas que haga?

Para entonces ya estaba sentado en el borde de mi silla. Mi padre y yo nos mirábamos fulminantes.

- Escucha, papá. El primer Jeremy Thorn invirtió su dinero en los navíos "clipper" cuando todos sus consejeros y amigos respaldaban el canal del Erie. El abuelo, Jeremy II, metió a la familia en el negocio de los aviones. Tú mismo te fuiste a Hawai y entraste en el negocio submarino. Está bien... sigo la costumbre de la familia. Me quedo aquí y lo que busco es el control del tiempo.

- Pero eso es imposible.

- También lo eran los aviones y los dragados en el fondo del mar.

--¡ Está bien! - gritó -. Sé un estúpido tozudo. ¡Pero no creas que podrás venir corriendo a casa buscando seguridad cuando se deshinche el globo de tus sueños! Te quedas solo, así que no me pidas ni ayuda ni consejo.

-¿Es el mismo discursito que te hizo el abuelo antes de que te fueras a Hawai?

Cortó la comunicación. La pantalla quedó negra. Ya estaba solo.

¡Y me gustó!. Jamás había trabajado de verdad antes de empezar Eolo; nunca realmente hundí mis dientes en un trabajo que otros no hubieran hecho antes. Ahora laboraba día y noche. Pasaba la mayor parte del tiempo en el despacho, mucho más que en mi cuarto del hotel. Me olvidé de la TV y de navegar, e incluso de visitar Thornton. Pero no creo que me hubiese divertido tanto jamás, por lo menos la diversión que me proporcionaba construir algo que valiese la pena, como lo que realicé al poner Eolo en el buen camino.

Una noche, bien tarde, una semana después de la explosión de mi padre, Ted asomó la cabeza en mi despacho.

-¿Aun trabajando?

Alcé la vista del contrato que Intentaba leer.

- En este trabajo hay mucha letra pequeña que considerar.

- Fuera tenemos a una amiga nuestra. Me la llevaba a cenar y quiso venir a saludarte. En los últimos quince días no la has visto mucho.

-¿Barney? ¿Dónde está?

- Abajo, en mi taller, con Tuli.

-¿Tul está todavía aquí? ¿Qué ocurre esta noche?

Ted se apoyó indiferente en el quicio de la puerta, su corpachón llenando toda la abertura.

- Estamos haciendo unos cálculos sobre la sequía. Barney los repasa.

Cerré la carpeta y la coloqué en el cestillo de mi escritorio.

- Eso debe ser muy especial - dije, poniéndome en pie. Pudisteis haber utilizado el grupo de calculadoras de Eolo para comprobar vuestras cifras.

- Ya se hizo. Barney efectúa una doble comparación... y ve si Rossman ha hecho algo por el estilo.

Bajamos por un pasillo hasta los dominios de Ted. No tenía un despacho normal; su cuarto era lo bastante grande como para jugar al corro. Allí habla toda clase de cosas: un escritorio con una mesa a un lado y una consola electrónica al otro, media docena de archivadores, un maltrecho diván que de algún modo sacó clandestinamente de la Fuerza Aérea, una mesa de conferencias rodeada por el conjunto más dispar de sillas y no menos de cuatro cafeteras, plantadas en fila sobre el alféizar. Fuera de la ventana había una pequeña estación climatológica automática.

Toda la pared frontera a la puerta estaba cubierta por un mapa visor de los Estados Unidos continentales. Habla trabajado sin descanso durante semanas para construir el mapa exactamente tal y como lo quería.

Barney y Tuli se sentaban a la mesa de conferencia. Cuando entramos, ojeando papeles y notas, en parte impresas por el computador y en parte garabateadas a mano por Ted.

Ella alzó la vista al vernos.

Jerry, ¿cómo estás? Estupendamente, ¿Y tú?

Evidentemente se encuentra en forma maravillosa bromeó Ted -. Ahora, ¿qué hay de los números, Barney?

- No puedo encontrar en ellos ningún error llamativo - dijo encogiéndose de hombros -. Claro, no he tenido tiempo en realidad para examinarlos concienzudamente...

- Podrías utilizar nuestro computador - sugirió Ted. Tuli habló con su forma peculiar tranquila:

- El computador funciona a cualquier hora del día o de la noche. Se ve libre por entero de las flaquezas humanas, como, por ejemplo, de la necesidad del sueño.

- Está bien, voy a pedirte un favor - dijo Ted, agitando las manos -. Me sentiría mejor acerca de los números si Barney los controlara.

-¿Puedo empezar mañana por la noche? - preguntó ella

- Después de la cena - dije yo.

- Está bien, cenaremos juntos - repuso Ted.

-¿Y de cualquier forma, a qué viene todo esto? - fue mi pregunta.

En vez de responder, Ted marchó hasta la consola que tenía ante el escritorio y oprimió unos cuantos botones. Un mapa del tiempo apareció en la pantalla iluminada: líneas y símbolos que mostraban masas de aire y núcleos tormentosos cruzando la nación y además el informe del tiempo en cada ciudad importante.

- He aquí el aspecto que tiene ahora - dijo Ted -. Los números del rincón inferior de la derecha son totales de precipitación en Nueva Inglaterra. Hasta ahora en este año, casi hemos tenido la mitad de la lluvia media de la región.

- Y de la nieve también - añadió en voz baja Tuli.

- Ese montón de cálculos que os enseñé - continuó Ted, sentándose tras el escritorio, es una predicción general para Nueva Inglaterra todo lo más anticipada que he podido hacer y sin perder demasiado el coeficiente de seguridad. Llega hasta fin de año.

- Siete meses - murmuró Barney -. La exactitud no creo que sea muy alta...

- Quizá no, pero echa un vistazo - Ted manejó los botones de la consola y contemplamos como los sistemas del tiempo se desplegaban a través de la superficie del continente. El aire cálido de verano subía desde los trópicos, las tempestades de última hora de la tarde mostraron brillantes símbolos de trecho en trecho, masas de aire más frío venían del norte y del oeste, disparando filas de chubascos a lo largo de sus frentes. Se podía ver cómo el otoño se apoderaba de la nación y los huracanes. alcanzaban Florida y la Costa del Golfo. Luego llegó el aire ártico, invernal y amargo, con pequeños símbolos en forma de estrellas indicando que la nieve salpicaba los dos tercios norte del país.

- Ahora estamos a treinta y uno de diciembre - dijo Ted cuando el mapa dejó de cambiar -. Feliz año nuevo.

- No muy feliz - observó Tuli -, si esas cifras de precipitación son correctas.

Consultó los números; Nueva Inglaterra habla recibido menos de la mitad de la cantidad de precipitación normal.

- Un ejemplo de sequía - dijo Ted -. Y bastante duro Esta zona de la nación va a tener dificultades. Mientras que el Oeste Medio sufrirá inundaciones.

¿Qué piensas hacer? - preguntó Barney.

- Impedirlo.

-¿Cómo?

- No lo sé... todavía. Pero voy a hacer que la misión de este laboratorio sea averiguarlo.

Volviéndose hacia Ted y dejando de mirar al mapa, dije:

- Necesitaremos encontrar mucha mayor cantidad de dinero para trabajar en un problema de este tamaño.

Trabajaremos en ello - respondió Ted con firmeza. Preocúpate por el dinero. Y si encuentras gente que quiera pagarnos, estupendo. Pero, de cualquier forma, trabajaremos en el asunto.

Se volvió a Barney.

-¿Rossman hace algo por el estilo?

- No, que yo sepa. Claro, sus predicciones oficiales jamás se adentran tanto en el futuro.

-¿Y extraoficialmente?

- Creo que está tratando de descubrir qué tipo de técnica empleáis para la predicción. Tiene a un grupito de gente efectuando para él un trabajo especialísimo. Es muy secreto. Por lo menos, nadie ha querido hablarme de ello..

Ted no contestó, pero frunció el ceño.

Aquella noche utilicé la acera movable para volver al hotel. Era una noche hermosamente cálida, con una luna plateada en un cielo sin nubes y salpicado de estrellas. De pronto me encontré deseando que lloviera.

* * *

Mientras Ted estudiaba el sistema general de la sequía decidí echar un vistazo al clima político de Nueva Inglaterra. Descubrí que la mayor parte del personal que pertenecía al gobierno de los seis estados consideraba molesta la sequía, pero no grave. Nadie parecía terriblemente preocupado; las centrales de conversación de agua salada impedirían que la escasez fuese notable en las ciudades costeras y los pantanos interiores todavía tenían muy buen aspecto.

Pero iba a celebrarse una reunión de los Directores de Recursos de los estados de Nueva Inglaterra, una más perteneciente a las series de reuniones regionales de diversos departamentos de los gobiernos estatales. Esta era para la gente que se preocupaba por los recursos naturales... como, por ejemplo, del agua.

Arrinconé a Ted en el laboratorio sintético de Tuli y le hablé de la reunión.

- Va a celebrarse en el fin de semana del Cuatro de Julio.

-¿Y vas a estropearte este fin de semana para hablar con un puñado de burócratas? - mostraba un evidente disgusto.

- Vamos a estropeárnoslo - repliqué, para hablar con las personas que pueden comprar el alivio a la sequía... si sabes vendérselo.

-¿Si yo sé venderlo?. ¡Y aun me insultas! Está bien, patrón, puesto que quieres fuegos artificiales para el Glorioso Cuatro, los tendrás.

Tuve que poner en movimiento varias influencias para conseguir que me incluyeran en el orden del día de las conferencias. Por último necesité hablar con el congresista Lynn; pertenecía al Comité de Ciencias y Recursos Naturales de la Cámara de Representantes y ayudaba en los preparativos para la reunión.

El mayor trabajo fue que Ted se preparase para hablar al grupo de profanos en meteorología. La primera vez ensayó su discurso, pasó cincuenta minutos mostrando diapositivas y explicando la ciencia de la meteorología. Tratamos de convencerle para que desistiese de tanta ciencia.

Hay que simplificarlo - insistí -. Esas personas no entienden de meteorología. Ni siquiera yo puedo comprender la mayor parte de tus palabras.

Se sentó en el diván de mi oficina y cruzó los brazos como un niño tozudo.

-¿Qué quieres que haga, que les cuente cuentos de hadas?

-¡Exacto! Exacto del todo - conteste. Cuentas un cuento de hadas... una historia de horror. Enséñales lo mala que será la sequía y luego les muestras lo suficiente para convencerles de que puedes vencerla.

-¿Es eso noble? - preguntó Tuli.

- Si se habla con personas que no comprenden la naturaleza del problema - repuso Barney -, hay que emplear un idioma que penetre hasta ellas.

- Bueno - dijo Ted con un encogimiento de hombros -. La conversación será comercial, no científica.

* * *

Tómese la energía de una tormenta adulta y comprímase en una especie de estrecho embudo para que la velocidad del viento alcance los quinientos nudos, causando una especie de seminario dentro de su estructura rotativa. Tales vientos chocarán contra una pared con la fuerza de un millar de libras por pie cuadrado. Y el vacío inmediatamente detrás del viento hará que la presión normal del aire dentro de un edificio haga estallar las paredes hacia el exterior. Tal cañón constituye una estupenda arma, especialmente en una ciudad superpoblada. Se llama tornado.

Era una tarde gris y triste en Tulsa, con espesas nubes bulbosas volando bajas. El mapa del tiempo mostraba un frente frío y muy activo acercándose desde el noroeste, empujando al opresivo aire húmedo tropical. Una alarma de tornados fue emitida por el Departamento Meteorológico y los aviones estaban sembrando algunas de las nubes, tratando de dispersarlas antes de que asomara el peligro. El centro comercial, sin embargo, estaba atestado; mañana, día Cuatro, las tiendas cerrarían. El cañón bajó de las nubes de pronto, silbando y retorciéndose como una supergigantesca serpiente, escupiendo relámpagos. Tocó un estanque e inmediatamente lo dejó seco. Barrió un aparcamiento y golpeó a los principales edificios comerciales. Estallaron. Todo ocurrió en treinta segundos. Cuarenta y dos muertos, más de un centenar de heridos. El cañón desapareció y poco después las nubes se disipaban. El sol brilló sobre cinco acres de profunda devastación.

* * *

Ted y yo vimos las consecuencias del tornado en el noticiero de la TV mientras marchábamos en helicóptero a la reunión que se celebraría en la mañana del día Cuatro.

- En lugar, de correr un riesgo con el control del tiempo murmuró Ted, señalando hacia las ruinas que aparecían en la pantalla de TV -, prefieren sentarse y dejar que eso suceda.

La conferencia tenía lugar en un, hotel veraniego de las, montañas Berkshire. Volábamos sobre arboladas colinas y ondulado terreno agrícola. Mientras más nos dirigíamos hacia el oeste, sin embargo, se veían más retazos pardos entre el verde. Los lagos y estanques eran muy pequeños; se podía distinguir los bordes fangosos y rocosos que normalmente quedaban debajo del agua.

- Un arroyo seco me señaló Ted -; Y ahí hay otro.

- La situación parece muy grave - dije, mirando las gargantas arenosas que habían sido ríos.

- Eso no es nada. Aguarda a que pase otro par de meses. Y el próximo verano será hermosísimo.

- Pero tus predicciones no llegan tan lejos.

Esta especie de sistema dura cuatro o cinco años antes de cambiar, a menos que ocurra algo extraordinario... como el control del tiempo.

El hotel hervía de miembros de la conferencia. Habían venido de todos los seis estados de Nueva Inglaterra, de Nueva York y de Washington. Llegamos poco antes del almuerzo, a tiempo para una breve ceremonia en el exterior en honor del día Cuatro.

Mientras nos abríamos paso a codazos a través de la multitud hacia uno de los cuatro restaurantes del hotel, Ted murmuró:

- ¡Hay aquí más políticos de los que vi jamás reunidos bajo el mismo techo!

Comimos con rapidez y luego fuimos a uno de los gerentes del hotel para que nos indicase cuál era la sala de conferencias en donde teníamos que hablar. Era una "habitación pequeña, sin ventanas, con un proyector de diapositivas instalado en un extremo y una pantalla en el otro.

- Llegamos temprano - dijo Ted mientras el gerente cerraba la puerta a su espalda -. Aquí no hay nadie.

- Pondré tus diapositivas en el proyector - anuncié.

Estaba colocando la última cuando se abrió la puerta y un hombre de unos treinta y cinco años entró.

- Soy Jim Dennes - dijo, tendiéndonos la mano.

El congresista Dennis tenía un rostro redondo y agradable, ligeramente rojizo, con una lenta sonrisa y unos ojos que parecían meditar mucho más allá de la superficie de las cosas. Casi tenía mi propia estatura y era de una constitución mediana.

-¿Por qué un congresista de Lynn se preocupa de la sequía? - preguntó Ted -. Lynn posee una planta desalinizadora.

Dennis meditó un momento antes de responder.

- Exactamente yo no diría que estoy preocupado... sino interesado. Pertenezco a la Cámara del Comité de la Ciencia. Hemos oídos algunos comentarios sobre la sequía, pero los expertos siguen diciéndonos que no hay problema, que no hay

problema en absoluto. Lo dijeron cada vez más alto durante el pasado mes. Ahora parece que ustedes si creen que hay problema.

-¿No se fía de los expertos? - inquirió Ted.

Dennis sonrió:

- No, cuando todos están de acuerdo.

A los pocos minutos nuestro público empezó a llegar. El congresista Dennis conocía a cada cual por su nombre y nos los presentó a medida que penetraban en la sala. Para cuando empezamos, once hombres estaban sentados en torno a la mesa de conferencias. Todos procedían de los departamentos agrícolas de los estados de Nueva Inglaterra, excepto uno que representaba a la oficina del Departamento de Meteorología de Boston, un tal señor Arnold.

Debe ser alguien nuevo, escribió Ted en su libreta para que yo lo leyese. Nunca le vi en Climatología.

Después de que todos se hubieran sentado, Ted empezó su discurso. Las diapositivas eran principalmente fotos del gran mapa que existía en Eolo, describiendo en una secuencia gráfica como persistiría la sequía y empeoraría durante el resto del año.

- Y todavía estamos pendiente abajo - resumí -. La sequía ni siquiera ha llegado aún al fondo; queda por venir lo peor.

- Espere un momento ahora - interrumpió Arnold. Era un hombre enjuto, de marcados rasgos, el pelo ralo y peinado para cubrir las zonas calvas.

Ted apagó el proyector y las luces de la habitación se encendieron.

-¿Cuánta fe podemos tener en esas predicciones? Preguntó Arnold -. Seis meses de anticipación son demasiado para sacar conclusiones concretas.

- Media docena de grandes firmas comerciales están adquiriendo nuestras predicciones a largo plazo. Y aun cuando las predicciones con seis meses de antelación no son tan de confianza como nuestras predicciones quince días, siguen mostrando la tendencia general. La sequía va a estar con nosotros durante largo tiempo.

- Hay una gran diferencia entre dos semanas y seis meses.

Ted caminó despacio hasta la silla del meteorólogo, su rostro enrojeciéndose. Antes de que pudiesen decir nada, intervine yo.

- Creo que nuestro método de predicción es mucho más detallado que el del Departamento de Meteorología, por lo que una predicción de seis meses será considerablemente más exacta de lo que usted pueda imaginar a primera vista.

Ted, cerniéndose sobre el señor Arnold, añadió con una voz a duras penas controlada.

- El lunes por la mañana enviaré a cada uno de ustedes una predicción regular semanal. Se predecirá con exactitud las condiciones del tiempo, hora a hora, para cada sección de Nueva Inglaterra durante los siguientes catorce días. Compárenla con cualquier otra predicción que quieran ustedes... no existirá ninguna tan segura o tan detallada.

- Eso queda fuera de la cuestión - dijo uno de los demás -. No veo dónde pueda afectarnos en la realidad la sequía. Después de todo, tenemos las plantas desalinizadoras... no hay escasez de agua, poseemos todo el océano para aprovisionarnos.

- Eso está bien, para aquí, en Rhode Island - le contestó su vecino. Una planta desalinizadora cubre todas vuestras necesidades. Pero en New Hampshire ya notamos la escasez. Las granjas lecheras y algunas plantas industriales se quejan de la mala calidad del agua y de la escasez actual.

- Lo mismo ocurre en Massachusetts Occidental - asintió el hombre que estaba enfrente. Gesticulando con un largo cigarro añadió - Según la gente de Washington, no podremos construir otra planta desalinizadora antes de dos años. Para entonces el daño ya estará hecho.

- Pero todo esto es cuestión de control y conservación de agua durante años y se han dado algunos pasos muy notables. Lo hacemos tan bien en ese aspecto como se podría esperar y ciertamente no hemos mejorado en absoluto de la noche a la mañana. El problema es que puede que no haya bastante agua asequible si el señor Marrett tiene razón y continúa la sequía.

Seguimos utilizando sólo el siete por ciento de la lluvia que en la actualidad cae - dijo Arnold -. El resto se pierde en el mar.

- Puede que sea verdad - asintió Dennis tranquilo, pero, por ahora, no podemos hacer nada mejor.

Ted volvió a la cabecera de la mesa.

Hagamos frente a los hechos. Todo el trabajo que han invertido ustedes en gobernar el agua y controlar el envenenamiento de la atmósfera se ha visto casi superado por el crecimiento de la población y de la industria. Corran ustedes todo lo que puedan para permanecer delante del problema. Ahora la sequía va a

hacerles flaquear las piernas. A menos que algo cambie condenadamente pronto, no van a tener más remedio que recurrir al racionamiento de agua.

- Podríamos perder millares de millones de dólares... en productos agrícolas, productos industriales...

- Sin mencionar nuestros empleos - murmuró alguien.

- ¡Entonces tienen que actuar - saltó Ted. Todos prestaban la máxima atención y lo miraban -. Podemos derrotar a la sequía. Podemos acabar con ella, efectuando cambios deliberados y controlados en el tiempo.

Ahora se miraron uno a otro y empezaron a murmurar. Si se refiere usted a la siembra de nubes, eso se ha intentado ya y...

- Es inútil sembrar nubes cuando las condiciones no son apropiadas respondió Ted -. Hablo de preparar las condiciones que deseamos que se presenten para que la lluvia caiga naturalmente. Control del tiempo... ruptura del sistema de sequía.

- Pero si no hay humedad en el aire, ¿cómo. .? .?

- Escuchen. Hay seis veces más agua moviéndose por encima de nuestras cabezas ahora mismo que la que existe en todos los lagos y ríos de Nueva Inglaterra. Todo lo que tenemos que hacer es obligarla a caer aquí, donde la necesitamos.

- ¿Y usted puede conseguir eso?

- Podemos ofrecer predicciones del tiempo a largo plazo. Podemos conseguir productos químicos y fuentes de energía para cambiar el tiempo. Podemos predecir cuáles serán los cambios, de modo que afirmaremos de antemano si harán daño o harán bien.

- ¿Han hecho ustedes algo de eso en realidad?

- En la escala necesaria para vencer la sequía, no.

- ¿Y en alguna escala? ¿Se ha hecho?

Ted me miró de reojo y sonrió.

- Si no se hubiese hecho, no estaríamos aquí ahora.

¿Y cómo esperan quebrantar la sequía? - preguntó Arnold, con una pizca de acidez en su tono.

- Si supiera la respuesta estaría haciendo el trabajo. Pero sé cómo obtener esa respuesta.

-¿Cómo?

Ted levantó los dedos y empezó a contar empleándolos.

- Primero, realizaré un estudio teórico de las condiciones necesarias para la lluvia normal. Esto será en parte un estudio histórico de los archivos locales para ver cuáles son los sistemas ordinarios, desde el nivel del sol hasta la ionosfera. Al mismo tiempo produciremos valores de computador de sistemas de tiempo a gran escala para ver cómo afectan a la situación de Nueva Inglaterra.

-¿Gran escala?

- Sistemas nubosos y atmosféricos planetarios... principalmente del hemisferio norte.

Sus ojos se desorbitaron, pero siguieron escuchando.

Segundo: después de que obtengamos un asidero en las condiciones que se necesitan para la lluvia normal, las compararemos con esta condición de sequía. Luego generaremos una serie de experimentos de laboratorio y de simulaciones de computador para ver si podemos efectuar sencillos cambios en el tiempo que pongan en movimiento a la última clase duradera de cambio que deseamos.

Miró a los dos lados distintos para ver si le seguían en su explicaciones.

- Bien, la atmósfera es como uno de esos juegos Infantiles llamados tentetiesos. Se resiste a cambiar. Posee un poder tremendo de equilibrio. Si se la golpea desde un lado oscilará varias veces hasta recuperar la posición inicial.

- Pero cambia - dijo uno de los hombres.

- ¡Claro! El tiempo cambia minuto a minuto y el clima también cambia... como esta sequía... Pero los cambios del clima son lentos y entrañan enormes cantidades de energía. No podemos competir con el equilibrio energético natural de la atmósfera... Es demasiado grande y nosotros excesivamente pequeños. Sería como si un hombre tratase de luchar contra un mamut.

El congresista Dennis soltó una risita.

- Los hombres acabaron con los mamuts.

- De acuerdo - asintió Ted -. Pero no a fuerza de músculos. Con sus cerebros.

-¿Dónde quiere ir a parar? Preguntó Arnold.

- Sólo a esto: tenemos que buscar situaciones naturales en el sistema de sequía en donde podamos desequilibrar las balanzas un poquito y producir grandes cambios a nuestro favor. No podemos obligar a la atmósfera a cambiar por completo su equilibrio natural... pero Podemos hallar posibilidades de disparar el cambio que deseamos con sólo un codacito en el tiempo y lugar adecuados.

- Una o dos simples modificaciones no cambiarán sistemas tan profundamente impresos como éste - dijo Arnold.

- Quizá no. Pero en el laboratorio podemos echar un vistazo a todos los cambios posibles que sean realizables. Y con estas predicciones a largo alcance podremos ver que romperán la sequía y luego producirlos.

- Eso es picar muy alto comento Arnold -. No se puede ir trasteando con el tiempo y...

- ¡No trasteando! - saltó Ted -. Efectuamos experimentos controlados, basados en predicciones teóricas y en simulaciones de computador, del mismo modo que los ingenieros diseñan aviones y cohetes.

Apoyó sus grandes puños en la mesa y dijo:

- En lugar de quedarnos sentados viendo cómo la sequía nos arruina, quiero ver cómo la inteligencia humana se pone a trabajar para impedirlo. No es preciso que nos crucemos de brazos y esperemos a que la naturaleza siga su curso, como ningún enfermo aguarda a curarse por sí solo sin utilizar medicinas. Podemos vencer esta sequía; hagámoslo.

X

COMPETENCIA

El comité parecía impresionado por el discurso de Ted y varios de los miembros prometieron estudiar nuestra nuestra idea de alivio de la sequía. Pero en la mañana del lunes siguiente, de regreso a Eolo, Ted estaba triste.

- La misma vieja historia - gruñó. "No nos llamen, les llamaremos nosotros"

Cuando regresé a mi oficina, después de almorzar, sin embargo, me esperaba una llamada del congresista Dennis.

- Recibí su predicción esta mañana - dijo, alzando la fotocopia impresa para que la viese. Parece muy impresionante.

- Gracias. Nos gusta creer que lo es.

- Me tomé la libertad de llamar a unos cuantos amigos de aquí y de allá - continuó, con una sonrisa de picardía -. ¿Se dan cuenta de que llovió en realidad esta mañana en Eherman Milis, Maine? ¿Y que la niebla que predijeron a lo largo de Connecticut Turnpike se presentó y se disipó siguiendo el horario previsto, como ustedes indicaron?

Yo no había leído con detalle la predicción, así que me limité a sonreír y a asentir.

- Según la fecha de esta copia continuó Dennis esas predicciones fueron emitidas el pasado miércoles.

- Sí, enviamos la predicción cada miércoles. Es más, en ese caso particular estaba hecha ya desde hace una semana. -

- Este mediodía almorcé con el gobernador, en la Casa del Estado, y le enseñé sus predicciones. Se mostró interesado.

-¿Eh? ¿Muy interesado?

Dennis me dejó en suspenso durante un momento.

- Bueno, yo le había telefoneado hablándole de lo que nos dijo Ted sobre la sequía y el control del tiempo. Me pidió que le acompañase a almorzar para discutirlo con más detalle. Creo que el próximo paso es que ustedes se entrevisten con él.

Aguarde un minuto - dije -. Quiero que Ted se entere de esto.

Llamé por el intercomunicador y conectaron a la línea el teléfono de Ted. Yo seguía viendo sólo el rostro de Dennis en la pantalla, pero pude oír la voz de Ted mientras Dennis le explicaba el interés del gobernador.

- Ahora realmente podemos ponernos a trabajar - Ted estaba radiante, su tono lo indicaba así -. Dígale al gobernador que es un estadista con mucha vista.

Dennis soltó una carcajada.

- No lo creería. Además, sólo quiere conversar un poco; todavía no ha firmado contrato con ustedes.

- Lo hará - contestó Ted -, si quiere vencer la sequía.

Ted cortó la comunicación y yo di las gracias al congresista por su ayuda.

se inclinó un poco más hasta la pantalla y dijo en un susurro confidencial:

No me dé las gracias a mí. Los políticos siempre algo bueno en lo que unen sus vagones. El control del Tiempo me podría convertir en senador cualquier día.

- Y yo así lo espero - dije.

- ¡También mis cinco hijos!

Fueron precisas grandes conferencias en la Casa del y una visita de inspección a Eolo del gobernador y su séquito, pero a mediados de octubre teníamos un contrato con la comunidad de Massachusetts para estudiar los métodos de aliviar la sequía. A fin de mes los otros cinco estados de Nueva Inglaterra nos habían entregado contratos similares. Nos lanzamos a un torbellino de trabajo. Ted contrató personal científico eventual y dividió a este grupo en dos masas diferentes: una para emitir las predicciones la otra para que se concentrara completamente en la sequía. Por primera vez desde que Investigaciones Eolo salió al comercio, pude dejar de buscar negocios; teníamos más de los que podíamos manejar. Incluso la Environment Science Services Administration estableció un pequeño contacto. ESSA quería que coordinásemos nuestro trabajo con otros estudios que realizaban diversas agencias del gobierno, principalmente en los campos de conservación del agua y su distribución.

* * *

Fue un otoño seco y quebradizo, sin las tormentas costeras de los años anormales. Las heladas vinieron pronto y luego una inundación de aire del sur barrió Nueva Inglaterra. Verano indio, pero no agradable. El aire fresco del norte quedó atrapado bajo el aire más ligero y cálido. Los meteorólogos lo llamaron inversión termal. Durante días sin fin el tiempo fue mortalmente tranquilo, sin que ni siquiera una brisa agitara las hojas de un color papel seco. El aire era pesado por el humo y la niebla de las hojas que se quemaban, de los bosques que se incendiaban, de los productos de los tubos de escape de los automóviles y de las chimeneas de las fábricas, de la niebla marina a lo largo de las costas... todo fundido en una bruma enfermiza, que se arrastraba por el panorama y se posaba, sin que ningún viento la disipara. En lo alto, el cielo era claro y de un azul que indicaba calor; pero el horizonte se perdía en sucias brumas. Las enfermedades respiratorias ascendieron con rapidez, los ojos escocían y lloraban, el respirar resultaba difícil para muchos. Verano indio, la mejor época de todas en tiempos normales. Ahora cada cual buscaba el fresco y la nieve y, por encima de todo, el viento.

* * *

El verano indio terminó en un solo día cuando un viento de treinta nudos descendió aullando desde el noroeste e hizo bajar los termómetros por toda Nueva Inglaterra. Fue un invierno súbito, agudo y dolorosamente frío.

Los meses transcurrieron uno tras otro. Ted trabajó día y noche en el problema de la sequía. Agotó a equipos completos de ayudantes, computadores e investigadores. Tuli soportó el peso del trabajo, pero tomándose unas vacaciones de tres o cuatro días cada mes para descansar.

Ted jamás lo hacía. Yo tenía las manos llenas de asuntos comerciales, especialmente obteniendo informes del progreso para repartirlos entre nuestros clientes y dejarlos satisfechos. Resultados de la investigación, estados financieros, equipo de compra, papeles escritos, personal contratado, consejeros, viaje, material... Era preciso informar de todo.

Durante el invierno Ted continuó machacando en el aspecto teórico del problema. Intentaba descubrir las causas de la sequía, las razones del por qué un sistema de climas tan diferente al ordinario se establecía sobre la zona durante años. Parte en su investigación, claro, se dedicó a identificar las condiciones necesarias para romper con la sequía.

- Tarde o temprano se romperá por sí misma - murmuró en uno de los raros momentos en que charlábamos juntos -. Tiene que haber tres sistemas básicos: el sistema de sequía, el sistema normal y el cambio, en donde la sequía comienza a fraccionarse.

-¿Y una vez hayas identificado los tres?

Agitó la mano.

- Entonces empezaremos a preocuparnos sobre cómo llevar la sequía a través de un sistema de ruptura que conduzca a la situación normal. Pero primero necesitamos los parámetros de cada uno, con todos sus detalles. Lo que no será fácil, amigo.

Era un terrible trabajo de computación. Millones y millones de datos se proporcionaban a los calculadores en un intento de conseguir algo comprensible de las condiciones conocidas del tiempo, pasadas y presentes. No sólo las condiciones de Nueva Inglaterra tenían que tenerse en cuenta; todo el hemisferio norte entraba en el cuadro general.

- La sequía es sólo una pequeña rebanada de la imagen global - destacó Ted -. No se puede hacer que un ciego comprenda lo que es un elefante. Hay que ver a toda la bestia... con ojos muy abiertos.

Era un trabajo demasiado grande para los computadores de Eolo. Traté de conseguir ayuda del Departamento de Meteorología local, pero ellos la negaron. ESSA, en Washington, hizo lo mismo; ni una sola agencia oficial quería cooperar con nosotros.

- Obra de Rossman - Gruñó Ted.

Así que recurrí a Thornton, mientras Ted trataba de convencer al MIT. Gastamos una respetable fortuna instalando un lazo de comunicaciones por microondas por toda la mitad de la costa de levante para que los computadores Thornton de Washington, Nueva York y Boston y los del MIT pudiesen "hablar" con nuestras propias máquinas en el aeropuerto Logan. El efecto fue producir un computador de tamaño y capacidad prodigiosos; unos cuantos centenares de kilómetros entre las diversas partes de nuestro supercomputador no significaban nada para la máquina. Funcionaba con la velocidad de la luz. Literalmente.

Para cuando llegó el siguiente Cuatro de Julio, la sequía era noticia importante. El año anterior sólo unos cuantos especialistas se interesaron. Ahora corrían historias en todos los medios periodísticos y casi cada día en la televisión. Los pantanos se habían secado, los arroyos desaparecieron, incluso los grandes ríos mostraban barras de arena y peñascos donde ninguna persona viva podía recordar nada excepto agua profunda y corriente. Delegaciones agrícolas exigían coléricas la acción y tuvimos que mantener a Ted cuidadosamente oculto de los periodistas por miedo de que diese la impresión de que podía vencer la sequía en unas pocas semanas. Nuestra línea oficial era la que llevaba a cabo la investigación, pero las respuestas quizá tardarían años en obtenerse.

Las ciudades del interior siguieron con racionamiento de agua aquel verano y las fábricas empezaron a cerrar, dejando a millares de personas sin empleo. Las ciudades costeras se desarrollaron mejor con sus plantas desalinizadoras, pero no pudieron obtener bastante agua potable para satisfacer las demandas. Los jardines suburbanos comenzaron a amarillear y los pozos se secaron bajo la llamarada ininterrumpida del sol veraniego. Las fuentes públicas ornamentales fueron suprimidas, los acondicionadores de aire quedaron inútiles al no poder utilizar agua, los terrenos de pesca y acampamiento fueron cercados ante la amenaza de los fuegos forestales.

Pero en los ríos del Oeste Medio el agua desbordó las orillas para inundar ciudades y granjas por igual, bajo una serie implacable de lluvias torrenciales.

A mitad del verano Ted estaba preparado para los experimentos. La mayor parte de ellos se hicieron en el laboratorio, pero para otros alquilamos aviones y efectuamos pruebas muy en alta mar. Teníamos que conservar el máximo secreto con respecto a los experimentos, por miedo a que la prensa hiciera pensar al público que el problema quedaría resuelto con un ademán de Ted.

Casi la única vez que vi a Barney en todo aquel verano, excepto algún rápido saludo o una apresurada comida juntos, fue en agosto cuando la lluvia de meteoros Perseida efectuó su exhibición anual.

Esta lluvia luminosa alcanzó la cumbre en un fin de semana y yo la llevé a Thornton; en donde podíamos contemplar perfectamente el cielo desde la playa.

Nos quedamos allá, en la playa, toda la noche, contemplando cómo los meteoros ardían al cruzar el cielo, tiras de luz contra las inmutables estrellas. Venían de todas direcciones, adquiriendo gran brillantez, algunos de ellos chisporroteando mientras cruzaban el firmamento y se apagaban, todo en el transcurso de un latido del corazón. Si se seguía su rumbo hacia atrás, todos apuntaban a la constelación de Perseo, el Héroe.

En cierto modo me recordaron a Ted; aquellos meteoros que se convertían a sí mismos en estrellas, parecían tener un lugar común mientras cruzaban el firmamento, brillantes, decididos, siguiendo un rumbo que jamás oscilaba. Se movían en absoluto silencio, en fantasmal contraste con su destellante luminosidad. Era como si supiesen exactamente dónde tenían que ir y se apresuraran a ocupar los lugares asignados antes de que terminase algún plazo celestial.

Durante horas nuestra conversación se limitó a breves referencias a los meteoros. Ocurrían muchísimas cosas por encima de nuestras cabezas para pensar en otros detalles. Pero, por último, el cielo empezó a palidecer y la lluvia de meteoros disminuyó. En alguna parte cerca de la casa oí cómo un pájaro empezaba a cantar. Las estrellas se desvanecían y el horizonte amarillo empezaba a colorearse.

Caminamos; de pronto tuvimos sueño y regresamos a la casa.

-¿Cómo está Ted? - preguntó Barney.

-¿No le has visto?

Negó con la cabeza.

- Hace más de una semana.

- Se encuentra bien - dije -. Trabajando como un demonio. Bueno, como dos demonios.

- Tío Jan dice que está como poseído... dominado por la idea de controlar el tiempo.

- Pero ¿por qué? ¿Por qué alguien se enfrasca tan en una idea?

Ella se detuvo y volvió para mirar al cielo iluminado levante.

- No lo sé. Quizá tenga miedo de que no haya otra cosa que pueda hacer tan importante. Sea lo que sea, eso podría destruirle. Si no resulta... o si no consigue hacerlo resultar.. Se haría pedazos.

- Me lo imagino, pero todo parece ir muy bien comenté.

- Me da miedo por él, Jerry. Algo ocurre en Climatología. No estoy segura de lo que es, no dejan que meta las narices. El doctor Rossman tiene a un grupo especial trabajando solito. Incluso está al mando de una sección de nuestros computadores y nadie se les puede acercar.

- Eso puede significar disgustos.

Asintió con un gesto nada feliz.

- El doctor Rossman ha hecho varios viajes a Washington durante la semana pasada. Creo que para entrevistarse con el alto personal de Environmental Science Services Administration.

-¿ESSA? ¿Y con quién habla allí?

- No estoy segura. Su secretaria dejó escapar algo sobre la sección de licencias, pero no comprendí a qué se refería.

XI

RUPTURA

Ted se puso furioso al enterarse de las noticias de Barney.

-¡Muy propio de él! - Gritó en mi despacho a la mañana del lunes -. No puede imaginar lo que estamos haciendo. Así que se traslada a Washington tratando de ponernos impedimentos - siguió golpeando el puño en la palma de su otra mano mientras paseaba arriba y abajo, delante de mi escritorio.

- Parece que está pulsando contactos importantes - dije.

Ted se detuvo y me miró fulminante.

-¿Contactos? ¡Vamos a ver si consigue algo tan bueno como nosotros tenemos!

Salió de estampida del despacho. Me levanté de la silla y fui tras él. Medio corriendo, le seguí pasillo abajo hasta su taller. Tuli y otros tres miembros del personal estaban enfrascados en una tremenda conversación cuando entramos.

- ¡Calma, aquí está el jefe!. ¡O uno de ellos. No sé si se referían a Ted o a mi.

- Que uno de vosotros opere los mandos de la pantalla visora ordenó Ted mientras se dirigía a~ gran mapa luminoso. Tul fue hasta el escritorio mientras Ted cogía una linterna cuyo rayo serviría de puntero. Está bien, volved al sistema normal.

Los símbolos del tiempo en el gran mapa desaparecieron brevemente cuando Tuli tocó los botones de la consola. Luego un dibujo de flechas de colores tomó forma en el mapa. Ted permaneció inmóvil durante un momento, todavía hirviendo de furor, tratando de dominarse a sí mismo.

Por último, dijo:

- Este es el sistema usual del viento para los Estados Unidos continentales durante el verano. - Señalando con la linterna, explicó -: La corriente en chorro viene sobre la Costa Oeste, se hunde hasta el Sur y luego gira hacia el noreste. Aire frío, esas flechas azules, que baja del Canadá, se mete en el torrente occidental y se decanta hacia el Atlántico.

Me miró de reojo para ver si lo entendía. Asentí.

- Las flechas rojas muestran el aire marítimo tropical que sube desde el Golfo de Méjico y el Caribe, a lo largo de la Costa Este. Para nosotros ése es el aire que trae lluvia.

Hizo un gesto a Tuli, que maniobró en otro juego de botones.

-¿Ves ahora ese borde de altas presiones sobresaliendo hacia el océano? Ascende hasta grandes alturas. La posición se mueve en redondo un poquito, pero de ordinario no se separa de la costa. El aire de las alturas fluye hacia el norte a lo largo del lado Oeste del saliente... en el sentido de las agujas del reloj, en torno a un anticiclón... subiendo por los mares tropicales y a lo largo de la Costa Este.

- Eso es lo que guía el aire lluvioso hacia Nueva Inglaterra - deduje.

- Exacto. Ahora, fijate en el sistema de sequía.

Tul hizo que los símbolos del mapa cambiaran. El borde de altas presiones se movió hacia el oeste tierra adentro y se instaló aproximadamente en torno a la cadena de montañas Apalaches. La corriente en chorro se curvó en una ruta más hacia el sur. Y las rojas flechas del aire lluvioso avanzaron hasta mitad del camino

subiendo por la Costa Este, luego se dividieron; una parte giró hacia el mar, la otra penetró en los Estados del Oeste Medio.

Ted, olvidándose poco a poco de Rossman en su concentración con la meteorología, se había enfriado bastante.

- Ahora, mira. El borde de altas presiones avanza tierra adentro y absorbe, atrayéndolo, al aire marítimo para que entre principalmente en el Oeste Medio. Pero Nueva Inglaterra se ve cortada. Y, aún peor, ahora hay aire seco y frío que baja por el lado de levante del saliente, entrando precisamente en Nueva Inglaterra. Incluso si le proporcionásemos humedad, el aire no estaría lo bastante saturado para que lloviera.

- Pero si le dices suficiente humedad...- Empezó Tuli.

- Nunca hay "suficiente", químico oriental. No cuando los puntos de escarcha son tan bajos como ahora. Este aire canadiense, que, baja por las laderas de levante del saliente, seca cualquier humedad que nosotros tengamos. ¡Seguro! el vapor de agua aún está ahí, pero la humedad relativa queda muy baja. Se consiguen gotitas menores, sólo de un tamaño de cinco o diez micrones. ¡Demasiado ligeras para que caigan! Se necesitan gotas de cincuenta micrones para que llueva.

Avanzando hacia el mapa, Tuli arguyó:

-¿Entonces por qué no siembras las nubes y obligas a que caiga la lluvia? Si hay humedad asequible...

- La siembra no es solución, a menos que quieras sembrar todo el día, cada jornada. En cuanto dejes de sembrar, dejará de llover. Costaría unos cuantos millones de dólares diarios conseguir una lluvia decente, camarada. ¡La maldita sequía resultará más barata!.

- Y, entonces, ¿qué hacemos? - pregunté.

- Conseguir que el medio ambiente natural trabaje por nuestra cuenta, en lugar de luchar contra él.

-¿Y cómo lo conseguirás?

Señaló con un gesto la pantalla.

- Tenemos que hacer retroceder a ese borde de altas presiones sobre el Atlántico, lejos de la costa.

Debí parpadear.

- En realidad, es muy sencillo - afirmó Tuli, casi sonriendo -. Sólo necesitamos manipular el tiempo de casi medio mundo.

Ted me llevó hasta su escritorio y se lanzó a una explicación detallada. Fue larga y compleja y apenas entendí la mitad. Pero el punto crucial era el hecho de que la cubierta de nubes por encima del Océano Artico había sido menos que normal durante los últimos años. Eso, creía Ted con firmeza, era el disparador que inició la reacción en cadena que condujo a la sequía de Nueva Inglaterra.

-¿Y eso está causando la sequía? ¿Tiempo soleado por todo el Círculo Artico? - le pregunté en voz alta:

- No por si mismo, pero sí que es la principal razón, algo que debemos y podemos cambiar. ¿De acuerdo, mico oriental?

Tuli se encogió de hombros.

- Hay varios compuestos halógenos que reaccionan e. la luz del sol a grandes alturas para producir nubes... podríamos nublar una buena zona de esa manera.

- Y hacer rodar la bola para que aleje el sistema de sequía, gracias a la ruptura, y se consiga una condición normal.

- Todavía no hemos probado eso - advirtió Tuli -. Nuestros experimentos de laboratorio son en demasiado pequeñísima escala para demostrar qué reacciones en cadena se producirían...

- Está bien, está bien - Ted le hizo callar con un gesto. Los números aproximados, sin embargo, parecen buenos Prepararemos la cubierta de nubes en los lugares adecuados del Artico. Trabajaremos en el Anticiclón de sobre los Apalaches, al mismo tiempo... Trataremos de debilitarlo lo bastante para que se rompa naturalmente y t. reconstruya sobre el Océano. Una vez tengamos las cosas en marcha por el sistema adecuado, la atmósfera volverá a recuperar su equilibrio ordinario y quedará vencida la sequía.

- Lo dices como si fuese fácil - comenté.

- Seguro. Es como construir la primera bomba atómica. - siguió durante una hora evaluando las cosas que había que hacer: se incluían modificaciones del tiempo en Canadá y Groenlandia, al igual que sobre el Océano. Esbozó el trabajo que había que realizar en tierra, mar y aire.

Yo empezaba a sentirme mareado.

Pero necesitaremos la cooperación de la Marina, la Aviación, la Comisión de Energía Atómica y el Departamento de Estado, ¡sólo para empezar! ¿Y qué hay de los canadienses y de los daneses? ¿O de las Naciones Unidas...?

Se rió.

- Esos no son problemas técnicos, viejo amigo. Te digo lo que necesitamos. El cómo conseguirlo, te corresponde a ti.

- Muchísimas gracias. ¿Deseas algo más?

No debiera haberlo preguntado. Se necesitó el resto de la mañana para que acabase de decírmelo.

- ¡Ted, eso va a costar centenares de millones!

-¡Cáscaras! Sólo trabajaremos lo bastante para que la atmósfera vuelva a su equilibrio normal. Luego la dejaremos en paz. Costará tres meses, quizá menos. Y lo que nos gastemos será una insignificancia comparado con lo que está costando la sequía.

-¿Y en realidad puedes hacerlo?

Tul contestó:

- Será algo más difícil de lo que nuestro optimista jefe cree, pero, esencialmente, no se equivoca. Es posible.

Ted sonrió.

- Gracias por el voto de confianza.

Emocionalmente empezaba yo a darme cuenta de lo que me habían dicho. Hablar del control del tiempo y del alivio de la 'sequía es una cosa, pero ver en la actualidad cómo el proyecto tomaba forma, contemplar los planos preparados para trasladar la lluvia de un lugar a otro...

Me aparté del escritorio de Ted, acercándome a la gigantesca pantalla, fascinado por sus flechas giratorias y sus símbolos.

-¡Ted... esto... esto es maravilloso!

- Comprendo que te impresione - asentí -. Me hace sentir como el tipo que subió por primera vez al Everest. ¿Eh? Oh, te refieres a Hillary.

- O a Tenshing Norkay - dijo Tuli.

Tenshing, ése. El "sherpa" - Ted se sentó en el borde del escritorio, contrayendo los ojos como si tratase de imaginarse la escena -. Nació allí mismo, bajo la montaña - Se pasó toda la vida mirándola. Nadie habla llegado a la cumbre. Pero él sí, llegó por su energía.

El redondo rostro de Tuli mostraba una expresión de solemnidad.

- Algún día sentiremos lo mismo.

- Algún día, pronto - añadió Ted -. Nadie ha sido capaz de cambiar el tiempo, pero nosotros lo haremos, amigos. Seguro como que llueve los fines de semana que lo lograremos. ¡Así que... al trabajo!

Y lo hicimos. 'Todos nos lanzamos a la tarea con una ansiedad que yo jamás había visto. Era como si hubiésemos estado cazando a un artero animal salvaje, siguiendo las huellas durante una eternidad y ahora le tuviéramos cercado y a punto de matarle. La excitación chisporroteaba por todo el laboratorio. Ted y Tuli empezaron a trabajar elaborando los detalles exactos de las misiones de modificación que ellos dirigirían: los productos químicos a utilizar, las cantidades, los aviones necesarios, los días en que trabajarían, los efectos que obtendrían. El personal administrativo empezó a laborar consiguiendo hombres y materiales que serian necesarios.

Pero por debajo de todo, yo sentía la enfermiza sensación de que eso nunca tendría lugar. Soñaba mucho en Rossman; a cada giro que dábamos, según parecía en mis pesadillas, Rossman nos bloqueaba el paso, interponiéndose entre nosotros y nuestra meta.

La pesadilla empezó a cobrar realidad.

Llevábamos meses efectuando experimentos de siembra en mar abierto, trabajando en una licencia mensual concedida por ESSA. Sin ella teníamos prohibido efectuar ninguna siembra. Nuestra solicitud para el mes de septiembre nos fue devuelta.

Denegada.

Era una petición de rutina, exactamente igual que aquellas que enviamos desde principios de primavera. Pero ESSA la rechazó. Tomé el tren subterráneo hasta Washington a la mañana siguiente.

Hacia un calor brutal en la capital: incluso los taxis con aire acondicionado estaban pegajosos y malolientes. Los árboles aparecían pardos por la falta de agua, las aceras brillaban bajo el calor de fines de agosto.

Parecía ser que todos los miembros de ESSA estaban fuera de la ciudad. Es decir, aquellos a quienes quise ver. Un taxi me llevó por la calcinante urbe hasta el Pentágono. Por lo menos los militares tuvieron la cortesía de recibirme. Pero el personal de Marina se negó llanamente a cooperar con el trabajo modificativo de Eolo y los oficiales de la Aviación dijeron que trabajarían con el Departamento de Meteorología, pero no con una empresa particular... a menos que el Gobierno diese su aprobación para nuestras operaciones de combatir la sequía.

Me vi con las puertas cerradas. Incluso tuve dificultades en encontrar a Jim Dennis. Por último lo localicé en el Capitolio: estaba en una sesión del Comité. Pero salió nada más recibir mi nota.

- Espero no haberle hecho abandonar algo importante.

- No - dijo sonriendo -. Estaba hablando de expropiaciones. Damos vueltas y revueltas a cosas sin importancia antes de efectuar un verdadero trabajo.

Paseamos por el decorado pasillo que quedaba al exterior de la sala del comité y le hablé de mi fracaso en ESSA y en el Pentágono.

Sacudió la cabeza. Mirando por una ventana hacia la ardiente ciudad, murmuró:

- Hemos estado hablando de colocar una cúpula sobre el Distrito, como la Cúpula de Manhattan. Podríamos utilizar el aire acondicionado a gran escala en un día como hoy para aliviarnos del calor - se volvió a mí -. ¿Qué le parece que diría Ted de eso?

Me encogí de hombros.

- Creo que preferiría que se colocase una Cúpula sobre Rossman... o quien hace que nos den portazos en nuestras narices.

- Es Rossman, no hay duda - dijo Dennis -. La noticia ha circulado. Tiene sus propias ideas sobre el control de la sequía. Ahora está muy calladito, pero he podido enterarme de que planea empezar una serie de experimentos limitados la próxima primavera. Mientras, hará cuanto pueda por quitarles a ustedes de en medio.

- Pero... eso no es noble. ¡No es legal!

- Estoy de acuerdo - dijo el congresista -. Pero ¿de qué sirve eso? Rossman es conocido y respetado en el Departamento de Meteorología. Tiene poder.

- Bueno, ¿Y usted no puede hacer nada?

- Si yo fuese el presidente del Comité de Ciencia, quizás armaría algo de escándalo Pero sólo soy un miembro del Congreso... y bastante novato.

-¡Pues debe haber algo que podamos hacer! --mi mente volaba tratando de imaginar una solución -. ¿Qué le parece concertar una reunión entre Ted y Rossman? Por lo menos le haríamos saber que conocemos su juego. Y que podíamos quejarnos al Comité de Ciencia.

Meditó durante un momento.

- No sé si servirá de ayuda. Pero lo haré. Me gustaría ver a esos dos en la misma habitación - añadió con una sonrisa.

Ted estalló literalmente cuando le conté aquella noche mis gestiones en Washington. Tuli, Barney y yo tuvimos que hablar con él durante horas. Estaba decidido a correr hacia los periódicos y gritar hasta perder la cabeza. Por último le expliqué que Dennis iba a conseguir que Rossman se avistase con nosotros y hablara de todo el asunto.

Asintió. No dijo nada, simplemente asintió. Me fijé que crispaba los puños una y otra vez, como un gladiador que prueba sus armas en los escasos minutos de espera antes de entrar en la arena.

La reunión tuvo lugar en el despacho del congresista Dennis, en Lynn. Era un lugar bastante agradable, en un edificio de pequeños despachos que albergaba abogados y agentes de seguros. Ambos bandos aceptaron este territorio neutral.

Nos sentamos en torno al escritorio de Jim, el doctor Rossman a un lado y Ted y yo en el otro.

- Yo solicité esta reunión - dijo el congresista desde su silla de cuero, porque Jerry, aquí presente, se muestra convencido de que Investigaciones Eolo está siendo desestimada por el Departamento de Meteorología en sus intentos de luchar contra la sequía. Puesto que el asunto es probablemente el más importante en Nueva Inglaterra en estos momentos, creo que merece nuestra atención más extremada.

Ted y el doctor Rossman se miraron fulminantes uno a otro, así que dije:

- Eolo está preparado para empezar el trabajo de modificación dentro de una semana o dos. Si se nos permite seguir adelante, veremos que podemos vencer a la sequía este año. Si no, transcurrirá otro año... probablemente hasta el próximo año... antes de que tengamos una nueva posibilidad de mejorar la situación.

- Es posible - replicó Rossman sombrío. Tenía en las manos un "clip" del escritorio de Jim y estaba dándole vueltas incesantemente -. Hemos estado estudiando

varias formas de abordar el problema de modificar la sequía por la División de Climatología. Confiamos en pasar este otoño y el invierno efectuando experimentos de laboratorio. Algunas misiones pequeñas de modificación se efectuarán en primavera, si todo va bien.

Ted no pudo guardar silencio más rato.

- No resultará - dijo con llaneza -. Se necesita la precipitación del otoño y del invierno. De otro modo, el caudal de agua nunca alcanzará la suficiente altura. Tan pronto como empiece la estación del crecimiento volverán a estar donde empezaron. O aún peor.

- Eso sólo es una deducción suya - repuso Rossman.

-¡Nada de deducciones! Se necesitan las lluvias de otoño y las nevadas del invierno, junto con el deshielo; de otro modo las tempestades primaverales serán insignificantes. Lo más que conseguirían sería una bañera llena de agua.

- Este otoño será demasiado pronto para empezar el trabajo de modificación a gran escala.

- Para ustedes, quizá. Llevan seis meses de retraso con respecto a nosotros. Ustedes trastearán un poquito en primavera, renunciarán cuando no les sirva de suficiente ayuda y luego pretenderán que el control del tiempo es una pérdida de dinero... y de tiempo también. Nosotros estamos ahora preparados. ¡Y haremos el trabajo adecuado! Lo único que nos hace falta es permiso.

El "clip" se rompió en las manos de Rossman.

Ustedes no pueden volar y tratar de efectuar experimentos sobre el tiempo sólo porque desean ser los primeros. ¿Y si esos experimentos no resultan? ¿Y si falla algo en sus cálculos? ¿Y si la modificación se vuelve contra ustedes y empeora las condiciones en lugar de mejorarlas?

-¿Y si hay un terremoto? - se burló Ted -. ¿O el cielo empieza a desplomarse?

- No nos pongamos...

- Escuche - dijo Ted -. No estamos jugando. Hemos repasado todo el plan, hemos construido los modelos teóricos, hemos efectuado simulaciones de computador, hemos revisado, punto por punto, exactamente lo que pasará en cada paso del camino. Pregunte al personal del MIT, sabe lo que hemos hecho. Ahora estamos preparados y dentro de un año no lo podríamos estar más. Puedo decirle exactamente qué tiempo habrá sobre Nueva Inglaterra, día a día, durante los próximos dos meses. Y puedo decírselo en ambos sentidos... con modificaciones o sin ellas.

- No me ha convencido a mi, ni a ningún otro meteorólogo de fama, de que su plan resultará.

- ¡Usted no quiere dejarse convencer!

Ted casi había abandonado su silla. Extendí el brazo y le puse la mano en el hombro.

- Doctor Rossman - dije -. Quizás ayudaría si usted viniese a Eolo y nos dejara que le enseñásemos lo que planeamos hacer. Puede que entonces...

Rossman sacudió la cabeza.

- Simplemente no puedo permitir experimentos de modificación hasta que esté convencido de que se ha adoptado cada medida posible de salvaguardia para asegurarse de que los resultados no serán perjudiciales.

Ted se desplomó en su silla.

- Eso significa seis meses más de juguetes y de contrapruebas en un trabajo que ya se ha hecho.

- Si es necesario, sí - Rossman se volvió a Jim Dennis -. Nuestra primera responsabilidad es servir al público; no somos una empresa comercial que desea obtener rápidos beneficios.

- Servir al público - murmuró Ted -, ofreciéndole otro año de sequía.

Rossman se puso en pie.

- Es inútil seguir con esta discusión. Cuando madure usted, Marrett, quizás entonces aprenda que el ir de prisa no significa hacer las cosas bien.

Ted respondió con un gruñido.

- Tampoco la edad ayudó a usted a ser más listo; sólo más lento.

Rossman salió del despacho dando un portazo. Jim Dennis se encogió de hombros, desvalido.

- Siento inclinación a ponerme del lado de ustedes. Pero él tiene todos los votos.

Estábamos tristes, desanimados, cuando volvimos a Eolo aquella tarde. Tuli, después de enterarse de la noticia, se fue a su laboratorio. Ted permaneció sentado en su laboratorio, los pies encima del tablero, mirando con aire distraído al mapa de la pantalla con el sistema de sequía en él Yo no pude permanecer

sentado. Revoloteé por la habitación, recorrí el edificio, recibiendo miradas de extrañeza de las personas que seguían trabajando sin saber todavía que de nada servirían sus afanes.

Barney apareció a las cinco y media. Ya sabía la noticia, lo adiviné por el aspecto ~e su cara cuando salí al vestíbulo a recibirla.

- Bienvenida al funeral - dije.

- Vine en cuanto pude escabullirme. Toda la División está que hierve.

- Apuesto a que sí.

- Ted está furiosísimo.

- Creo que se encuentra en estado de choque.

-¿Dónde está?

- Ven - dije.

Pero no estaba en su cuarto. Ni en el laboratorio de Tuli. Ambos se habían ido.

- Probemos en la terraza - sugerí.

Seguro, allí estaban, plantados en medio de los aparatos que formaban el equipo del Departamento de Meteorología de aquella estación-observatorio.

-¿Venís a ver cómo se pone el sol? - nos preguntó Ted -. Y con él, nuestro futuro.

-¿Tan mal está todo? - Barney intentó una forzada sonrisa.

- Si.

-¿Es que no se puede hacer nada?

Sacudió la cabeza.

- Mira a tu alrededor, ¿qué es lo que ves? Un equipo por valor de varios millones de dólares, todo rotulado:

"Propiedad del Gobierno de los Estados Unidos: No tocar." Así estamos. Rodeados por herramientas que podemos utilizar mejor que ellos... pero que nos impiden tocar.

- Agua, agua por doquier - murmuré para mí.

- Rossman tiene las llaves y estamos encerrados - afirmó Ted -. Lo peor de todo es que no efectuará el trabajo justo. Para cuando tenga el valor suficiente para abordar el problema de manera real y solucionarlo, la sequía se extenderá por doquier.

- Pero habrá presiones sobre él para obligarle a actuar - dije -. Los agricultores, los periodistas, los gobernadores de Estado y el Congreso...

Ted agitó la mano en gesto de disgusto

-¿Qué presiones? Ya lo oíste hoy, la Voz Oficial de la Ciencia. El les contará el mismo cuento de hadas que narró a Dennis... dirá que protege al público contra planes alocados. La modificación del tiempo podría empeorar las cosas, en vez de mejorarlas. Cuando termine de hablar, los periodistas habrán caído de rodillas, adorándole por salvarles de los chiflados y de sus ideas absurdas.

Dio media vuelta y miró hacia el puerto. Desde nuestra atalaya en la terraza podíamos ver las embarcaciones de placer entrecruzando las aguas. Un reactor descendió chirriando hasta la pista del aeropuerto y otro se perdió en los cielos.

-¿Por qué? - Ted dio un puñetazo en la barandilla -. ¿Por qué nos obstruye el paso? ¡Sabe que resultará! ¿Por qué se muestra tan terminante?

- Porque quiere anotarse los honores de ser el primero - Contestó Barney -, pero no desea correr riesgos. Es muy precavido.

- El caballo de labor que deseaba ganar el Derby de Kentucky - gruñó Ted.

- Ansía muchísimo la gloria - continuó Barney -. Ha trabajado toda su vida en el Departamento de Meteorología y realizó algún trabajo muy bueno, pero jamás se encontró en el palco escénico, recibiendo la luz de los focos.

- Y nunca se encontrará, a menos que se mueva más deprisa de lo que planea - contestó Ted -. Para cuando esté dispuesto a realizar algún verdadero control del tiempo, será lo bastante viejo para que aparezca en la Enciclopedia Británica.

- No puede darse más prisa hasta que haya perfeccionado su versión de tus predicciones a largo plazo - dijo Tuli -. Hasta que no consiga eso, tiene que ir despacio.

Ted miró al mongol.

- Tienes razón, Tuli. Necesita... - interrumpió la frase y frunció el ceño, meditando concentrado.

Por último, Ted dijo:

-¿Y si fuésemos a Rossman y ofreciéramos unir nuestras fuerzas con las de él?

-¿Qué?

- Está bien, sé que suena raro, pero, escuchad. Desea la gloria, pero necesita las predicciones. Nosotros queremos realizar nuestro trabajo, pero necesitamos su permiso. ¡Unámoslo todo!

- Se te reiría en la cara - dije.

-¿De verdad? ¿Dejaría pasar la oportunidad de conseguir la gloria... y tener una cabeza de turco a quien echar las culpas si las cosas iban mal?

- Esto es una locura - repetí.

Tuli dijo:

- Si fuese otra persona, el doctor Rossman sentiría la tentación de probarlo. Pero no contigo, Ted.

-¿Te das cuenta de lo que dices, Ted? - preguntó Barney, los ojos muy abiertos.

- Claro.

- El doctor Rossman nunca permitiría que nadie que no perteneciese a la División de Climatología le ayudara. Aun cuando quisiese trabajar contigo, tendría que ser bajo su control.

Ted se encogió de hombros.

- Entonces le pediré que me vuelva a admitir en la División.

-¿Qué? - grite -. ¿Dejar el laboratorio? ¡NO puedes!

Esta empresa fue construida para ti, no puedes hacer el equipaje y marcharte... Es... es... traición! ¡Esa es la palabra!

- Tú estás ganando dinero con el laboratorio - contestó -. Aún tendrás las predicciones a largo plazo y el personal técnico de la máxima categoría.

- Tú no eres mi dueño, amigo.

-¿Pero es que careces de sentido de la responsabilidad? ¿O de la gratitud? ¿O de algo?

- Escucha. Yo no tengo unos cuantos millones de dólares con que jugar, ni una mansión de mis antepasados, ni una docena de diferentes negocios con los que trastear. Todo lo que poseo es el control del tiempo. Iniciamos este laboratorio para efectuar el trabajo de control del tiempo. Si tengo que dejar el laboratorio para conseguir controlar el tiempo, lo dejaré. ¡Si tengo que caminar por la cornisa de esta terraza para conseguir el control del tiempo, también lo haré! No hables de responsabilidad, ni de gratitud, camarada. Yo hice de este laboratorio un negocio rentable. Yo he librado a los dragados de tu padre de todas dificultades. Ahora, cuenta tu dinero y déjame que realice la misión para la que nací.

Pasó junto a mí como un tornado y empezó a bajar la escalera, dejándome tembloroso, con impotente furia.

No volví a ver a Ted durante una semana. Y cuando lo hice, fue sólo mediante una breve llamada telefónica por la noche a mi habitación del hotel.

- Rossman cedió. Mañana por la mañana empiezo en Climatología. Aquí estoy, en el laboratorio, para recoger mis cachivaches... Permaneceré durante una hora, por si quieres hablarme.

Colgué el teléfono con tanta fuerza que lo atasqué.

Desde la mayor parte de los puntos de vista, Eolo parecía no haber sufrido cambios. Tuli se fue con Ted, claro. Me dio las mil excusas, a estilo oriental. Pero se fue. Lo mismo hicieron otros cuantos técnicos.

Permanecí sentado en el despacho y meditando mientras el personal dirigía las cosas. Las predicciones a largo plazo marchaban como sobre ruedas y nuestro trabajo sobre control de la sequía estaba siendo enviado en una serie de informes para nuestros clientes. La única tarea que cesó fueron los preparativos para las modificaciones actuales de la sequía.

Permanecí en Eolo durante casi un mes. Barney vino un par de veces, pero siempre con poco tiempo. Estaba demasiado atareada con las modificaciones de la sequía, según dijo.

Dos semanas después de que Ted se marchara, tuvimos una fuerte tormenta que dejó caer casi cinco centímetros de lluvia en los pantanos vacíos. Unos días más tarde llovizó durante casi treinta y seis horas seguidas. Nada espectacular, pero todo el mundo se sintió agradecido. Por último, una mañana, a finales de septiembre, se nubló y llovió a cántaros, con firmeza, todo el día. Los niños volvieron a casa desde sus colegios saltando por los charcos, salpicando y manchando sus pantalones, sus impermeables y sus botas. La gente se acomodó en las ventanas de sus oficinas para contemplar la lluvia, sonriendo. Los hombres y las mujeres adultos desempolvieron los viejos paraguas y los chanclos y salieron a pasear en la primera lluvia prolongado del año.

Yo no pude aguantar más. Salí del despacho, conduje mi coche por las calles lluviosas hasta el hotel y empecé a hacer el equipaje. Habla terminado con Ted y con Barney y con la idea entera del control del tiempo. Volví a Hawai.

XII

VIENTOS CAMBIANTES

Arrojé las cosas a ciegas en mi maleta de viaje, mientras la lluvia aporreaba la ventana de mi cuarto. Ropas, zapatos, equipo de afeitarse, todo lo introduje tan deprisa como lo sacaba de cajones y estanterías.

Sonó el timbre de la puerta.

- ¡Está abierta! - grité.

Entró Barney.

- ¡Jerry, eso es maravilloso! La lluvia...

Se interrumpió al ver lo que estaba haciendo. Se quedó plantada en el umbral con un impermeable goteante y apartó de su frente un rizo de brillante cabello negro.

-¿Te marchas?

SI - conteste, siguiendo con el equipaje.

- Por causa de Ted.

- Volviste a acertar.

Entré en el cuarto de baño para abrir el armario. Estaba vacío.

-¿Cuándo te vas?

- En la primera máquina de volar que se encamine a Hawai.

- Supongo que no debo censurártelo - dijo.

- Eres muy generosa.

- Jerry, no seas sarcástico.

-¿Por qué no? Creí que te gustaban los muchachos sarcásticos y duros y que exhibían su mal genio con frecuencia.

- No me gusta la gente que huye.

Cerré mi maleta.

-¿Y qué esperabas que hiciese? ¿Que me sentara ante mi escritorio y contase el dinero mientras tú y Ted os emparejabais en las nuevas alturas de las maravillas científicas? ¿Qué me queda a mí por hacer aquí? Nada. Ted tiene lo que deseaba y tú lo que querías. Así que volveré a mi casa y trataré de olvidar todo este asunto.

-¿Qué quieres decir con que ya tengo lo que deseaba?

- Ted ha vuelto contigo, ¿no? Ahora estáis juntos cada día, trabajando uno junto a otro en bien de la dulce ciencia. Solos vosotros dos, con vuestro lacayo asiático. El pequeño muchacho rico de las islas ya no os es útil para nada.

-¿Es eso lo que piensas?

- Le salvé el cuello cuando estaba preparado para arrojar la toalla. Ahora no me necesita más. Y mientras esté contigo, tú tampoco me necesitas. ¿Para qué debo quedarme? ¿Sólo para ver llover?

- Si eso es cierto, Jerry - dijo -, ¿entonces por qué vine yo aquí?

No obtuvo respuesta a esa pregunta.

- Si eres capaz de hablar tranquilo durante unos minutos - dijo, yendo hacia el sofá -, quizá pueda demostrarte lo equivocado que estás.

-¿Que estoy equivocado?

- Ted es un gusano imperdonable ~ eso no admite la menor discusión. El modo en que te trató fue vergonzoso. Pero, si quieres escucharme un minuto, me parece que comprenderás por qué es así.

- No me hace falta que una aficionada me psicoanalice a un joven genio - repuse.

- No; prefieres correr a tu casa y esconderte tras tu padre.

Su voz de pronto sonó fuerte, aguda, con verdadera cólera. Jamás la había visto enfadada.

- Ted te trató de manera horrible, en eso no tiene excusa. Yo esperaba que te mostrases ofendido y furioso contra él. Pero no creí que te compadecieras de ti mismo.

- Está bien - dije -. ¿Por qué viniste?

- Porque Ted te debe una excusa, pero nunca te la dará. Así que creí que debería yo...

-¿Como su representante?

- Otra vez vuelves a ponerte sarcástico - dijo Barney.

Me senté junto a ella.

- Ted opera en un mundo propio - continuó Barney -. He pasado horas reprendiéndole por el modo en que te ha tratado, pero eso no le impresiona. No podría excusarse aunque quisiera; es demasiado tozudo. Y, además, está convencido de haber obrado de la mejor manera...

-¿La mejor manera?

- Deseaba cortar la sequía. Volver a Climatología era la única manera de hacerlo. ¿Tú crees que le gustó? ¿Tienes idea de lo que le costó pedir al doctor Rossman que le volviese a admitir? ¿Ofrecer aceptar toda la responsabilidad si los experimentos fracasaban, hacerse a un lado y olvidarse de la gloria si daban resultado? Yo no hubiera podido; ninguno de nosotros. Pero Ted lo hizo. Sin parpadear.

- Es un loco - murmuré.

- Está venciendo a la sequía, no importa quién se lleve los honores. Y está convencido de que obró bien. Cree que si estás enfadado, es porque eres tozudo y corto de vista.

- Una manera muy conveniente de considerarlo.

- No, lo cree en realidad. Nada hay más importante para Ted que efectuar su trabajo... y hacerlo bien. Cualquier cosa que se le interponga... no tendrá paciencia para soportarla.

Miré más allá del rostro de Barney, a la goteante ventana.

- De acuerdo; creo que cumplirá su misión.

Pareció relajarse un poco.

- Quise venir a verte antes, pero hemos estado literalmente encerrados en el edificio durante casi diez días. Ha sido un tiempo imposible. Ya sabes lo negrero que es.

Tuve que sonreír.

- Pareces cansada.

Asintió.

-¿Te gustaría cenar un poco?

- Sí, sería estupendo.

- Haré que nos la suban.

Marqué la selección del menú en el tablero y a los pocos minutos la cena salía del receptáculo de la pared y se colocaba en la mesa. Empujé la mesa con ruedas hasta el sofá.

-¿Todavía piensas marcharte? - me preguntó Barney mientras comíamos.

- No lo sé - repuse.

- Ojalá no te vayas.

- "Y ojalá lo dijese de veras", pensé para mí.

Después de cenar y mientras yo colocaba la bandeja otra vez en el receptáculo de la pared, me preguntó:

-¿Jerry, te vas a marchar o aguantarás?

Vi cómo la bandeja desaparecía en la ranura de la pared, llevándose los platos.

-¿Importa eso mucho? - pregunté a mi vez.

- Claro que sí.

-¿Por qué?

- Te necesitamos, Jerry. Ted te necesita; nos necesita a todos, a las personas de su confianza. Ahora más que nunca.

- Entonces, es por Ted.

- Y por mí también, Jerry. No quiero que te marches. Ya te lo he dicho.

- Sí, me lo dijiste.

Se me acercó más.

- Lo digo de veras, Jerry. Por favor, no te vayas.

La atraje hacia mí y la besé. Estuvimos abrazados un momento y luego, con mucha suavidad, se me apartó.

- Jerry, yo no estaba segura de nada excepto de Ted. Ahora ni siquiera estoy segura de él.

Sonreí.

- Eso es lo malo de ser un simple mortal. Claro que si fuésemos superhombres, como quien tú sabes, jamás dudaríamos de nada.

- No estés tan convencido - me contestó muy seria -. Sé que Ted atropella a cualquiera que se le interponga... pero tiene sus dudas; sobre ~l mismo, sobre el trabajo que desea hacer. Sólo el que no permita que nadie las vea no quiere decir que no existan.

- Ya imagino que tienes razón. Sin embargo, ha alzado un buen frente para protegerse.

Barney se volvió hacia la puerta.

-¿Dónde dejé mi impermeable? Llegó la hora de que me vaya...

- Te llevaré a tu casa.

- No. Todo va bien. La lluvia ha amainado ahora y empleando la acera rodante no queda lejos mi apartamento.

-¿Te veré mañana? Pregunté mientras la ayudaba a ponerse el impermeable.

-¿Te quedas?

- Por lo menos una temporada.

-¿Por qué no vienes a almorzar en Climatología? Creo que Ted y tú deberíais estrecharos las manos.

-¿Antes de nuestra pelea?

-¿Qué?

- Es una vieja expresión de boxeo.

Soltó una carcajada.

- Bueno, estás haciendo chistes.

--Quizá me vuelva a poner sarcástico.

- No, ya no te pondrás.

La acompañé por el pasillo hasta el ascensor, la despedí, luego volví corriendo a la habitación, abrí la pesada maleta y desparramé su contenido por el suelo.

* * *

A treinta y siete mil kilómetros por encima de la boca del río Amazonas, los meteorólogos que estaban a bordo del satélite sincrónico Estación Atlántico contemplaban cómo se formaba una banda circular de nubes en el centro del Océano. Televisaron sus fotografías al Centro Nacional de Investigaciones de Huracanes de Miami y, en menos de una hora, los aviones patrulla despegaron para examinar la joven tempestad. Para cuando llegaron a ella, el huracán había desarrollado una especie de ojo y las velocidades del viento eran de más de noventa nudos. Veinticinco milímetros de lluvia por hora se vertían sobre una zona oceánica de ciento sesenta mil kilómetros cuadrados. La tempestad se movía hacia el oeste. ¿Llegaría muy lejos? ¿Dónde azotaría? Nadie lo sabía. Se emitieron alarmas por toda la costa de levante, la Costa del Golfo y por las islas del Caribe. Alerta contra el huracán. Un millar de megatones de energía estaban sueltos y se encaminaban hacia el frágil reino de los hombres.

* * *

La mañana era nubosa y cuando llegué en helicóptero a Climatología, para el almuerzo, comenzaba otra vez a llover.

Barney me recibió en el vestíbulo.

- El grupo de Ted tiene un nuevo conjunto de oficinas - dijo -, en el edificio anexo.

Me guió por los pasillos y la pasarela cubierta que unía el edificio principal con el anexo. La lluvia tamborileaba con fuerza en el bajo techado metálico de la

pasarela mientras la cruzábamos. El anexo en si tenía un aspecto provisional, prefabricado. No habla verdadero techo, sólo el lado descubierto de debajo de la terraza, con todas las tuberías y vigas estructurales y todos los patios de ventilación mostrándose. La mayor parte del edificio estaba lleno de talleres con máquinas estrepitosas. Los "despachos" estaban hechos de tabique de metro y medio de altura, unidos por viguetas, para formar recintos.

- Hay algo de humedad aquí cuando llueve - dijo Barney por encima del estrépito de las máquinas -, y mucho calor si el tiempo es cálido.

La seguía a través de los atestados corredores. Podía ver por encima de los tabiques los despachos en forma de cabinas.

- El de Ted está allá - dijo, señalando.

-¿Y tú trabajas aquí?

- No... sigo en computación, en donde todos tenemos que luchar contra el zumbido de las máquinas y de los refugiados del anexo, que vienen a ver si es verdad eso del aire acondicionado.

- ¡Pero esto es terrible!

Llegamos al extremo del pasillo y entramos en una habitación de un rincón formada por dos tabiques y por dos de las paredes del propio anexo. Ted no estaba allí, pero se veía su sello: la mesa llena de mapas, bosquejos, diagramas, un mapa pantalla en la pared opuesto, otro escritorio cubierto de papeles y la inevitable fila de cafeteras.

- ¡Bienvenido a Shangri-la!

Nos volvimos y vimos a Ted bajando deprisa hacia nosotros. Y llevaba un televisor portátil.

- Vamos, tomad una silla - dijo, pasando junto a nosotros para colocar el televisor en el escritorio -. Me alegro de que vinieras Jerry.

- Veo que vives en pleno lujo oriental desde que te fuiste de Eolo - comenté, yendo hasta una de las sillas.

Barney se sentó a mi lado.

- Tuli llama a esta zona "Shangri-la".

- Rossman pudo haberte proporcionado mejor acomodo - dije.

Ted se encogió de hombros.

- De acuerdo, hay humedad. Es parte del precio que tenemos que pagar. Pero acudí a él, no vino a mí.

- Lo sé.

- En cierto modo, este panorama miserable ayuda - dijo animoso. Todo adquiere ese carácter de entrenamiento básico... ya sabes, estamos en esto juntos y tenemos que ayudarnos si queremos sobrevivir". Así que se efectúa el trabajo.

- Que es lo que importa - afirmó Barney

- Hablando de Rossman - prosiguió Ted -. Aparecerá en la TV dentro de un minuto. Emisión especial de Washington, sobre la sequía.

Conectó el televisor. Tras cuatro o cinco espacios comerciales, empezó la emisión. El doctor Rossman estaba flanqueado por el Consejero Científico del Presidente, doctor Jerrold Weis, y por el director de Environmental Science Services Administration, un almirante retirado llamado Correlli.

Tuli entró en el despacho mientras el comentarista efectuaba las observaciones preliminares de presentación. Saludó con la cabeza y se colocó detrás del escritorio, plantado junto a Ted.

El doctor Weis dijo algunas cosas en general sobre haber reunido a varias inteligencias de la nación y el almirante Correlli habló brevemente de lo maravilloso que era ESSA. Luego le tocó el turno al doctor Rossman. La cámara nos dio un primer plano de su rostro, largo y sombrío, mientras empezaba a hablar sobre las condiciones que originaron la sequía. Habló despacio, con cuidado, del modo que lo hace el hombre cuando no está seguro de que le comprendan. Poco a poco me di cuenta de que estaba contando la misma historia, utilizando idénticas palabras, casi, que empleó Ted aquella noche, muchas semanas antes, cuando nos explicó por primera vez el problema de la sequía.

La cámara de televisión nos ofreció un mapa. Era uno de aquéllos que nos enseñara Ted en la conferencia del Cuatro de Julio.

- ¡Ese es tu trabajo! - balbuceé.

Ted sonrió con aspereza.

- Sólo la primera diapositiva... hay más.

Rossman siguió hablando y mostrando las diapositivas de Ted. Yo contemplé cómo cambiaba la condición de sequía tal y como anunciara Ted. La célula de

altas presiones se alejaban más allá de la costa y los flujos de aire del sur que traía la lluvia ascendían de nuevo por la costa de levante. La pantalla de TV mostró películas de aviones volando en misiones de siembra y submarinos nucleares que eran revisados por ingenieros protegidos por trajes antirradiación.

- Parecen hombres de Marte - dijo el comentarista de la TV, con una medida admiración en la voz.

- Sí, es verdad - asintió el doctor Rossman.

La cámara volvió a los cuatro hombres del estudio.

- Bueno, la lluvia que hemos obtenido constituye una clara evidencia de que su trabajo es un éxito - dijo acalorado el comentarista.

- Gracias - El doctor Rossman se permitió una modesta sonrisa -. Creo que hemos demostrado que la modificación del tiempo puede utilizarse para ayudar a disminuir los problemas críticos del agua... El trabajo se efectúa bajo un control cuidadoso, con todas las precauciones adecuadas.

Miré de reojo a Ted. Luchaba por permanecer en calma. Había tomado un lápiz en su manaza y lo flexionaba entre los dedos.

- Así que podemos decir que la sequía es cosa del pasado - insinuó el comentarista.

Rossman asintió.

- Mi grupo de predicciones de dos meses de anticipación indica que los niveles de precipitación deberían ser ligeramente superiores al nivel normal en la zona completa del este de los Apalaches. Claro, mis predicciones no son a toda prueba, pero constituyen una buena evidencia de que estamos en camino de acabar con la sequía.

- Sus predicciones - susurró Barney.

- Y ahora - dijo el comentarista creo que el doctor Weis tiene que anunciar algo.

La cámara cambió hasta el Consejero Científico del Presidente. Tenía un rostro agradable y cuadrado, tan curtido que parecía más un vaquero que un científico.

- Como resultado de los trabajos del doctor Rossman sobre la modificación del tiempo, en los que nos ha dado ejemplo de su dedicación a resolver el problema de la sequía que afectó al sector noreste de la nación, he recomendado al Presidente que se le conceda la Medalla Nacional de la Ciencia.

¡Clak!. Ted rompió el lápiz.

- Como ustedes saben, la Medalla Nacional de la Ciencia es la recompensa que se da cada año a...

Ted apagó el televisor con furia.

- La Medalla Nacional - dijo Barney, sorprendida -. ¡No está bien! ¡No la merece!

Sospecho que el doctor Rossman está tan sorprendido por el premio como nosotros - indicó Tuli.

- No puede aceptarla - dije -. La verdad acabará por saberse.

Ted miró los pedazos del lápiz que tenía en la mano y los dejó caer en la papelera.

- La verdad no tendrá mucha circulación. ¿Qué dirías si el ama de llaves de Albert Einstein se presentase y pretendiera haber descubierto las leyes de la relatividad, diciendo que su jefe se apoderó de ellas y las presentó como suyas?

- Eso no es lo mismo...

- Lo es por ahora amigo. La cuestión importante es que hemos vencido la sequía y que las modificaciones del tiempo son ahora cosas respetables. Es un gran salto en la dirección correcta. Rossman sabe a qué atenerse y lo mismo el Jefe y tu amigo el congresista. De acuerdo, Rossman se apunta los honores por esta hazaña. Pero el talento es nuestro.

Sacudí mi cabeza.

-¿No hay un premio de cincuenta mil dólares incluido en la Medalla?

- Insignificancias - saltó Ted -. El dinero sigue al talento, camarada. Yo soy joven y con ganas de trabajar. Lo que me recuerda que te necesito aquí. ¿Qué te parece convertirte en funcionario público?

XIII

NUBES TORMENTOSAS

Durante un instante me pareció no haber oído bien las palabras de Ted.

-¿Qué dijiste?

- Quiero que trabajes aquí. Te necesitamos.

- Debe ser una broma...

- Nada de bromas. Mira este cuchitril - con el brazo lo abarcó todo en un gesto de barrido. ¿Crees que a Rossman le gusta tenernos aquí? ¿Crees que va a sentirse cómodo con esa Medalla Nacional a la Ciencia colgándole del cuello mientras nosotros le contemplamos de arriba abajo? Va a haber jaleos en esta casa tarde o temprano y necesitaré a cuantos amigos poseo.

-¿Y quién te hace pensar que yo soy un amigo?- me oí preguntarle.

Ted se incorporó vivamente.

-¿Aún sigues teniéndome rencor porque me marché de Eolo? Era la única cosa que podía hacer, Jerry. Lo sabes.

- Y ahora deseas que yo también me marche de Eolo.

Se encogió de hombros con aire desvalido.

- Nos estamos enterrando en papeles. Rossman amontona los oficios y partes cada día, haciendo crecer estas montañas que nos abruman. Trata de ahogarnos en la burocracia. Vamos demasiado rápidos para él; tenía un miedo mortal a los módulos de sequía; ahora se preocupa por lo que le pondremos después delante. ¡Trata de disminuir nuestro trabajo a base de pape!. Tú puedes ayudarnos a salir de este apuro...

No pude permanecer sentado más tiempo. Levantándome de la silla, miré de reojo a Barney. Ella me contemplaba, pero no pude adivinar por su expresión qué deseaba que hiciera yo.

-¡Ted, de haber estado con el ejército de Santa Ana en el Alamo, hubieras tenido la cara dura de pedir a Davy Crockett que cambiara de bando!

-¿Qué bando? Todos queremos lo mismo... Control del tiempo. Necesito tu ayuda.

--Entonces puedes **comprarla**. Comprarla al Laboratorio de Investigaciones Eolo!

Parpadeó.

- Aguarda un momento...

- No, aguarda tú contesté, plantándome delante de su escritorio -. Hay ochenta personas en Eolo que se ganan la vida con los contratos que obtiene el Laboratorio. Tú te fuiste y te llevaste contigo las mejores posibilidades que

teníamos de conseguir verdaderos contratos substanciosos para el trabajo de la modificación del tiempo. Está bien. Pero esas ochenta personas aún pueden realizar una buena misión. Podrían ayudarte a despachar los papeles, con los computadores, con las predicciones a largo alcance y muchas otras cosas. Te podrían proporcionar más ayuda de la que yo te dispensara solo, no importa bajo qué techo me sentase. Y no creas que voy a abandonarles como lo hiciste tú, sólo porque deseas tener a otro chupatintas a tu disposición Tienes más conocimiento del tiempo que de las personas.

Ted se arrellanó en su silla, frunciendo el ceño en silencio. Luego, una sonrisa se extendió por su tosco rostro.

- Cuando te lo propones, eres una verdadera bola de fuego, Jerry. Pero, tienes razón... Eolo puede ayudarnos a salir del paso. Ayudarnos mucho, pensándolo bien.

Por poco me caigo. Barney me miró como si quisiera decirme: **Bien dicho.**

Tuli intervino:

-¿Pero puedes conseguir que el doctor Rossman acceda a gastar dinero contratando a Eolo para que nos ayude?

- Creo que con esa estupenda y brillante medalla Nacional en su bolsillo - respondió Ted -, nos debe un favor. Le hablaré tan pronto como vuelva de Washington. Y volviéndose a mí, preguntó -: ¿No estarás demasiado enfadado con nosotros si firmamos un contrato para que nos ayude Eolo y pagamos bien?

- No me interesa el dinero, Ted; lo sabes. Lo que no quiero es dejar sin trabajo al personal de Eolo.

- Está bien, cálmate. Ya has expresado tu opinión y resulta buena. Debió haberseme ocurrido a mí.

- Entonces volveremos a trabajar juntos otra vez.

- Barney pareció complacida.

Ted extendió la mano por encima del escritorio.

- Bienvenido en tu regreso al equipo, camarada.

Le estreché la diestra, pero, por primera vez desde que conocí a Ted, no me sentía muy feliz de trabajar con él.

* * *

Los meteorólogos bautizaron al huracán con el nombre de Lydia, puesto que era el decimosegundo tornado tropical o huracán que amenazaba zonas pobladas. Lydia viajó hacia el oeste desde el lugar de nacimiento en medio del océano, siguiendo los vientos hacia las Indias Occidentales. Luego, al cabo de tres días, giró de pronto y apuntó hacia la costa de Florida. Avisos de desastre recorrieron la península. La velocidad del viento central de Lydia era casi de un centenar de nudos; su frente de lluvias era devastador. Azotó las Bahamas, arrasando palmerales, destrozando escolleras con olas titánicas, amontonando muelles y lanchas por igual contra las rocas, arrancando los tejados, cortando las líneas eléctricas, inundando carreteras, casas y ciudades; destruyendo, aterrorizando, matando. Cuando los cielos de las islas volvieron a despejarse, hombres cansados y como atontados contemplaron el campo de batalla en donde reinaba la devastación. Por millares habían quedado sin hogar. Las ciudades carecían de electricidad y agua potable. Los supervivientes se sentían maltrechos, hambrientos, heridos. Los aviones trajeron medicinas y alimentos mientras Lydia recuperaba fuerzas, posándose al borde de la costa de Florida, muy cerca de Miami.

* * *

Al día siguiente de mi visita a las nuevas instalaciones de Ted en Climatología, Barney me llamó a Eolo y se invitó a sí misma a almorzar. Nos reunimos en uno de los restaurantes de la terraza de las torres de Back Bay.

Era un día cálido, soleado... extrañamente hermoso para ser a principios de noviembre. Desde nuestra mesa junto a la ventana podíamos distinguir las lejanas colinas que marcaban la situación del edificio de Climatología. Barney estaba junto a la ventana, su pelo amarillento captando la luz del sol y enmarcado por el claro y profundo azul del cielo.

- Ted habló con el doctor Rossman a primera hora de esta mañana - dijo después de que encargásemos la Comida -. Conseguirás un contrato para que Eolo nos ayude en las predicciones a largo plazo y en algunas tareas administrativas.

Asentí.

- En realidad, asombraste ayer a Ted continuó ella -, cuando le rechazaste. Jamás esperaba que le gritaras.

- Yo no rechacé a nadie. Sólo me ofendió pensar que esperaba que abandonase Eolo del modo en que él lo hizo. Me pidió que diera la espalda al personal del que soy responsable... con tanta sencillez como si me rogara que le pasase el salero.

Sin darse cuenta, Barney extendió el brazo para coger el salero; luego se contuvo. Ambos reímos.

- Mira, nos tiene bien enseñados a ambos - dije.

- Nos necesita, Jerry - contestó, disminuyendo su risa. Muy seria, añadió: No te enfades con él. Por favor, Jerry, por duro que sea, por favor, no te enfades con él. Trata de recordar que necesita a cuantos amigos posee.

-¿Entonces, por qué pisotea a la gente?

Sacudió la cabeza.

- Es su carácter. Tendremos que aceptarle así. No cambiará.

Comprendí que tenía razón con respecto a Ted. Y supe que nunca podría discutir con ella, tanto si estaba en lo cierto como si se equivocaba.

- Bueno, le aceptaremos tal como es. Pero no tiene que gustarnos. Es un fanático, y los fanáticos son peligrosos.

- Sí, lo sé - asintió ella -. Pero son tan peligrosos para sí mismos como para cualquier otra persona.

* * *

Miami sufrió las consecuencias del huracán. Los lujosos hoteles de Miami Beach estaban oscuros y vacíos mientras los mares invasores y el viento los sacudían, destrozando ventanas e inundando las plantas bajas con una marea tormentosa. Los elegantes automóviles se vieron barridos por el oleaje que sacudió por completo la isla, desapareciendo en su mayoría para siempre dentro del mar. La ciudad de Miami quedó devastada, sus muelles destrozados, sus refugios de la defensa civil atestados por millares de fugitivos. Los aviones se vieron arrancados de sus hangares en los aeropuertos y vagaron como enloquecidos, para estrellarse y quedarse clavados en el empapado terreno. La gente se agrupó durante horas dentro de las casas y edificios, sin tener el consuelo de la recepción de noticias por la radio, sin teléfonos, sin nada que escuchar, excepto sus voces asustadas y la furia aullante del exterior que rompía ventanas, derribaba postes, arrancaba letreros y carteles y, en apariencia, trataba de borrar a la humanidad de la superficie de la zona. Por último, Lydia subió por la península, extendiendo la muerte y la destrucción por todo lo que tocaba.

* * *

Lydia seguía siendo el gran tópico de discusión en toda Climatología a la semana siguiente, cuando visité el taller de Ted. Mi motivo inicial de la visita era para cuidarme del papeleo que conduciría a un contrato entre la División y Eolo. Pasé la mañana rellenando formularios y a mediodía tenía tanto hambre que me

consideré dispuesto a aceptar la comida de la cafetería. Pero Ted y Barney me llevaron a un pequeño restaurante italiano del barrio contiguo.

Volvía otra vez a llover mientras entrábamos en el aparcamiento del restaurante.

- Una tormenta secundaria - murmuró Ted -. Secuela desprendida de Lydia - añadió.

- Fue un buen huracán - comenté mientras corríamos desde el coche hasta la puerta del restaurante -. Miami sufrió grandes destrozos; los daños se calculan en mil millones de dólares.

- Es una vergüenza que no tengamos predicciones a lo largo plazo que indiquen dónde azotará la tempestad - comentó Barney.

Ya estábamos dentro. Ocupamos un reservado y pedimos pizza

-¿Hubiera podido una predicción a largo plazo ayudar a evitar las catástrofes de Miami? Me pregunté en voz alta.

Encogiéndose de hombros, Ted contestó:

- Es difícil precisar con exactitud dónde y cuándo azotará la tempestad. Hay demasiadas variables. Los huracanes son traicioneros... muy sensibles, aun con todo su tamaño y poder.

- Pero un mayor tiempo de aviso habría ayudado a la gente. a que se preparase para enfrentarse a la tormenta

- sugirió Barney.

- No me interesan los avisos - gruñó Ted -. Quiero cortar por lo sano esas tormentas. No hay nada peor que saber dónde van a atacar, pero sentirse incapaz de hacer nada por evitarlo.

Miré por la ventana del restaurante a la lluvia que caía.

- Parece que se prepara un viento del noreste.

Eso le hizo sonreír.

- Pareces un verdadero yanki. Pero tienes razón. Vamos a tener mal tiempo.

Después de aquello, llegó la "pizza" y cuando casi nos la habíamos terminado, Barney preguntó:

-¿Qué pretende hacer ahora el doctor Rossman, puesto que ya terminó con la sequía?

Ted puso cara de vinagre.

- Te diré lo que no va a hacer: controlar el tiempo. Quiere que nosotros repasemos y volvamos a repasar todo lo de la sequía, en el hemisferio norte completo, durante los próximos seis meses. Dice que desea asegurarse que no hemos causado ningún daño. No es más que otra de sus tácticas dilatorias.

Mientras yo luchaba con una porción pegajosa de queso que quedaba encima de mi rebanada de "pizza", Ted prosiguió:

- Se opone a cualquier otro trabajo de modificación; le da un pánico mortal cualquier cosa nueva.

Ya estamos otra vez, pensé.

- Sin embargo para mantenerme tranquilo - continuó - cede en lo de las predicciones a largo plazo. Nos permite que las enviemos por las redes del Departamento de Meteorología siempre y cuando nos ciñamos a una base experimental. Las predicciones no serán públicas, pero los aficionados de toda la nación empezarán a compararlas con lo que ocurre en realidad. Por eso necesitamos a Eolo, viejo camarada yanki. Tenéis que empezar a emitir predicciones para toda la zona continental de los Estados Unidos.

- Ese es un gran encargo - murmuré desde detrás de mi pedazo de "pizza".

- Demasiado grande para que lo resuelva Climatología, a menos que Rossman consiga permiso para doblar su personal cosa que no intentará. Es mucho más fácil conseguir un contrato que despedir a un centenar, poco más o menos, de empleados del gobierno.

- Gracias por darme ánimos.

Soltó una carcajada.

- Escucha. Tenemos que descubrir una manera de hacerle que acepte más trabajo del control del tiempo. ¡Y sin conseguir que me vuelva a despedir!

- Eso sería una mala nota en tu hoja de servicios como empleado - no pude evitar decirle.

Barney intervino antes de que Ted replicase.

-¿Qué es lo que estabas pensando, Ted?

- Todavía no es seguro. Pero hemos de hacer algo que obligue a Rossman a dar el paso siguiente. De otro modo permanecerá sentado donde está. Seguro y respetado, y contemplando su medalla.

-¿Tienes ideas? - pregunté.

- Un par - contestó, mirando la continuada lluvia.

Amigos de Nueva York me han hablado de que corren rumores de que la cúpula de Manhattan tiene dificultades en el problema de la contaminación del aire. Quizá puedas echar un vistazo a eso, Jerry. Rossman daría saltos hasta el techo si supiese que yo había intervenido.

"Y hay un comandante de la Fuerza Aérea que va a venir a verme esta tarde, para hablar del control del tiempo y los problemas militares. Quizá sea la clase de camino que podemos tomar para poder poner en marcha el verdadero proyecto.

- Jamás se me ocurrió que hubiesen usos militares en el control del tiempo - dije.

- Es algo que hay que meditar. ¿Por qué no te quedas aquí esta tarde? Podría ser distraído.

Volví con ellos a Climatología. El despacho de Ted estaba pegadizo y se podía oír como la lluvia tamborileaba contra el tejado metálico. Hacia fresco y Ted conectó la estufa eléctrica cercana a su escritorio y luego se sirvió café y me lo sirvió a mí. Barney había vuelto a la sección de computaciones.

El comandante Vincent llegó mientras estábamos tomando - café. Era un hombre regordete, no demasiado alto y casi por completo calvo. Pero su rostro redondo tenía un aspecto juvenil, casi infantil.

- Pertenezco a la División de Tecnología Extranjera - dijo el comandante después de que Ted le hiciese sentar y le entregase una taza de café -. Nuestra tarea principal es mantener informada a la Fuerza Aérea de lo que están haciendo las demás naciones en diversos campos técnicos.

-¿Como por ejemplo, el control del tiempo? - preguntó Ted, sentándose tras su escritorio.

- Bueno, quizás. Ahora mismo DTE se interesa oficialmente en cómo pueden predecir el tiempo las otras naciones y quizás efectuar modificaciones en pequeña escala... Despejar las nieblas en torno a un aeropuerto y esa clase de cosas.

- Pero ustedes se preocupan por si los rojos son capaces de manipular en nuestro clima... Por lo menos, deberían preocuparse.

El mayor se agitó incómodo en la silla.

- Claro que me preocupa eso. Y no sólo por los rojos. Cualquier nación que pueda controlar el tiempo tiene un arma tan poderosa como un ICBM.

Ted se levantó y fue hasta la pizarra que quedaba tras el escritorio.

- Jerry ya oyó esta conferencia... Son mis palabras clásicas sobre lo que ustedes necesitan para el control de tiempo.

Y se lanzó a su rutina acerca de la teoría de la turbulencia, las predicciones a largo plazo, las fuentes de energía etcétera. Mientras hablaba, el comandante Vincent sacó de la guerrera una pequeña agenda de notas y empezó a escribir en taquigrafía.

Cuando terminó, el comandante cerró la agenda. Ted había llenado la pizarra de palabras, diagramas y ecuaciones.

- Eso es lo que necesitamos - dijo el comandante -. Si sabemos qué buscar, podemos decir lo que ocurre en otros países.

- Sin convocar a los espías - añadió Ted.

- La DTE no interviene en los asuntos de espionaje.

- No en público - murmuró Ted.

El comandante decidió cambiar de conversación.

- Tenemos, por ejemplo, ese huracán que asoló Florida...

- El Lydia.

- Sí. Bueno, ¿pudo haberse formado artificialmente? ¿Pudo ser conducido de manera deliberada para que pasara por los Estados Unidos?

Ted se encogió de hombros.

- Es posible. Aún no sabemos cómo hacerlo, pero quizás otra nación esté más adelantada que nosotros.

Sacudiendo la cabeza, el comandante dijo:

- Cuando más pienso en ello, más importante me parece. Supongamos que esa sequía que ustedes vencieron fuera obra de una potencia enemiga... Oh, con el

control del tiempo ustedes podrían hacer que un país doblara las rodillas aun sin saber que le estaban atacando!

- Jamás pensé en esa posibilidad - contestó Ted.

- Supongamos que un enemigo puede controlar nuestro tiempo - murmuró el comandante, yendo hasta la pizarra -. Cada vez que llueva, me pondré nervioso.

- No creo que haya nadie lo suficientemente adelantado para conseguirlo - dije.

- Quizás no - el comandante borró el trabajo de Ted de la pizarra. Luego dio un paso atrás y miró a las débiles imágenes todavía visibles. Tomó un pedazo de tiza y las rayó de manera que quedaron completamente ocultas; luego volvió a dejar limpia la pizarra.

- Bien - dijo -. Se borró. Es una costumbre que se adquiere cuando se trata con información clasificada.

- Aquí no hay nada clasificado - dijo Ted.

- Pues quizá debía haberlo.

Frunciendo el ceño, Ted preguntó:

-¿Pretende clasificar el tiempo?

- No, creo que no. Pero el control del tiempo es otra cosa.

No comprendí lo serias que eran aquellas palabras del comandante hasta que transcurrió un par de semanas y Eolo se vio invadido por una brigada de inspectores de Seguridad del Gobierno. Su tarea, como me explicó el jefe, era asegurarse de que el laboratorio era una entidad completamente segura para conservar documentos que pudieran ser clasificados como secretos.

- Pero es que nosotros no hacemos ningún trabajo clasificado - protesté.

- La Fuerza Aérea nos pidió que viniésemos aquí - dijo, mostrándome una hoja amarilla de aspecto oficial -, para investigar en los Laboratorios de Investigaciones Eolo y dar el visto bueno calificándole apto para conservar secretos. Todo el personal será investigado también.

-¿Qué significa eso?

- Significa que si usted ha contratado alguna persona a la que no se le puede dar el vistobueno para manejar secretos, tendrá que ser trasladada a un edificio separado o despedida.

- ¡Pero si no hacemos ningún trabajo secreto!

Volvió a agitar la hoja amarilla.

- Según la Fuerza Aérea, lo harán.

Los inspectores metieron las narices por todas partes, buscaron la situación de escritorios para la vigilancia, colocaron cerraduras en los archivadores, ordenaron que nos proveyésemos de papeleras especiales para echar el material inútil clasificado y me explicaron que la muchacha que estaba encargada de la biblioteca tendría que sellar, almacenar, distribuir y mantener un registro de los documentos clasificados.

En medio de todo aquel jaleo, llamé por teléfono a Ted.

- Iba a llamarle yo - me dijo. ¿Tienes encima de ti a los agentes de Seguridad?

- Por toda la casa.

- Sonrió

- Cerraron el escritorio de Rossman mientras estaba almorzando. Necesitó una hora para conseguir la llave. Se puso púrpura.

-¿Es necesario todo esto? - pregunté.

- Me lo imagino, si es que vamos a trabajar para la Fuerza Aérea.

Precisamente entonces Tuli, el tranquilo Tuli, entró hecho una furia apareciendo en la pantalla, los puños crispados y los ojos llameando. Barney iba detrás de él, a punto de llorar.

-¿Qué sucede? - preguntó Ted.

Sin decir palabra, Tuli le entregó un pedazo de papel amarillo. Ted lo examinó y su cara se descompuso con un ceño de cólera.

- ¡Mira esto!

Mantuvo el memorándum ante la pantalla:

PUESTO QUE A LOS CIUDADANOS DE ORIGEN EXTRANJERO SE LES IMPIDE EL ACCESO A LA INFORMACION CLASIFICADA, ES NECESARIO SUSPENDER A P. O. BARNEVELDT Y A T. R. NOYON INDEFINIDAMENTE, MIENTRAS DURE LA INVESTIGACION DE SEGURIDAD.

XIV

VIENTO AMARGO

Me quedé mirando al papel amarillo, intentando pensar qué es lo que debería hacer primero.

- Déjame que llame al comandante Vincent - dije -. Quería hablarle de cualquier forma de lo que está ocurriendo aquí, en Eolo.

- Le llamaré yo - dijo Ted, con los labios apretados.

- No, será mejor que no lo hagas - comprendí que después de decir tres palabras al comandante, Ted se pondría a gritar -. Hablaré con él y te llamaré a ti.

Conseguir que el comandante se pusiese en el teléfono no fue fácil. Había abandonado la base de Ohio de la División Tecnológica Extranjera y ahora estaba destinado en Washington.

- Me han trasladado a un grupo especial - dijo cuando por fin le localicé -. Estamos poniendo en marcha un proyecto de control del tiempo. El equipo de Marrett y el suyo podrán ayudarnos.

Le expliqué el alboroto creado por Seguridad en Climatología y Eolo. El comandante Vincent me miró con simpatía, pero también con aire de no poder hacer nada.

- Ya sé que no trabajan en ningún género clasificado en su Laboratorio todavía. Pero tenemos que asegurarnos de que podrán manejar material secreto cuando llegue el momento. Lo que ocurrirá pronto, créame.

-¿Pero qué hay de los dos ayudantes más íntimos de Ted, que han sido suspendidos? - pregunté -. Eso perturbará su trabajo.

Parecía sinceramente desgraciado.

- Luché sobre eso con el personal de Seguridad aquí, antes de que enviaran la orden. Créame, ha peleado toda una semana. Pero tienen normas y reglamentos que les amparan. ¡Ojalá hubiese algo que pudiese hacer para ayudarle, pero tengo las manos atadas!

- Ted va a salir disparado como un cohete de cinco etapas - dije. No trabajará para ustedes a menos...

- Tendrá que trabajar para nosotros - repuso el comandante. Escuche, yo soy tan condescendiente como cualquier hijo de vecino, pero este proyecto no va a depender de un solo hombre. Si Marrett no puede soportar los reglamentos de Seguridad, pondremos a otra persona al frente de su taller en Climatología y le despediremos.

-¿Quiere decir que no se puede hacer nada absolutamente? Esas personas no han obrado mal y se quedarán sin empleo. ¡Eso no es noble!

- Bueno, quizá se pueda hacer un trato con la chica. Tiene documentos que prueban su ciudadanía, según lo dicho por el personal de Seguridad. Y su país nativo es aliado nuestro. Pero el otro individuo es de Mongolia. No son amigos.

- Pero tampoco enemigos - respondí.

El comandante Vincent alzó las manos en un gesto que quiso decir "hice cuanto pude".

Ted hirvió de cólera al contarle la oferta del comandante.

- Así que permiten que Barney se quede. ¿Qué tiene de malo Tuli? ¿La Fuerza Aérea teme que forme parte el peligro amarillo?

- Parece que lo que temen es la amenaza roja. - Mongolia, oficialmente, es una nación socialista.

- Amenaza roja, peligro amarillo... únelo todo y tendrás una masa anaranjada - no lo decía en plan de chiste -, ¿y qué hacemos, embarcamos a Tuli de vuelta a Mongolia dentro de un cajón?

- Oficialmente está suspendido - comenté -, ¿pero por qué no puede trabajar temporalmente para Eolo? Sólo hasta que este lío se aclare. Podemos instalarle en un despacho particular, cerca de nuestro edificio.

Ted meditó un momento.

-¿Quizá resultará. Existe el problema de la polución del aire en la Cúpula de Manhattan. Tuli podría ayudar a resolverlo. Lo haría como empleado de Climatología, pero no es posible, por culpa de Rossman. Claro que siendo miembro de Eolo...

Asentí.

- Prepararé los papeles en seguida. Tuli puede ingresar en nuestro equipo como consejero eventual.

- De acuerdo - asintió Ted -. Pero toda esta operación militar es errónea de cabeza a rabo. Estoy pensando en el asunto. Si van a manejar el control del tiempo como un arma secreta, toda la idea se va a ver sofocada por dificultades.

* * *

El viento había recorrido largo trecho. Cosa de tres semanas antes fue frío, una ráfaga seca que nacía en la tundra de Siberia mientras las heladas de noviembre marchaban hacia el sur, cruzando el lago Baikal. Sopló hasta el amplio Pacífico, arrancando humedad del mar. El viento del oeste invadió América en un frente de mil trescientos kilómetros de amplitud, haciendo que los agricultores de California adoptaran medidas para impedir las heladas que por indicarían la última etapa del fruto en sazón. Cuando ascendió por las Rocosas, el viento dejó caer la primera lluvia; luego, un manto de nieve de más de un palmo de espesor mientras entregaba así la humedad capturada. Volvió a ser un viento seco cuando descendió por la otra ladera de las montañas y cruzó el desierto del suroeste. Se curvó hacia la Costa del Golfo, adquirió algo más de vapor de agua y, guiado por la corriente en chorro, se precipitó hacia el norte en Nueva Inglaterra. Para cuando llegó a Boston se había enfriado hasta el punto de la escarcha y roció toda la zona con una fina polvareda de nieve. Los niños, encantados, bajaron a las bodegas o subieron a los desvanes para buscar sus trineos y patines. Los adultos, malhumorados, se dirigieron a sus garajes, murmurando algo acerca de los neumáticos para la nieve y los inviernos de Nueva Inglaterra.

* * *

Jim Dennis llamó poco antes del Día de Acción de Gracias y nos invitó a los cuatro para que pasásemos la tarde del día de fiesta en su casa.

- Quiero presentarles a alguien - dijo -, que está interesado en sus problemas con el proyecto del tiempo del Pentágono.

Sorprendido, dije:

- No sabía que estuviera enterado. Se supone que el proyecto es secreto.

- Pues se asustaría al enterarse de lo que sabe un congresista - respondió, con una pícaro sonrisa.

Me llevé a Barney, Ted y Tuli a Thornton para la cena del Día de Acción de Gracias y, luego, fuimos todos en coche a casa de Dennis. Empezó a nevar cuando nos acercábamos a Lynn.

- En la hora exacta - dijo Ted, consultando su reloj de pulsera -. Este año tendremos un invierno con mucha nieve. -

La hacienda de Dennis estaba llena de niños, amigos, correligionarios políticos, solicitantes de votos y vecinos. Jim iba de aquí para allá entre su despacho y la sala de estar, que quedaban separados por el vestíbulo principal de la casa. La sala de estar se hallaba atestada de adultos con mente política de una especie u otra. Problemas comerciales. Nosotros encajábamos en esa categoría, pero la señora Dennis nos llevó primero a remolque, presentándonos a todos los del comedor, en donde se servía el principio de un segundo turno de la cena del Día de Acción de Gracias, y nos acomodó en la cocina.

Se encargaba de los niños y de los adultos no políticos. El comedor, la cocina y todas las zonas de juego eran su dominio. De alguna forma logró mantener a todos felices y alimentados y a los niños distraídos de manera inofensiva, mientras permanecía con un aspecto tranquilo y nada agitado, Barney la contempló impresionada.

- Pueden colocar sus abrigos en la mesa de la estufa - dijo, señalando a un antiguo ejemplar de estufa de las que 'empleaban madera para quemar--. Jim estará acepado un ratito. ¿Quieren cenar algo? ¿Qué les parece sidra y pastel de frutas? ¿O algún dulce?

Todos declinamos excepto Ted, que siempre tenía sitio en su estómago para las golosinas. Pudo ser una media hora lo que permanecemos de pie en la cocina con una banda de desconocidos y de niños, pero la señora Dennis logró conseguir que nos sintiésemos como en nuestra casa. Nos conocía a todos por el nombre propio y pronto empezamos a hablar del tiempo... y de lo que podíamos hacer con él.

Ted estaba ya alcanzando su andadura normal en esta clase de conversaciones cuando entró Jim, con las mangas de la camisa arremangadas, la corbata floja, sonriendo feliz.

- Los días de fiesta son aquí a veces bastante confusos - nos dijo -. Lamento que no hayan podido venir para la cena. Sin embargo, creo que he comido pavo por todos ustedes.

- Hablábamos de nieve - dijo la señora Dennis -. Ted cree que va a detenerse la nevada dentro de una hora, poco más o menos.

Jim soltó la carcajada.

- Ted no lo cree. Lo sabe.

- Eso espero - repuso Ted.

- Está bien - indicó el congresista -, así que no hay que molestarse en sacar palas y ponernos las botas. Ahora, ¿qué les parece a ustedes cuatro si vienen a un extremo mas tranquilo de la casa? Y, Mary, ¿podrías servirnos más café?

- Durante los días de fiesta la única vez que te veo - dijo ella -, es cuando tienes hambre o cuando tienes sed.

- Los políticos llevan una vida muy dura.

El despacho del congresista era pequeño pero sorprendentemente tranquilo.

- Las paredes son a prueba de ruidos - nos dijo -. Con cinco niños y sus amiguitos siempre por la casa... o lo hacia así o me volvía loco.

Señaló con un gesto las sillas. Yo elegí una mecedora. Tres paredes del despacho estaban cubiertas de estanterías; la cuarta tenía un par de ventanas con diversas fotografías enmarcadas entre ellas.

Después de que la señora Dennis trajera el café y nos sirviésemos, Jim comenzó:

- El comité de Ciencias va a empezar en enero sus discusiones sobre el trabajo del Departamento de Meteorología. Naturalmente que la idea de ustedes sobre el control del tiempo se convertirá en la gran noticia.

- Eso es sí...

- Aguarde, hay más. El Pentágono ha estado ejercitando sus influencias para poner en marcha su proyecto. Su obra será secreta, si logra adelantarse al Congreso y a la Casa Blanca. Mientras, no es un secreto el que busquen un proyecto para controlar el tiempo. L3 noticia corre por todo Washington y podría convertirse en un balón político de primera clase. Claro que...

Sonó el timbre de la puerta. Jim dijo.'

- Creo que se trata de nuestro misterioso invitado.

Fue hasta el vestíbulo y saludó a un hombre que acababa de entrar por la puerta principal.

- Me alegro de que pudiera venir - le oímos decir -. Deje su abrigo en la mesa del teléfono y entre. Todos están ya

Reconocimos al hombre que entró en el despacho, identificándolo como el doctor Jerrold Weis, Consejero Científico del Presidente. Era pequeño, ligero, con una voz muy nasal; Parecía en persona más curtido que en televisión. Su apretón de manos fue fuerte y su mirada penetrante.

Tras las presentaciones, el doctor Weis ocupó mi mecedora. Yo encontré punto de apoyo en el alféizar de la ventana.

- Así que ustedes - son los jóvenes genios - dijo el doctor Weis, sacando una pipa del bolsillo de la chaqueta - que acabaron con la sequía.

- Y que quieren controlar el tiempo - corroboró Jim Dennis---. Cuéntaselo, Ted.

Se necesitó un par de horas y unas cuantas ecuaciones en la libreta de notas del congresista para explicar las cuestiones técnicas al doctor Weis. Ted vagó sin cesar por a pequeña habitación mientras hablaba, conformando las ideas con las manos, recorriendo toda la historia de las predicciones a largo plazo, Investigaciones Eolo, la sequía y el proyecto del comandante Vincent.

El doctor Weis fumó pensativo, en pipa, mientras escuchaba.

Creo que hay un punto claro - dijo el Consejero Científico cuando Ted, por último, se detuvo -. A menos que actuemos para impedirlo, habrá un programa militar clasificado sobre control del tiempo antes de un año.

Ted asintió.

- Y un programa militar clasificado - prosiguió el doctor Weis -, dominará todo el campo entero de la investigación. El Congreso no querrá apoyar a dos o tres agencias distintas del Gobierno para que hagan el mismo trabajo. Si el Pentágono consigue poner en marcha primero su programa de control del tiempo, obligarán a todos los demás a trabajar según sus condiciones.

-¿Y eso será tan terrible? - preguntó Barney.

Fue Ted quien contestó.

- Ya han causado dificultades para Tuli y para ti. Una vez empiecen en realidad, el manto de Seguridad caerá sobre todos. Los trabajos tendrán como meta utilizar el agua como arma. Se les impulsará a hacer cosas que produzcan un gran efecto; investigar y todo lo demás tendrá que rendir beneficios que comprendan los altos jefes militares.

- No es la manera adecuada de realizar esta clase de trabajo - afirmó el doctor Weis -. El control del tiempo podría ser una herramienta poderosa para la paz. Si se hace de él un proyecto militar, otras naciones empezarán a destacar sus aspectos militares, también. Podríamos acabar haciendo el control del tiempo un motivo de guerra... fría o cálida.

- Pero el Pentágono posee una necesidad legítima de estudiar el control del tiempo dije---. Hay aspectos militares en la situación.

-¡Pues claro que los hay! - exclamó el doctor Weis, asintiendo vigorosamente. Y el comandante Vincent y su gente realizan su trabajo lo mejor que pueden... para ellos. Sin embargo, a mí me interesa una imagen mayor... La que incluye las necesidades militares y todas las otras necesidades de la nación.

-¿Pero cómo detener al Pentágono? - preguntó Ted.

El doctor Weis se sacó la pipa de la boca.

- No lo haremos. Por lo menos, no directamente. El único modo de impedir que se apoderen de esta idea es ir al Congreso con una idea mejor y mayor.

-¿Mayor?

Jim Dennis sonrió.

- Entiendo. Decirle al Comité de Ciencia algo sobre un gran programa no militar que no tendría la catalogación de clasificado, que sería espectacular y que podría acarrear a los congresistas una gran publicidad en sus distritos electorales.

Asintiendo, el doctor Weis dijo:

- Exactamente.

- Un gran proyecto - murmuré yo.

- Espectacular - añadió Ted.

- Y tienen ustedes desde ahora hasta la segunda semana de enero para imaginarlo - nos indicó Jim Dennis.

Ted, literalmente, se encerró en su habitación de Climatología durante las siguientes semanas, mientras Tuli se instalaba en su despacho particular cerca de Eolo. Ted buscaba furiosamente un proyecto espectacular que presentar al Congreso. Tuli no deja de ir de Eolo a la Cúpula de Manhattan y viceversa, tratando de averiguar por qué la "isla de aire acondicionado" padecía contaminación de aire.

Mientras, yo me mordía las uñas temiendo las próximas reuniones del Congreso, el visto bueno de Seguridad para Tuli y todo lo demás. Ahora el invierno se había instalado en serio, muy abundante en nieves, como predijo Ted, y amargamente frío. Pensé con tristeza en las islas de Hawai cada vez que tuve que salir al exterior.

Poco antes de Navidad, el comandante Vincent vino y nos invitó a ir a la Base de la Fuerza Aérea en Hanscom, en donde se encontraba de visita por unos cuantos días. Su tono parecía misterioso.

Era un día gris y muy frío cuando conduje el coche hasta Climatología para recoger a Ted. Luego, juntos, nos dirigimos a la base Aérea. El comandante nos recibió en la puerta y nos condujo hasta la línea del cercado de una de las pistas de cinco kilómetros de longitud. Aparcamos y nos apiñamos en el coche mientras iba disminuyendo el calor producido por la calefacción.

-¿Qué es lo que tendremos que ver? - preguntó Ted.

Aguarden un momento; estará aquí pronto.

Un policía del aire, con casco y arma al cinto, se acercó para inspeccionarnos. Cuando vio al comandante, le saludó militarmente.

Una capa gris de nubes había bloqueado el sol y un viento crudo soplaba desde las distantes colinas, sin ninguna obstrucción al cruzar aquel campo de aviación tan extenso. El viento y la humedad hacían que todo pareciera más frío de lo que era en realidad y el humo de la estación generadora de energía de la base aérea parecía casi congelado en el aire frígido y pesado.

-¿Qué es esto, una prueba de resistencia? - Gruñó Ted.

Luego vimos un avión por los aires.

- ¡Aquí viene! - el comandante Vincent saltó del coche.

Cuando le seguimos, señaló un puntito lejano que acababa de cruzar las nubes. Rápidamente fue creciendo hasta alcanzar las dimensiones sólidas: un avión que circundó el campo una vez, dos, y que luego se preparó para abordar la pista.

- Inmenso - dijo Ted mientras el aparato se deslizaba por los aires.

Ahora pude distinguir su tren de aterrizaje con múltiples ruedas bajo el fuselaje. Durante un momento pareció perder en mitad del aire, como si no tuviera ganas de volver a la tierra. Luego sus neumáticos chirriaron en la pista y marchó hacia nosotros.

Ted se equivocaba, no era grande. Era inmenso. Un reactor de seis turbinas, de alas rectas, que se cernía gigantesco mientras se trasladaba hacia la línea de vuelo en donde estábamos nosotros, los reactores chirriando dolorosamente en nuestros oídos. Parecía un avión trasatlántico cuyas alas se hubieran desarrollado en exceso. La cola quedaba a una altura inconcebible con respecto a nosotros; el

fuselaje parecía lo bastante grande para contener a toda la flota de autobuses de una ciudad.

- Es completamente nuevo - el comandante Vincent prácticamente hervía de entusiasmo -. El primero de una serie reciente. Es un vuelo inaugural... le llamamos Dromedario.

Ted se encogió de hombros.

-¿Una joroba o dos?

- Ninguna joroba. ¡Y tampoco tripulación! Eso interesó a Ted.

-¿Aterrizó de manera automática?

- Cierto. Es la primera vez que se posa en el suelo en tres días. Ha estado volando en vuelo automático setenta y dos horas. A propósito, esto es información clasificada. No se la comuniquen a nadie que no tenga el visto bueno de seguridad.

-¿Y qué tiene que ver con...? --comencé a preguntar.

Pero Ted se me adelantó.

- Podría convertirse en un avión-observatorio meteorológico no tripulado... en muchos aspectos mejor que un satélite, porque vuela a través del aire que se quiere medir, en lugar de pasar por encima. Podría tomar las temperaturas, las presiones, la humedad, el total.

Ahora contemplaba el enorme aparato con admiración.

-¿Cuánto tiempo ha estado fabricándose? ¿Podríamos entrar y echar un vistazo? ¿Qué instrumentos han puesto en él? ¿Qué hay de...?

El comandante levantó las manos.

- Está bien, está bien, suban a bordo y examínenlo. Originalmente no fue creado para observación meteorológica, pero parte de nuestros jefes cree que podemos adaptarlo a esa misión.

- ¡Estupendo! - Ted estaba radiante mientras nos dirigíamos hacia la escotilla delantera del avión -. Y podría llevar suficiente material de siembra para misiones modificativas.

- No había pensado en eso - dijo el comandante Vincent -. Pero quería que viesen el avión. Trabajar con el Pentágono no sólo son dificultades y molestias.

Ted me miró de reojo y me imaginé que pensaba en la reunión con el doctor Weis. Sin embargo, como excepción, guardó silencio.

Aún permanecía silencioso mientras volvíamos, al caer la tarde, hacia Boston.

- Parece ser que el Pentágono se mueve muy deprisa en su proyecto del tiempo - dije.

Ted asintió.

- Demasiado. Se necesitará algo en verdad grande para quitarles la pelota.

Sin apartar los ojos de la serpenteante línea de luces rojas que se extendían en la carretera delante nuestro, pregunté:

-¿Tienes alguna idea de lo que...?

- Huracanes - dijo Ted, más para sí que para mí---. Es la única manera de detener a Vincent.

-¿Qué?

- Tenemos que proporcionar a Weis un gran programa que lleve el asunto del control del tiempo a la primera página de los periódicos y que deje boquiabierto al Pentágono impidiéndole toda acción. Los huracanes servirán. Vamos a detener los huracanes.

XV

SISTEMAS DE PRESION

Los huracanes eran el objetivo y Ted puso a contribución hasta el último gramo de su energía para elaborar un programa de detención de los huracanes para el doctor Weis. Durante todo aquel nevado diciembre apenas vimos a nuestro amigo. Barney tuvo que sacarle de su escritorio para que pasase el día de Navidad con nosotros en Thornton.

Tuli, mientras, encontró la clave del problema de la contaminación del aire de la Cúpula de Manhattan. La Cúpula había creado una inversión de temperatura dentro de sí misma: el aire cálido, atrapado en lo alto, impedía que los humos de los automóviles y de otras máquinas subieran lo bastante por encima del nivel de la calle para que los extractores de la Cúpula lo sacaran y purificaran el ambiente contaminado.

-¿Y cómo solucionarán eso? - le pregunté cuando me explicó el problema con detalle.

- No será muy difícil, ahora que saben en qué consiste la dificultad - dijo Tuli -. Probablemente instalarán ventiladores de succión a nivel de la calle para sacar el humo antes de que adquiera proporciones notables.

- Eso costará millones.

- Supongo que sí - contestó impasible -. Es una lástima que hayan construido la Cúpula. Dentro de unos pocos años más, Ted quizás esté dispuesto para acondicionar el aire de toda la nación... sin cúpulas de plástico.

Eolo ganó mucho dinero con el trabajo de Tuli y él parecía complacido con su misión de consejero. Pero ahora apenas tenía trabajo. Suspendido por Climatología, sin hacer nada en Eolo, empezó a trabajar por las noches con Ted en la idea de los huracanes.

Días antes de que terminase el año, Ted me llamó y me pidió que fuese a su apartamento después de cenar. No me sorprendió encontrarme a Barney recorriendo la nevada calle cuando me aproximé a la casa.

Tuli, claro, ya estaba allí, montando a horcajadas en una silla de la cocina, los brazos cruzados sobre el respaldo y su barbilla descansando en las mangas. Parecía un jinete mongol meditativo. Ted paseaba inquieto por la atestada y pequeña habitación.

- Me alegro de que vosotros hayáis venido - dijo mientras nos quitábamos los abrigos y los dejábamos en una silla -. Quería explicaros esta idea antes de contársela a Weis.

Barney y yo ocupamos el maltrecho sofá.

- Somos todo oídos - dijo.

Ted le sonrió.

- Está bien - murmuró, sin dejar de pasear -, allá va. Hay dos formas de detener un huracán: disolverlo o mantenerlo en el mar, lejos de la costa. Hasta ahora, todos los investigadores de huracanes han tratado de romper las tempestades... disiparías, destruyendo sus equilibrios energéticos...

- Trataron de sembrar las tormentas, ¿verdad? - pregunté.

- Cierto. Pero es como echar bolas de nieve a un iceberg. Toda la siembra del mundo no haría mella en un huracán adulto.

- Incluso hay pruebas de que el huracán absorbe las energías de la siembra - afirmó Barney.

Tuli asintió.

- Y las emplea para aumentar también el poder total de sus vientos.

- Entonces no se puede disipar los huracanes - dije.

- Correcto. Son excesivamente grandes para nosotros, tienen demasiada energía. Seguirán soplando hasta que las fuerzas naturales los destruyan... y no podemos competir con los recursos de energía naturales, ni soñarlo. Así que, como no podemos utilizar los músculos, tendremos que emplear nuestros cerebros.

Hizo una pausa; luego...

- Si supiésemos bastante sobre huracanes... sus senderos exactos, las distribuciones de su energía, y otras cosas... podríamos preparar sistemas de tiempo que mantendrían a las tormentas mar adentro. Es un asunto pejiguero y no sabemos todavía cómo hacerlo. Predecir el camino que seguirá una tormenta es duro... hay una gran cantidad de efectos secundarios, terciarios e incluso cuaternarios. Una caída de presión sobre Chicago podría ser la diferencia que existe entre un impacto directo en Hatteras o un fallo completo en toda la costa marina.

- Pero nos acercamos al punto en donde podremos predecir los rumbos de la tormenta - objetó Barney.

- Sí, pero aún no hemos llegado allí. Así que intentaremos otro truquito. Disipar la tormenta antes de que se convierta en huracán. Incluso antes de que sea una verdadera tormenta... Estrangularía en su nacimiento, mientras es todavía una perturbación tropical.

-¿Puedes hacerlo? Ted asintió.

- Creo que Tul y yo hemos calculado su posibilidad.

- Cuenta a Jerry toda la historia - indicó Tuli -. Hay docenas de perturbaciones tropicales para cada huracán que llega a desarrollarse. Debemos destruir cada perturbación o arriesgarnos a dejar que alguna de ellas se conviertan en huracán...

- Podemos predecir cuál de estas perturbaciones progresará - dijo Ted.

-¿Con cuánta exactitud? ¿Cincuenta por ciento? Aún así habría de modificarse el doble de perturbaciones que de tormentas. Los costos serían una cifra astronómica.

- ¡Sin comparación con el daño que un huracán causa cuando azota!

- Sí - dije -, contra ese coste tenéis que luchar.

- Ese es el núcleo de la idea: atacar la perturbación tropical, impedir que se convierta en huracán. Pero únicamente atacar a las que pueden convertirse en grandes tormentas y sólo si su camino tormentoso parece que se acercará a la costa.

"Mientras, aprenderemos cómo preparar los sistemas del tiempo que impidan que los huracanes se acerquen a las costas. Cuando terminemos, deberemos molestarnos con acabar con las perturbaciones... - y entonces ya sabremos cómo controlar el tiempo lo bastante bien para mantener los huracanes en el mar.

Permanecimos sentados durante un momento, dirigiendo la idea en total silencio, mientras Ted se quedaba plantado en mitad del piso, los puños clavados firmemente en las caderas, con el aspecto del campeón mundial que se atreve a desafiar a quien levante la cabeza.

Discutimos hasta que el cielo empezó a iluminarse. So nos presentó un millón de problemas, un millón de preguntas sin respuesta. Pero todo estaba decidido y todos los esfuerzos que hicimos para obligarle a darnos las soluciones sirvieron para reforzar su punto de vista, cosa que utilizaría más tarde con el doctor Weis.

Llevé a Barney a su apartamento.

- Me intriga esta idea - dijo -. Tiene más valor de publicidad que de ciencia.

-¿A qué te refieres?

-A acabar con las perturbaciones tropicales... se trata de una fuerza bruta. Es sólo lo que Ted ideó para dejar que el doctor Weis empiece un proyecto civil sobre el control del tiempo, en lugar de permitir que el comandante Vincent consiga poner en marcha su proyecto militar. ¿Así se escribe la historia? ¿Preparando proyectos de ensueño?

- No contesté. La historia la hacen los hombres y las mujeres en particular que realizan hechos. A veces tienen razón y otras se equivocan. Pero son los hechos los que constituyen la historia.

* * *

Los bancos de nieve se amontonaron altos en las ciudades y tomaron un color parduzco y se pudrieron, hasta que la nieve reciente volvió a blanquearlos. La primera semana de enero dio unos días de calor temporal, pero luego las masas de aire del norte, las altas presiones, entraron en silencio en Nueva Inglaterra. Señalado sólo por una breve nevada, el Anticiclón del norte era apenas más frío que el aire que desplazó. Pero era seco y sin nubes, denso e inmóvil. Aquella noche las estrellas contemplaron un panorama medio congelado mientras que el calor del día se irradiaba del suelo y se alejaba perdiéndose en el espacio, obligando a los termómetros a bajar por debajo de cero. Al llegar la mañana había hielo en donde surgiera escarcha el día anterior y la gente, que sonrió al pensar en la venida de la próxima primavera, sacudió la cabeza y se dio prisa en volver a reaprevisiónarse para combatir las nieves.

* * *

Ted era como un tigre enjaulado cuando empezaron las sesiones del Congreso. El doctor Weis había aceptado la idea de acabar con los huracanes sin demasiados comentarios, apenas diciendo que "la haré revisar por mis comités-consejeros". Mientras, él y Jim Dennis aconsejaron a Ted previniéndole que no se presentase en las sesiones.

- La mayor parte de los miembros del comité - nos dijo Jim - se mostrarían recelosos ante un joven y brillante genio. Resulta difícil admitir que alguien que es más joven que uno mismo, pueda ser mucho más listo.

Ted aceptó de mala gana, pero yo decidí vigilarlo con atención y solicité la ayuda de Barney y Tuli.

Las sesiones del Comité empezaron con el comandante Vincent y su personal explicando la necesidad de un proyecto de control del tiempo militar. La prensa les dio una tremenda publicidad y las sesiones aparecieron cada mañana en televisión. Mientras, el doctor Weiss dio la noticia de que la idea de acabar con los huracanes había recibido el visto bueno de sus consejeros con las notas más favorables. Sugirió que el doctor Barneveldt atestiguara ante el Comité Congresional sobre el asunto. Y así Ted no tuvo más remedio que instruir brevemente al doctor Barneveldt sobre THUNDER ("TRUENO").

Es un misterio quién bautizó la idea con el nombre de THUNDER, un misterio que probablemente jamás resolveremos. Alguien, en el laberinto de personas de Washington, metido en los comités, tuvo la gran idea; esas palabras eran las letras. Iniciales de "Threatening Hurricane Neutralization, Destruction and Recording" (Destrucción, Neutralización y Registro de la Amenaza de los Huracanes). Ted murmuró algo ininteligible cuando oyó ese título por primera vez, pero "Proyecto THUNDER" se convirtió en el nombre oficial.

El día en que estaba señalado para la aparición del doctor Rossman ante el Comité, por casualidad, Tuli y yo visitamos a Ted en su cubil de Climatología. Y fue una suerte.

Barney vino para ver la sesión en el televisor de Ted. El doctor Rossman, con expresión amarga e infeliz, prefirió estar de acuerdo con el comandante Vincent en toda la línea. Las necesidades militares para el control del tiempo eran en extremo importantes, dijo. Posiblemente tan importantes como la necesidad militar de poseer proyectiles dirigidos y estaciones espaciales. La División de Climatología, dijo con la máxima claridad, estaba dispuesta a satisfacer los deseos del Pentágono.

Ted se alzó de su silla como si fuese a destrozar el televisor.

-¡Se ha vendido! ¡Se imaginó que Weiss no puede vencer al Pentágono, así que se alinea con Vincent.

- No, espera, Ted. Quizá...

-¡Sabe que me opongo al juego militar - exclamó Ted furioso - Trata de desembarazarse de mi respaldándoles!

Nada pudimos hacer por calmarle. Tuvimos la suerte de impedir que saltase al próximo tren subterráneo y se presentara en el local donde se celebraba la sesión del Comité, esgrimiendo una espada llameante.

Aquella noche nos llevamos a Ted a cenar y nos quedamos con él hasta bien entrada la madrugada. El doctor Barneveldt debía aparecer ante el Comité al día siguiente y esto fue lo único que consiguió calmarle. Pasó una hora en el teléfono conversando con el doctor Barneveldt, que estaba en su habitación de Washington, dándole instrucciones de última hora sobre el Proyecto THUNDER.

Tuli se fue derecho a Climatología con Ted, al día siguiente, y se aseguró de llegar a tiempo para la teleemisión de la sesión.

Incluso en la pantallita del televisor portátil se podía advertir que el doctor Barneveldt impresionaba sin duda a los miembros del Comité. Su Premio Nobel le habla servido de tarjeta de presentación, y cuando se sentó ante la mesa de los testigos, teniendo delante una batería de micrófonos, era la idea misma que los congresistas tenían de un científico. Pareció advertirle, porque representó su papel con la máxima eficacia.

Después de asentir en que las aplicaciones militares del control del tiempo eran importantísimas, el doctor Barneveldt continuó diciendo:

- Pero también son igualmente importantes... no, mucho más... las necesidades de este nuevo conocimiento en tiempos de paz, para el mundo civil. Sería una lástima que las necesidades a corto plazo de los militares oscureciesen los beneficios a largo alcance que puede producir a la humanidad el control del tiempo. Si el hombre logra controlar el tiempo meteorológico, podrá incluso impedir que se produzcan causas de guerra. La pobreza, la enfermedad, el hambre... todas estas cosas quedan inmensamente influenciadas por el clima y el tiempo. Imagínense un mundo en donde no falte el agua, en donde las cosechas florezcan cada año, en donde las inundaciones desastrosas y las tormentas sean cosa del pa.....

Jim Oennis, desde su asiento en la mesa de los miembros del Comité, se inclinó para preguntar:

-¿Puede hacerse eso ahora?

El doctor Barneveldt dudó dramáticamente. Parecía estar disfrutando de la atención de las cámaras de televisión.

- Es posible comenzar a trabajar hacia esa meta. Algunos de mis colegas, de la División de Climatología y en otras partes, por ejemplo, han evolucionado una técnica que posiblemente podría impedir que los huracanes amenazasen nuestras costas...

El resto se perdió en la estampida de los periodistas hacia los teléfonos. Al caer la tarde el Proyecto THUNDER era la máxima noticia científica desde los aterrizajes en la Luna. Pero se trataba de una historia de Washington: el doctor Weis y el doctor Barneveldt eran los "expertos". Ted y el resto de nosotros nos quedamos en Boston, agradecidos por excepción de que Rossman nos hubiese mantenido fuera de la mirada del público.

Las audiencias del Comité de Ciencia siguieron durante semanas, pero resultó claro que el Proyecto THUNDER había alcanzado por lo menos una posición igual al plan del comandante Vincent para un programa militar de control del tiempo. La mayor parte de los congresistas mostró pruebas de que quería ambas cosas: el proyecto militar y el civil.

En efecto, el Comité dejó el problema surgido entre el Pentágono y THUNDER en manos de la Administración, que es lo que deseaba precisamente el doctor Weis, puesto que era consejero de la Casa Blanca en asuntos científicos y técnicos. Así que no nos pilló de sorpresa cuando, a principios de marzo, el doctor Weis nos invitó a Ted y a mí a su despacho en la Casa Blanca.

* * *

ciclogénesis: el nacimiento de una tormenta. Mézclese a partes iguales aire húmedo marítimo y aire frío polar. Agítese bien en sentido contrario al

movimiento de las agujas del reloj. Celóquese la tempestad ciclónica sobre cabo Hatteras a primeros de marzo y vigílese con atención. Obedeciendo la lógica del impulso de la energía solar, la rotación de la tierra, los vientos y las aguas en las zonas de su alrededor, la tempestad se mueve hacia el norte siguiendo la costa Atlántica. En las Carolinas deja caer lluvia congelada y escarcha, pero cuando penetra en Virginia un suministro mayor de aire polar, que viene por su cuenta, las precipitaciones se convierten en enormes y húmedos copos de nieve. Washington queda enterrado en blanco, mientras que, más al norte, en Filadelfia, Nueva York y Boston, ejércitos de hombres y máquinas empiezan su lucha en masa contra la nieve y esperan poder impedir que sus ciudades queden paralizadas por la ventisca que crece por momentos.

* * *

Cuando Ted y yo tomamos el tren subterráneo en Boston, el cielo estaba todavía claro. Pero sabíamos que Washington se encontraría en mitad de la ventisca mientras llegábamos a la estación terminal. Incluso subterráneamente se podían advertir los efectos del tiempo: la gente atestaba el terminal de la capital, llegando tarde al trabajo, trastornada, muchos con aspecto colérico. Los que bajaban por las escaleras mecánicas desde la calle tenían los hombros y los sombreros llenos de espesos copos de nieve. Las botas dejaban regueros húmedos por doquier. Una de las aceras rodantes subterráneas estaba atestada de gente.

Ted insistió en salir al exterior y caminar las pocas manzanas entre la terminal y la Casa Blanca. No se veía nada en las calles de la ciudad; incluso las aceras rodantes de superficie estaban desconectadas. Los pocos peatones que forcejeaban para caminar tenían que inclinarse casi hasta la cintura para resistir el fuerte viento. La nieve era espesa y pesada bajo las botas y al cabo de medio minuto tenía yo un frío que me llegaba hasta los huesos... penetrando incluso por mi recio abrigo, botas, guantes y sombrero de piel.

Pero a Ted le gustaba.

¡Con un par de compañías de esquiadores podríamos ocupar el Gobierno.

- A ti te lo dejo murmuré desde detrás del cuello de mi abrigo subido. No me gustan los días así.

- No te preocupes, todo pasará dentro de una hora, poco más o menos. Soplará viento norte. Volveremos a encontrarnos con la ventisca en Boston otra vez, esta noche.

- Perfecto cronometraje.

El despacho del doctor Weis era una habitación espaciosa y ventilada en la zona de la Casa Blanca reservada a los ejecutivos, con ventanales franceses que daban al jardín, ahora oculto por la nieve de la ventisca.

- Por lo menos aquí se está caliente - dijo mientras nos señalaban un par de sillas -. ¡Ustedes dos tienen el aspecto de haber venido a pie desde Boston!

- Si, esa sensación tengo yo - respondí.

Ted soltó la carcajada.

- Quiero darles un informe de primera mano de a situación en que estamos con THUNDER - dijo el doctor Weis, meciéndose hacia atrás ligeramente en su gran sillón tapizado.

- Antes de que lo haga - le interrumpió Ted -, debería saber algo acerca de la próxima temporada de huracanes. Hice unas pocas investigaciones preliminares la semana pasada. Muy impresionantes, pero parece ser que la temporada será igual a la del pasado año. Poco más o menos, el mismo número de tormentas. Es decir, si las dejamos desarrollarse.

El doctor Weis cogió una pipa de la pequeña estantería que tenía en el escritorio.

- La perspectiva de acabar con los huracanes es muy atractiva, aunque en extremo cara. Es casi la única cosa que puede soportar la presión que está haciendo el Pentágono en las reuniones del Gabinete.

- Entonces la cosa ha llegado a ese nivel - dije.

- Pues claro que sí - El doctor Weis encendió su pipa -. Pero creo que tenemos un asidero. He estado gritando que el acabar con los huracanes ayudaría al comandante Vincent y a su personal a enterarse de algunas cosas básicas que deben saber antes de empezar con los experimentos de la modificación del tiempo. Así, en cierto sentido, THUNDER no se opone al Pentágono, sino que le ayudará.

- Aguarde un momento - dijo Ted -. El acabar con los huracanes es parte del espectáculo... destruiremos perturbaciones tropicales, no tormentas adultas.

- Sí, lo sé.

- Pero la idea real del Proyecto es aprender cómo controlar el tiempo lo bastante bien para dirigir a los huracanes lejos de la costa. Sólo perseguiremos perturbaciones tropicales y las aniquilaremos hasta que seamos lo bastante listos para controlar los huracanes.

- De eso quería hablarles - indicó el doctor Weis -. Esa parte del control del tiempo del plan ha provocado una gran cantidad de críticas. Y vienen de diferentes

- Pero eso es...

- Escúcheme ahora Ted el doctor Weis se inclinó hacia adelante y puso sus brazos en el escritorio. Usted admite que no sabe lo bastante para controlar el tiempo de modo que los huracanes no se acerquen a nuestras costas. Aun cuando lo supiese, tendría que controlar el tiempo de la mayor parte de la zona continental de los Estados Unidos...

- Y Canadá.

Asintió.

Y Méjico también, se lo garantizo.

- Seguro. ¿Y qué?

- Es peligroso políticamente. Explosivo. Hay demasiadas posibilidades de que algo salga mal. ¿Y si comete usted un error? Las consecuencias podrían ser desastrosas.

- Espere un momento - repuso Ted -. ¿Qué piensa que quiero hacer? ¿Desviar el Mississipi por Arizona? Controlaremos el tiempo, claro, pero no lo suficiente para causar desastres. ¡Aunque quisiéramos, no podríamos! Hay demasiada energía complicada en el asunto. No vamos a hacer que nieve en California ni tampoco deshelar Alaska.

- Usted y yo lo sabemos, Ted, pero ¿qué creará el elector medio? Muchas personas se enfadan con el Departamento de Meteorología cuando les llueve en sus posesiones, o cuando padecen sus cosechas. ¿Se da usted cuenta de la dinamita política que sería para el Gobierno aceptar la responsabilidad de controlar el tiempo?

- También fue una bomba política declarar la independendencia en el año 1776. - ¡Hay cosas que es preciso hacer!

- El control del tiempo llegará a ser una realidad - replicó el doctor Weis, su voz un poco más alta que de ordinario y también más nasal -. Pero no se puede uno meter en eso demasiado rápidamente. El Proyecto THUNDER... la parte de acabar con los huracanes, es decir... es un principio excelente. Después de un año o dos de demostraciones triunfales, estaremos dispuestos para intentar el próximo paso. Y, más importante, el país se encontrará psicológicamente preparado.

- ¡Pero lo podemos hacer ahora, este año!. Lo único que nos hace falta es comprobar las teorías y ponerlas en práctica.

- Estamos técnicamente dispuestos, pero no de manera política. Y aun en el aspecto técnico, las primeras operaciones en el control del tiempo serán algo más que juegucitos cuyos resultados se supone.

Ted dio un puñetazo en el brazo de su sillón.

- Mire, no sé qué es lo que le da miedo. Ahora llueve y nieva sobre las personas. Tenemos inundaciones y sequías. Y el Gobierno recibe las culpas de todos los chiflados. ¿Y qué? ¿Qué hay de las sequías en donde el Gobierno se ha apuntado los honores por cortarlas en seco, o las inundaciones que no vuelven a suceder, o las máximas cosechas que el tiempo controlado puede proporcionarles?

El doctor Weis se arrellanó y sacudió la cabeza.

- Ted, usted comprende la ciencia, pero no la política. Las cosas no resultan así.

- Bueno, THUNDER no ha de funcionar sin control del tiempo. Será trabajo perdido el prescindir de ese aspecto.

-¿No querrá aceptar el proyecto sin añadir también el control del tiempo?

Ted contestó rígido:

- Acabar con las perturbaciones tropicales es un callejón muerto, una meta sin salida. A menos que nos conduzca al verdadero control del tiempo, es una manera equívoca de luchar contra los huracanes.

El doctor Weis se levantó de su silla.

- Bueno, vengan, ya hemos hablado bastante. Resolvamos este asunto.

-¿Qué nos espera ahora? ¿Otro Comité?

- No - contestó, consultando el reloj de su escritorio. Nosotros no confiamos nuestros problemas a los Comités. Vengan conmigo.

Le seguimos por un pasillo y subimos un tramo de escalera. Cruzamos una puerta sin rotular entrando en una amplia oficina ovalada que estaba dominada por un gran escritorio cubierto de papeles y tres teléfonos de diferentes colores. Tras el escritorio vacío se veía un par de banderas.

Miré a Ted. Pareció darse cuenta de a quién pertenecía la oficina casi al mismo tiempo que yo.

La puerta de la otra habitación se abrió y el Presidente caminó briosamente hasta su escritorio.

- Hola. Ustedes deben ser los señores Marrett y Thorn.

Nos estrechó las manos, con energía. Era más alto de lo que me imaginé y parecía más joven que su imagen en la TV. Nos señaló con un gesto a las sillas que habla ante su escritorio. Mientras nos sentábamos, ojeó unos cuantos papeles.

-¿Pueden ustedes, de veras, cortar la gestación de los huracanes?

- Sí, señor - respondió Ted de inmediato.

El Presidente sonrió.

-¿No tiene ninguna duda?

- Podemos hacerlo, señor, si usted nos proporciona las herramientas.

-¿Saben ustedes, verdad, que el Departamento de Defensa también ha propuesto un proyecto sobre el tiempo? Si me opongo en esto al Secretario de Defensa, quizá proporcionará municiones para la oposición este noviembre.

- Los huracanes podrían ser una buena propaganda electoral en toda la vertiente atlántica - respondió Ted -, y en la Costa del Golfo.

Con una sonrisa, el Presidente dijo:

- No obtuve muy buenos resultados en las pasadas elecciones en los distritos de la Costa del Golfo. Y si ustedes no logran detener los huracanes, las cosas se pondrán todavía peores. Por otra parte, si no doy el visto bueno al Proyecto THUNDER, los huracanes seguirán siendo algo antipolítico.

Ted no contestó.

- Se ha presentado algo más - dijo el doctor Weis -. Ted cree que el Proyecto debería tener como mira principal la amplia meta de controlar el tiempo en todos los Estados Unidos, más que limitarse simplemente a detener los huracanes.

- Controlar el tiempo el Presidente apartó los ojos de su consejero científico para mirar con llaneza a Ted -. Eso parece... fantástico El tiempo es tan violento, tan enorme y salvaje. No me imagino al hombre que lo controle.

- Nosotros podemos hacerlo - respondió Ted con firmeza -. Si parece salvaje y violento es porque no se le comprende. Hay una lógica en el tiempo; obedece a leyes físicas, al igual que la manzana que se cae del árbol.

Estamos empezando a aprender cuáles son esas leyes; una vez hayamos aprendido bastante, podremos controlar el tiempo. Al igual que el fuego... que antaño fue salvaje y peligroso y misterioso. Pero el hombre aprendió a domesticarlo. Seguimos sin saber todo lo que existe en esa materia, pero el fuego es una cosa tan vulgar como un estornudo o un escalofrío.

El Presidente chasqueó los labios pensativo.

-¿De manera que hay lógica en el tiempo? Con seguridad, sí posee belleza, aun cuando sea tormentoso. Dígame señor Marrett, ¿conoce usted bastante la lógica del tiempo para decir cuándo va a parar esta nevada? Por la tarde he de volar a Chicago.

Ted sonrió. Consultando su reloj de pulsera, dijo:

- Ya debe haber cesado de nevar.

-¿Está usted seguro? Preguntó el Presidente, volviéndose hacia las cortinas.

Asintiendo, Ted respondió:

- Es preciso.

El Presidente abrió las cortinas. El cielo era de un azul cegador con sólo unas cuantas nubes que se marchaban. El sol centelleaba al reflejarse sus rayos en las montañas de nieve que cubrían el jardín.

- En apariencia sabe usted de lo que habla - dijo -. Pero controlar el tiempo es un gran paso. Un grandísimo paso.

- Lo sé respondió Ted. Luego, hablando despacio y con mucho cuidado, explico -: Con un control del tiempo a gran escala, los costos de mantener al país libre del daño de los huracanes serían probablemente inferiores que si tuviésemos que perseguir cualquier amenaza de perturbación en el océano y anularla. Y el control del tiempo es el objetivo último. Se hará tarde o temprano... Me gustaría realizarlo ahora, con esta Administración.

- Espero residir aquí otros cuatro años - replicó el Presidente, riendo.

Ted seguía repitiendo la mayor parte de los argumentos que utilizó con el doctor Weis; el Consejero Científico presentó sus contraargumentos, también. El Presidente permaneció sentado y escuchando.

Por último, dijo:

- Señor Marret, aprecio su dedicación y su ímpetu. Pero debe recordar que sobre el Gobierno recae la responsabilidad del bienestar de toda la nación. Me parece que sus ideas podrían resultar, pero nunca se han visto puestas a prueba en la escala que usted mismo dijo que sería preciso. Si se equivoca, perderíamos mucho más que una elección; perderíamos vidas y una asombrosa cantidad de propiedades y recursos.

- Eso es verdad, señor - dijo Ted -. Pero si no me equivoco...

- Usted seguirá estando en lo cierto el año que viene, ¿verdad? Me gusta el Proyecto THUNDER. Pienso que detener los huracanes será un regalo tremendo para la nación... y una tarea bastante grande para ocupar todo un año. ¿Acepta usted voluntariamente dedicarse a esa parte y dejar que el control del tiempo aguarde un poco más?

Asintiendo, triste, Ted dijo:

- Si no puede ser de otra manera...

El Presidente se volvió al doctor Weis.

- Debe darse cuenta de que nos jugamos el cuello. THUNDER es una especie de riesgo, e ir contra el Pentágono no es siempre bueno en cuestión política.

- Pero la recompensa podría ser enorme - dijo el doctor Weis.

- Si, me doy cuenta. Y supongo que los beneficios de detener incluso un solo huracán son más importantes que unos pocos millones de votos este otoño.

El doctor Weis se encogió de hombros.

- La política es un arte, señor Presidente. Yo sólo soy científico.

Soltó una carcajada.

- Quizás hagamos de usted todavía un político. Se muestra muy decidido en favor de THUNDER, ¿verdad?

- En la parte de detener los huracanes, sí.

- ¿Fuertemente a su favor?

- Fuertemente, señor - respondió el doctor Weis.

- Entonces, de acuerdo. Si el Congreso autoriza los fondos, adelante.

Charlamos durante unos cuantos minutos más y el Presidente incluso bromeó conmigo acerca de mis tíos de Massachusetts, que en las últimas elecciones trabajaron para su oponente. Rápidamente le dije que mi padre había estado a su lado. El secretario del Presidente entró y le recordó su siguiente cita. Educadamente nos acompañaron hasta la salida del despacho después de otra ronda de apretones de manos.

- Buena suerte con THUNDER - nos dijo el Presidente al marcharse -. Estaré atento a sus progresos.

Ted asintió. Fuera, en el pasillo, murmuró:

- Haríamos muchos progresos más si yo tuviese todo THUNDER, en lugar de la parte más dura.

XVI

PROYECTO THUNDER

Fueron unos frenéticos cuatro meses. Entre marzo y julio teníamos que organizar un proyecto que comprendía aviones de la Fuerza Aérea, barcos de la Marina, satélites de la NASA y un buen tanto por ciento del talento y el equipo del Departamento de Meteorología. El personal del Proyecto fue extraído principalmente del pequeño grupo de Ted en Climatología y de mi personal en Eolo. También me encargaron de contratar a nuevas personas, que, oficialmente, trabajaban para Eolo, pero que en realidad eran personal de THUNDER. Y, puesto que el Proyecto n~ era ahora militar, Barney y Tuli quedaron en libertad para trabajar con nosotros.

Por último, la primera semana de julio, estábamos dispuestos para partir hacia Miami. El doctor Barneveldt nos despidió en el aeropuerto Logan, junto con una multitud de periodistas y fotógrafos. Ya no nos escondíamos de la publicidad; de hecho, estaba programada una conferencia de prensa en Miami, a última hora de aquella tarde.

Tras unas cuantas palabras finales de despedida, despegamos en el reactor del personal directivo. A bordo teníamos mucho trabajo que hacer. Yo revisé un borrador de nuestro acuerdo con el Gobierno británico referente a las islas Bermudas. Ted había decidido que THUNDER protegería al continente de Norteamérica y las islas del Caribe; pero quería dejar en paz a las tormentas en el

océano abierto. Tenía dos motivos. Primero, necesitaba un control científico en los experimentos de THUNDER y las tempestades que no tocásemos podrían utilizarse como comparación contra aquellas en las que trabajáramos. Segundo, simplemente no teníamos recursos para afrontar cada perturbación en todo el océano.

Pero las tormentas que permanecían lejos del continente ahora amenazaban las Bermudas, así que tuvimos que concertar un acuerdo con los ingleses para que las Bermudas no quedasen protegidas.

Mientras leía los papeles del Departamento de Estado, Ted y Barney, a la otra parte del pasillo con respecto ~ mí, hablaban de la conferencia de prensa a la que se enfrentarían aquella tarde.

- Es importante dar a los periodistas la impresión Correcta - decía Barney -. Tenemos que demostrarles que THUNDER es estrictamente un experimento.

Ted asintió con impaciencia.

Yo alcé la vista de mi lectura.

- Ted, no te olvides que el doctor Weis estará presente, en el estrado, contigo. Será mejor que no digas nada que suene a control del tiempo.

Me dirigió una mirada de malhumor.

- No trates de predecir el futuro - añadió Barney -. Sólo habla del trabajo que vamos a hacer para el Proyecto. No dejes que los periodistas te coloquen en una posición en donde te veas obligado a hacer promesas...

Alzó las manos.

- Quizá debería ponerme una barba postiza, unas gafas oscuras y marcharme antes que empiece la conferencia de prensa. Escuchad, sabéis tan bien como yo que, tenemos resultados con THUNDER, o nos dan la patada. No tratemos de olvidarlo. No importa cuanto alardeemos, todos saben que si dejamos que un huracán pase a través de nuestros medios y cause daños, estaremos perdidos. Tenemos la obligación de echar el cerrojo.

Tuli asomó la cabeza desde el asiento de detrás de Ted.

- No podremos detener a cada huracán. No, a menos que las perturbaciones estén lo bastante espaciadas para que trabajemos en una o dos al mismo tiempo. A estas alturas de la temporada, cuando las perturbaciones vienen en grupos, algunas de ellas se nos escapan.

- Eso es cierto - asintió Barney. Volviéndose a Ted, le apremió. Es preciso que seamos precavidos, especialmente delante de los periodistas.

Si fuésemos precavidos - gruñó Ted -, no estaríamos ahora en este avión.

Uno de los más elegantes hoteles de Miami Beach había sido elegido para la conferencia de prensa. El salón de baile principal estaba atestado y bajo los focos de la televisión todos sentimos calor y nerviosismo.

El jefe de la oficina en Miami del Departamento de Meteorología nos presentó con un inacabable discurso.

- Brillantes jóvenes científicos... con nuevas ideas desafiantes... atrevida juventud...

Ted permanecía arrellanado en su asiento, amenazador como una tronada: poderoso, peligroso, a punto de estallar.

Cuando, por último, terminó el jefe de Miami, el doctor Weis tomó la palabra. De una manera cuidadosa recordó a todos el efecto de los huracanes que alcanzaron el continente de los Estados Unidos el año anterior, y los millares de millones en daños que originaron. (Mientras hablaba, la mayor parte del elemento turístico de Florida se amontonaba en los aeropuertos y terminales, marchándose a zonas más seguras hasta que hubiera terminado la época de los huracanes.)

- Si tenemos éxito en detener aunque sólo sea un huracán, impidiéndole que llegue a alcanzar la costa continuó el doctor Weis -, los ahorros en daños causados por la tempestad, por no mencionar las vidas humanas, pagarán con suficiencia el coste de todo el Proyecto.

Después de una revisión detallada de la organización THUNDER y de dar el crédito debido a ESSA, al Departamento de Defensa, al servicio de Guardacostas, al Congreso y toda otra organización gubernamental que tuviese algo que ver con la tierra, el mar o el aire (incluso mencionó Eolo), el doctor Weis indicó a los periodistas que podían hacer preguntas.

Las hubo en abundancia. Y al cabo de cinco minutos, se dieron cuenta que Ted era su clave para una buena historia; continuaron disparándole preguntas a él. Por último, uno de los periodistas dijo:

- Ha habido muchas pruebas de modificación del tiempo en el pasado, pero éste es el primer programa de control del tiempo en gran escala del Gobierno, ¿no?

El doctor Weis tomó el micrófono de la mesa y, teniéndolo entre las manos, respondió antes de que pudiese hacerlo Ted.

- El Proyecto THUNDER no es un programa de control del tiempo. Es, simplemente, un experimento limitado a los huracanes, a pesar de su tamaño. El Proyecto intentará modificar las perturbaciones tropicales que puedan crecer y convertirse en huracanes capaces de amenazar zonas pobladas. Eso es todo cuanto se hará. Ningún otro aspecto del tiempo será ni rozado, y no controlaremos el tiempo, por mucho que se esfuerza la imaginación popular.

Ted miró a lo largo de la mesa al Consejero Científico, luego se volvió a su micrófono.

- El Gobierno no está preparado para el control del tiempo. Por lo menos, todavía no. A la mayor parte del personal del THUNDER nos gustaría probar un programa a gran escala de control del tiempo. Derecho, el verdadero control del tiempo será mucho mejor que mantener a los huracanes fuera de nuestras puertas.

- Yo no lo hubiese dicho de esa manera - afirmó el doctor Weis, jugueteando con su pipa -. El Proyecto THUNDER es un emocionante primer paso hacia el eventual control del tiempo. Pero...

- Pero nos vemos constreñidos a trabajar con las perturbaciones mientras estén fuera, en el mar... No se nos ha confiado la misión de cambiar el tiempo por encima de los Estados Unidos.

El rostro del doctor Weis cambiaba de color.

- Es preciso aprender a caminar antes de echar a correr. Todavía no se ha demostrado que se pueden modificar las perturbaciones. Con buena suerte... y paciencia... se conseguirá el control del tiempo en su debido momento.

Ted se encogió de hombros.

- Creo que el debido momento podría ser este año. Ya hemos aprendido a caminar. Podríamos correr, si fuera preciso... siempre y cuando el Gobierno nos lo permitiera.

Uno de los periodistas dijo:

- Señor Marrett... después de que haya terminado la temporada de huracanes, digamos, en torno al día de elecciones, ¿cómo podremos juzgar el éxito del Proyecto THUNDER?

Ted cerró los ojos momentáneamente, como el hombre que está dispuesto a lanzarse desde gran altura.

- Si en alguna parte del continente americano, o las islas del Caribe, se sufren pérdidas de vidas o de propiedades por un huracán... THUNDER habrá fracasado.

Hubo un momento eterno de sorprendido silencio.

Noté que se me abría la boca. Nadie podría vivir si fallaba aquella garantía. Ted miró fulminante a la mesa y al resto de nosotros, esperando que alguien se atreviera a contradecirle. Los periodistas corrieron a los teléfonos.

Los titulares de los diarios de la tarde lo resumían con limpieza:

"NINGUN HURACAN AZOTARA A LOS E. U. A.", PROMETE EL JEFE DE CONTROL DE LAS TEMPESTADES.

El doctor Weis estalló. Mantuvo a Ted sobre brasas durante - tres horas antes de volver en avión a Washington. Amenazó con cancelar todo el Proyecto, o por lo menos despedir a Ted y sustituirle por otra persona. Pero el daño ya estaba hecho. Y Ted insistió, tozudo:

- Es la verdad. Estamos aquí para detener los huracanes. No importa cuántos detengamos, si uno logra pasar, todos creerán que hemos fracasado. Nadie estará satisfecho con un proyecto de acabar con los huracanes que no los elimine. Una tempestad que pase, y estaremos prácticamente muertos. ¿Por qué ocultarlo?

Así que nos pusimos a trabajar, instalando los cuarteles generales del Proyecto en un edificio prefabricado que nos prestó la Marina en el muelle de la ciudad de Miami. Pero la promesa de Ted pendía de nosotros como una espada de Damocles.

A finales de julio tomó forma el primer huracán.

* * *

A dos mil kilómetros al este de Florida y a ciento veinte metros por debajo del agua, un banco de bonitos tan numerosos como la población humana de Miami, se alejó de pronto de una forma amenazadora que caía sobre ellos. Más grande que una ballena cachalote o incluso que una de la raza gigante azul, el submarino se deslizó sombrío a través del poblado mar, tomando muestras de las temperaturas del agua e informando por radio, cada media hora, al cuartel general do THUNDER. Un avión patrulla Dromedario, no tripulado, voló automáticamente cruzando el cielo del Atlántico medio, midiendo sin parar las condiciones atmosféricas y retransmitiendo la información al Proyecto. El avión y el submarino se cruzaron. Un técnico de la sección de traducción de datos do THUNDER contempló curioso cómo uno de los grandes computadores adquiría vida. Echó una rápida mirada a las palabras enigmáticas y a los símbolos que salían impresos; luego tomó el teléfono más próximo. Una especie de agujero de baja presión con aire frío mezclándose, una cálida columna de aire en el centro levantándose recta hacia la tropopausa y alzando consigo agua por debajo de la perturbación; un huracán estaba naciendo.

* * *

Bautizamos aquella primera tempestad con el nombre de Andrea. Permaneció en mitad del océano, así que no tuvimos que intentar modificarla. El huracán fue, sin embargo, un laboratorio viviente para nosotros; seguimos su curso minuto a minuto y enviamos escuadrillas de aviones dentro de él para medir y tomar muestras de cada faceta de su crecimiento. Andrea pasó cerca de las Bermudas, pero con nuestro aviso anticipado de su sendero, los isleños redujeron al mínimo los daños.

Bettina siguió las huellas de la primera tormenta, desarrollándose prácticamente de la noche a la mañana en el Caribe. La pillamos a tiempo, por poco, y mantuvimos a Bettina reducida a las proporciones de una pequeña tormenta tropical. Jamás adquirió fuerza de huracán, aunque causó bastantes dificultades allá donde sus vientos potentes y sus fuertes lluvias rozaron.

- Por poco se nos escapa - murmuró Ted cuando los resultados de nuestro trabajo en Bettina aparecieron en la gran pantalla que dominaba el centro principal de control de THUNDER -. Un par de horas más y habríamos llegado demasiado tarde. Hicimos lo mejor que pudimos.

Aprendimos de prisa, la temporada de huracanes había empezado ya y nos enfrentábamos con docenas de perturbaciones tropicales. Agudizamos nuestras técnicas y preparamos a nuestros equipos para luchar de manera estupenda. El doctor Weis llamaba prácticamente cada día, pero no teníamos tiempo para preocuparnos. Trabajábamos, comíamos, dormíamos y luego trabajábamos más. El tiempo se convirtió en una espiral mareante de descubrimientos, luchas y "asesinatos" de perturbaciones tropicales.

Sin embargo, Ted se comportaba de manera extraña. Estaba fuera del cuartel general de THUNDER tanto tiempo como se hallaba entre nosotros... Le seguí el rastro leyendo sus cuentas de gastos: Cabo Kennedy, Boston, Washington, Kansas City... incluso pasó un fin de semana arriba en el Satélite Espacial del Atlántico (que le costó al proyecto dieciocho mil dólares; los vuelos orbitales seguían siendo caros).

Pero cada vez que teníamos que enfrentarnos a algún trabajo realmente duro, aparecía Ted para dirigir la batalla. A veces llegaba presuroso hasta su escritorio, llevando en una mano su maletín de viaje y en la otra la bolsa con la ropa sucia, pero siempre se encontraba presente cuando las cosas tenían mal aspecto.

-¿A qué vienen todos estos viajes? - le pregunté una tarde. Se efectuaba el cambio de vigilantes en el centro de control y Barney, Ted y yo comíamos bocadillos y bebíamos refrescos en él escritorio de nuestro jefe técnico.

- Estuve visitando a personas que pueden ayudarnos - Dijo entre bocado y bocado.

-¿En Kansas City?

Sonrió.

- También tienen meteorólogos en K.C.

-¿No te parece que eso queda muy tierra adentro para el control de los huracanes? - preguntó Barney. Sentía tanta curiosidad como yo.

- Mirad, a esos individuos no les hablo de THUNDER. Se trata del control del tiempo. Tarde o temprano necesitaremos todas las inteligencias y ayuda que podamos conseguir... cuando empecemos a controlar el tiempo por toda la nación.

- Pero tú no vas a intentar ningún trabajo de control del tiempo hasta que THUNDER se demuestre útil - dije.

-¿Para qué esperar? - repuso -. Weis y sus comités quieren ir despacio. Si THUNDER fracasa, todos nosotros tendremos que volver a los laboratorios. Aun cuando si THUNDER tiene éxito, ¿qué pensáis que harán? - Antes de que pudiéramos contestarle, prosiguió -: Querrán que montemos otra vez THUNDER el año que viene y quizá cada año. El control de huracanes en grande... pero no suficiente, aun cuando resulte. Yo ambiciono el control del tiempo, no importa lo que sea o lo que tenga que hacer.

Barney me miró de reojo y luego dijo:

- No entiendo cómo tus viajes por la nación nos ayudan para conseguir el control del tiempo, Ted.

- Cuando termine la temporada de los huracanes, quiero sorprender a Weis, Dennis y los demás con una sólida historia sobre el control del tiempo. Pongo de nuestra parte a tantas personas como me es posible. Quiero mostrar a Washington que ya está preparado un gran equipo para luchar.

-¿Pero qué sucederá si THUNDER fracasa? - pregunté -. Y todo lo que necesitamos es un huracán que se nos escape.

- Aún no hemos fracasado.

- Pero la parte más dura de la temporada está sólo empezando - indicó Barney.

- Lo sé. Hasta ahora nos mantenemos Tul y su gente hacen algo de trabajo colateral para mí... no mucho, sin quitar personal del trabajo regular del Proyecto.

Pero obtenemos datos suficientes de las tempestades y de sus sistemas del tiempo para empezar a pensar en un sincero y honrado control. Ya sabéis, mantener en el mar a los huracanes, controlando el tiempo en todo el continente.

-¿Investigación de control del tiempo? ~ Si se entera el doctor Weis...

- Que no se entere. Y, Barney, concede a Tuli todo el tiempo de computadores que necesite.

- Les hacemos funcionar veinticuatro horas cada día - contestó ella -. Necesitaremos que nos ayuden otros computadores de diversos lugares.

- Está bien, pídelo. Pero procura mantener el género que proporcione Tuli en nuestras propias máquinas; que no se escape del Proyecto.

- Ted, eso no me gusta - dije -. Aún nos queda la parte más difícil de la temporada. Tul nos previno que habrá veces que se presentarán sencillamente demasiadas perturbaciones para que las atacemos al mismo tiempo. Sabemos por experiencia que no podemos efectuar más de dos o tres misiones cada día... carecemos de hombres y de equipo para otras empresas mayores. Y ahora te llevas a personal valioso, separándolo del verdadero trabajo en el Proyecto, para investigar en donde no nos permiten hacerlo...

-¿Eh?, ¿De qué bando estáis? Camarada, esta investigación es para el control del tiempo y ésta es nuestra meta. Nada de trastear con los huracanes. THUNDER es sólo una gota en el cubo de agua comparado con lo que realmente podemos hacer.

- Pero si tú no pones esa primera gota en el cubo, ¿qué pasará?

Frunció el ceño.

- Está bien, estamos jugando. Pero que el juego sea grande. Tratemos de saltar la banca.

Pudimos haber discutido toda la noche, pero no lo habríamos desviado de su idea ni un solo minuto. Y el máximo argumento de todos se gestaba en el Atlántico mientras nosotros permanecíamos allí, sentados ante el escritorio de Ted.

Fueron precisos unos cuantos días para que los hechos apareciesen en la gigantesca pantalla de THUNDER. Pero cuando se hicieron evidentes, supimos que todos nuestros sueños iban a desplomarse a causa del viento ululante de un descomunal huracán.

XVII

LA FURIA DEL HURACAN

El mapa de la pantalla visora que se cernía sobre el escritorio de Ted en el Centro de control de THUNDER mostró nuestro campo de batalla: toda Norteamérica y el Océano Atlántico Norte, incluyendo las costas de Europa y Africa. Al entrar septiembre en sus diez días finales vimos cómo las perturbaciones crecían como setas por todo el océano. A la mayoría las dejamos en paz, puesto que no parecían amenazadoras. Una de ellas se convirtió en huracán, al que llamamos Nora, que permaneció bien mar adentro.

Luego llegó por último el día del aviso de Tuli.

Ted nos reunió en torno a su escritorio, con la gigantesca pantalla cerniéndose amenazadora. El huracán Nora bramaba en mitad del Océano Atlántico; no constituía problema. Pero cuatro perturbaciones tropicales, marcadas con símbolos rojos de peligro, crecían a lo largo del paralelo 15, desde las islas Antillas hasta las de Cabo Verde.

- Ahí está la historia - nos dijo Ted, paseando nervioso por debajo de la pantalla. Con un gesto hacia el mapa, indicó: Nora no es problema, ni siquiera molestará mucho a las Bermudas. Pero esos cuatro gusanitos de borrasca vienen a por nosotros.

Tul sacudió la cabeza.

- Es imposible atacar a los cuatro a la vez. Uno, quizá dos, se nos pasarán.

Ted le miró con viveza, luego se volvió a mí.

-¿Qué te parece, Jerry? ¿Cuál es la imagen lógica?

- Tuli tiene razón - reconocí -. Los aviones y sus tripulaciones han estado trabajando las veinticuatro horas del día durante las dos pasadas semanas y no tenemos bastante...

- Corta la música de flauta. ¿Cuántas de estas balas presiones podemos destrozarnos?

Encogiéndome de hombros, contesté:

- Dos. Quizás tres, si nos esforzamos.

Barney estaba de pie a mi lado.

- El computador acaba de terminar un análisis estadístico puesto al corriente de las cuatro perturbaciones. Sus rutas tormentosas amenazan todas la Costa Este. Esas dos más próximas tienen muchísimas probabilidades de alcanzar la categoría de huracán. La pareja más lejana está al cincuenta por ciento de probabilidades.

- Cara y cruz en estas dos últimas - murmuró Ted

Pero tienen mucho más período de tiempo para desarrollarse. Sus posibilidades mejorarán mañana al atardecer.

- Si esas dos perturbaciones más próximas son las más peligrosas - dijo Barney -, el orden de sus posibilidades de convertirse en huracanes es de un ochenta por ciento.

- No podemos contener a todas - dijo Tuli -. ¿Qué haremos, Ted?

Antes de que Ted pudiese contestar sonó el teléfono. Se inclinó por encima del escritorio y oprimió un botón.

- El doctor Weis llama desde Washington dijo la operadora.

Ted hizo una mueca.

- Está bien, páselo. - Se instaló en la silla de su escritorio y con un gesto nos señaló nuestros puestos cuando el rostro preocupado del doctor Weiss apareció en la pantalla telefónica.

- Acabo de ver el mapa meteorológico de esta mañana - dijo sin preliminares el Consejero Científico del Presidente. Parece que se encuentran ustedes con dificultades.

- Hasta las cejas - repuso con llaneza Ted.

Empecé a regresar a mi propio despacho. Pude oír la voz del doctor Weis, un poco más cortante que de ordinario.

- La oposición ha hecho de THUNDER un arma política, faltando menos de seis semanas para las elecciones. Si usted no hubiese hecho pensar a los periodistas que podía detener todos los huracanes...

El resto se perdió en el murmullo y ajeteo del Centro de control. La única habitación llenaba por completo el segundo piso de nuestro cuartel general. Era un conglomerado frenético de personas, escritorios, máquinas de calcular, tableros

de mandos, impresores de mapas, archivadores, teletipos, teléfonos, pantallas e infinitas pilas de papel... con el enorme mapa de la pantalla visora pendiendo sobre todo. Me abrí paso cruzando aquella extensión atestada y sin ventanas y entré en el despacho mío, aislado de lo demás por tabiques de cristal.

Con la puerta cerrada albergaba dentro la tranquilidad. Pantallas telefónicas cubrían las paredes y todo mi escritorio estaba ocupado por una centralita particular que me ponía en contacto directo con una red de estaciones de apoyo de THUNDER que oscilaba desde Nueva Orleans hasta la Estación Satélite del Atlántico, en órbita sincrónica a treinta y siete mil kilómetros por encima de la boca del río Amazonas.

Volví a mirar hacia el centro de control y vi que Ted seguía hablando muy frío por teléfono. Habla trabajo que hacer. Comencé a marcar números telefónicos en mi centralita, dando el alerta a la Marina y a las bases de la Fuerza Aérea que apoyaban al Proyecto, tratando de que estuviesen preparadas para afrontar esa amenaza del huracán con tanta dureza y rapidez como fuera posible.

Mientras trabajaba; Ted colgó por último el teléfono. Barney se le presentó con un grueso montón de hojas impresas por los computadores; probablemente el análisis detallado de las amenazas de tormenta. En cuanto logré acabar mi tarea, me uní a ellos.

- Está bien - decía Ted -, si dejamos en paz a esas dos zonas de baja más lejanas, de la noche en la mañana se convertirán en huracanes. Podríamos vencerlas ahora sin sudar mucho, pero dentro de veinticuatro horas serán excesivamente grandes para nosotros.

- Lo mismo se puede decir de las dos perturbaciones próximas destacó Barney -. Y están más cerca y se desarrollan con rapidez...

- Tendremos que saltarnos una. La primera... la que está a sotavento... se encuentra muy próxima para ignorarla. Así que atacaremos a la Número Uno, prescindiremos de la segunda y atacaremos también a la Tres y Cuatro.

Barney se quitó las gafas.

- Eso no resultará, Ted. Si no detenemos a la segunda ahora, mañana será...

- Un enorme y galopante huracán. Lo sé. - Hizo un gesto desvalido -. Pero si echamos bastante material en la Número Dos para allanarla, tendremos que dejar a la Tres y Cuatro hasta mañana. Mientras, se habrán desarrollado y tendremos a dos bestias feroces e invencibles en nuestras manos

- Pero esta...

- Existe la posibilidad de que si destruimos la baja más próxima, la Número Dos cambiará su rumbo y se encaminará hacia el mar.

- Es una minúscula posibilidad. Los números indican...

- Está bien, una minúscula posibilidad. Pero no podemos trabajar con otra cosa.

-¿Es que no hay nada que se pueda hacer? - preguntó ella -. Si un huracán alcanza la costa...

- Weis ya examinó el correo de la mañana en busca de mi dimisión - dijo Ted -. Está bien, nos encontramos en un apuro. Lo mejor que se puede hacer es atacar la Número uno, pasar por alto la Dos y barrer las Tres y Cuatro antes de que sean lo suficiente fuertes para crear olas.

Barney consultó las cifras que había en las hojas de los computadores.

- Eso significa que tendremos un huracán adulto dirigiéndose a Florida dentro de veinticuatro horas.

- Mirad - saltó Ted -, no podemos permanecer sentados discutiendo hasta que todas se conviertan en huracanes. Esparzámonos. Jerry, ya oíste la decisión. Haz que despeguen los aviones.

Volví presuroso a mi despacho y dicté las órdenes. A los pocos minutos entró Barney. Plantándose descorazonada en el umbral, se preguntó a sí misma en voz alta:

-¿Por qué aceptó este Proyecto? Sabe que no es el mejor modo de manipular los huracanes. Resulta demasiado arriesgado, demasiado caro. Trabajamos hasta el agotamiento...

- Lo mismo les ocurre a las tripulaciones aéreas - respondí -. Y la temporada no ha llegado a su cumbre, aunque le falta bien poco.

-¿Entonces por qué tuvo que hacer que los periodistas creyeran que podríamos vencer a todos los huracanes en el primer año?

- Porque así es Marret. No sólo piensa que puede controlar el tiempo; se cree su propietario.

- No hay sitio en él para el fracaso ~ Si esa tormenta azota el continente y se cancela todo el Proyecto... ¿Qué será de él?

-¿Qué será de ti? - la pregunté.

Sacudió la cabeza.

- No lo sé, Jerry. Pero tengo un miedo terrible y la convicción de que lo sabremos dentro de un día o dos.

* * *

Las tormentas tropicales se fundamentan en aparentemente leves diferencias de temperatura del aire. Una diferencia de media docena de grados sobre una área de centenares de kilómetros puede dar potencia a la gigantesca máquina calorífica de un huracán. El método de Ted de acabar con las perturbaciones tropicales antes de que llegasen a tener la fuerza huracanada era disminuir la diferencia de temperatura entre el núcleo de las perturbaciones y sus bordes externos.

La más próxima perturbación se desarrollaba con rapidez. Ya había pasado por encima de las islas de Leeward (Sotavento) y entró en el Caribe cuando llegaron hasta ella nuestros primeros aviones. El núcleo de la perturbación era una columna de aire cálido que salió disparada hacia lo alto desde la superficie del mar llegando hasta la tropopausa, a unos dieciséis kilómetros de altura. Girando en torno a esta columna había un aire relativamente más frío cayendo en el agujero de baja presión creado por la columna cálida.

Si la perturbación hubiera sido dejada en paz, habría empapado humedad del mar cálido y la habría condensado hasta convertirla en lluvia. El calor emitido por esta condensación hubiera impulsado vientos de creciente intensidad: se habría establecido un ciclo: vientos trayendo humedad, vapor de agua que se condensa en lluvia, calor emitido que fomenta el poder del viento. Por último, cuando la tempestad llegase a cierta intensidad, fuerza centrífuga empezaría a hacer descender por absorción aire más frío de las grandes alturas. El aire frío quedaría comprimido y recalentado al caer y luego se alimentaría en las impresionantes paredes nubosas que rodeaban el núcleo de la tormenta... que ahora sería el ojo de un huracán adulto. Mil megatones de energía quedarían sueltos, imparables, incontenibles hasta para el Proyecto THUNDER.

Nuestra misión era impedir que ese ciclo se estableciera. Teníamos que calentar el aire que fluía en la perturbación y enfriar su núcleo hasta que las temperaturas de toda la tempestad fuesen idénticas prácticamente. Una máquina calorífica con todas sus partes a la misma temperatura (O casi) dejaría de funcionar.

Cuando empecé a dar órdenes para las tres misiones simultáneas, Tuli asomó la cabeza a la puerta de mi despacho.

- Me voy para ver al dragón con mis propios ojos

- sonreía excitado.

-¿Cuál?

- El dragón Número Uno; ahora está en el Caribe.

- Lo sé. Buena suerte. Tráeme sus orejas.

Asintió; era un San Jorge de rostro redondo y moreno que iba a luchar contra el monstruo más destructivo que se enfrentara jamás al hombre.

Mientras yo repartía órdenes por los teléfonos una batería de lasers a bordo de la Estación Atlántico comenzaba a lanzar su energía en las periferias del norte de las crecientes tormentas. Los lasers eran semejantes al tipo montado en los satélites defensivos antiproyectiles de la Fuerza Aérea. Se colocaron a bordo de la Estación Atlántica a instancias de Ted, con el respaldo particular del doctor Weis y de la Casa Blanca. Sólo a personal cuidadosamente elegido de la Aviación se le permitía acercarse. Toda la sección de la estación satélite en donde estaban instalados, se hallaba vigilada por centinelas, 'para disgusto de los paisanos a bordo.

Los aviones de una docena de campos circundaban los bordes nortes de las perturbaciones, sembrando el aire con cristales productores de lluvia.

- Hay que sembrar cuatro horas seguidas - me dijo una vez Ted -. Los primeros experimentos cometieron un error... Jamás permanecieron en la tarea lo bastante para forzar un efecto en el tiempo.

Yo contemplaba la perturbación en el Caribe. Esa era la amenaza más próxima y la más desarrollada de las cuatro. Puntos de radar, encartados en la gigantesca pantalla visora de Ted, mostraban nubes lluviosas extendiéndose y rociando de precipitación una zona cada vez más amplia. Mientras el vapor de agua en el aire sembrado se condensaba en gotitas, la temperatura del aire creció ligeramente. Los lasers disparados por el satélite también ayudaban a calentar el aire que entraba en la perturbación y confundir así su sistema circulatorio.

Parecía como si sólo ampliáramos la perturbación. Pero Ted y el resto del personal técnico habían calculado el equilibrio energético de la joven tormenta. Sabían lo que se hacían. Eso no me impidió mordirme, pensativamente el labio inferior.

Tuli se encontraba en un bombardero de la Fuerza Aérea, formando parte de dos escuadrillas de aviones que volaban a altitudes preestablecidas. Desde casi el nivel del mar hasta quince mil metros rugían penetrando en la columna central de aire cálido en formación precisa y comenzaban a dejar caer toneladas de nitrógeno líquido en medio del creciente y ascendente aire tropical.

El aspecto fue espectacular. Las pantallas de televisión a lo largo de todo el gran mapa mostraban lo que velan los aviones: nubes tremendas de espuma blanca quedando detrás de cada avión mientras el líquido congelador helaba el vapor de agua en la columna cálida. Parecía como si algún viento cósmico de pronto hubiese dejado caer su aliento frígido por todo el aire. El nitrógeno se evaporaba con rapidez, absorbiendo grandes cantidades de calor. La mayor parte del vapor congelado simplemente volvió a evaporarse, aunque los puntos de radar mostraban que tenía lugar cierta condensación y lluvia actuales.

Me dirigí hasta el escritorio de Ted para comprobar los resultados del núcleo congelante.

- Parecen buenos - decía por teléfono.

El teletipo contiguo a su escritorio tomó vida. Empezó a imprimir un informe de los aviones de observación que seguían a los bombarderos.

Ted se acercó y miró los números.

- Se rompió el núcleo. Ahora, si no se reconfirma podemos borrar del mapa la perturbación Número Uno. Cayó la tarde antes de poder estar seguros. La fuente de energía de la perturbación, las diferentes temperaturas de las masas de aire que contenía, les había sido arrebatada. La pantalla mostraba una larga zona de isobaras concéntricas e irregulares, como un ojo de buey retorcido, con una "B" toscamente trazada señalando el centro de la zona de bajas presiones, precisamente al norte de Jamaica. Las cifras de la pantalla mostraban una presión central de 991 milibares, de ningún modo próxima a la del huracán típico. Las velocidades del viento habían alcanzado los cincuenta y dos nudos y ahora disminuían. Kingston y Guantánamo informaban lluvia entre moderada y fuerte, pero en Santo Domingo, a casi mil kilómetros en dirección oeste, el cielo estaba despejado ya.

La perturbación se había convertido en otra pequeña tormenta tropical y automáticamente se debilitaba. Las dos perturbaciones más lejanas, a medio cruzar el océano, habían sido por completo barridas. Los aviones regresaban a sus bases. Las dotaciones de los láser a bordo de la Estación Atlántica recargaban sus bobinas almacenadoras de energía.

-¿Tendré que procurar que los aviones recarguen y vuelen para efectuar otra misión esta noche? - pregunté a Ted. Quizás aún podríamos atacar a la Número Dos.

Sacudí la cabeza.

- De nada servirle. Fíjate - dijo, señalando al mapa visor -. Para cuando los aviones llegasen hasta allí, se habría convertido en un huracán adulto. Ahora nada podemos hacer a ese respecto.

XVIII

OMEGA

Aquella noche no dormimos. Permanecimos en el centro de control y vigilamos cómo se desarrollaba la tormenta en la imagen que la TV emitió desde la Estación Atlántica. De noche tenían que utilizar cámaras a infrarrojos, claro, pero podíamos seguir viendo... en fantasmales imágenes IR... una amplia espiral de nubes extendiéndose por más de seiscientos kilómetros de océano abierto.

Prácticamente nadie había abandonado el centro de control, pero en la gran sala reinaba un silencio mortal. Incluso el parlotear de las máquinas calculadoras y teletipos parecía haberse detenido. Los números de la pantalla trazadora empeoraron rápida mente. La presión barométrica cayó hasta 980, 975, 965 milibares. La velocidad del viento subió a 75 nudos, 95, 110. A las diez en punto la perturbación tropical era ya un gigantesco huracán.

Ted se inclinó por encima del escritorio y tecleó un nombre para la tempestad en el tablero de la pantalla visora: "OMEGA".

- De un modo u otro, es el fin de THUNDER - murmuró.

Las letras brillaron en lo alto de la pantalla. En un rincón de la vasta habitación, una de las chicas rompió en sollozos.

Durante las primeras horas de la madrugada, el huracán Omega creció rápidamente de tamaño y en fuerza. Una banda inmensa de nubes se cernía desde el mar hasta más de dieciocho mil metros, dejando caer cincuenta milímetros por hora de agua de lluvia en una zona de casi setecientos mil kilómetros cuadrados. La presión de su núcleo había caído a 950 milibares y las velocidades centrales del viento alcanzaban hasta más de 140 nudos y seguían subiendo.

- Parece como si estuviese vivo - susurró Tuli mientras contemplábamos la pantalla -. Crece, se alimenta, se mueve.

A las dos de la madrugada, hora de Miami, el alba rompía sobre el huracán Omega. Seis trillones de toneladas de aire repleto con la energía de un centenar

de bombas de hidrógeno, una cabeza motora sin cerebro, descomunal, suelta, apuntaba hacia la civilización, hacia nosotros.

Las olas eran azotadas por la furia de Omega y se extendían por todo el Atlántico y se veían como una marea peligrosa en las playas de cuatro continentes. Las aves marinas quedaban absorbidas dentro de la tempestad pese a sus esfuerzos, para quedar empapadas y maltrechas hasta el agotamiento; su única esperanza era llegar hasta el centro del huracán, donde el aire era tranquilo y claro. Un barco mercante que hacia la ruta Nueva York Ciudad de El Cabo, a ochocientos kilómetros del centro de Omega, pedía frenético auxilio mientras olas montañosas dominaban el esfuerzo de las bombas de achique del navío. Omega siguió hacia adelante, emitiendo tanta energía cada quince minutos como una bomba de diez megatones.

Mirábamos, escuchábamos, fascinados. El rostro de nuestro enemigo nos hacía a todos nosotros, incluso creo que a Ted, sentirnos desvalidos. Al principio el ojo de Omega, visto desde las cámaras del satélite, era vago y cambiante, cubierto por nubes cirrosas. Pero, por último, se serenó y se abrió una fuerte columna de aire claro, el pilar poderoso y central del huracán, él anda de giro en torno a la cual los vientos furiosos bramaban su canción primitiva de violencia y terror.

Barney, Tul y yo nos sentábamos en torno al escritorio de Ted, mirándole; su ceño se profundizaba al empeorar la tormenta. No nos dimos cuenta que era de día hasta que volvió a telefonar el doctor Weis. Parecía cansado.

- Llevo toda la noche contemplando la tormenta - dijo. El Presidente me llamó hace pocos minutos y me preguntó qué pensaba hacer.

Ted se frotó los ojos.

- No puedo destruirla, si a eso se refiere. Ahora es demasiado grande. Seria como intentar apagar con una manta el incendio de un bosque.

-¡Bueno, tienen que hacer algo! - saltó Weis -. Nuestras reputaciones dependen de esa tormenta. ¿Comprende? La suya, la mía y la del Presidente... por no decir nada acerca del futuro del control del tiempo en este país.

- Ya le dije, en marzo pasado y en Washington, que THUNDER era una manera equívoca de abordar los huracanes... - repuso Ted.

- Sí y en julio anunció a la prensa que ningún huracán llegaría hasta los Estados Unidos. Así que ahora, en lugar de ser un fenómeno de la naturaleza, los huracanes se han convertido en arma política.

Ted sacudió la cabeza.

- Hicimos cuanto pudimos.

- Pues tienen que hacer más. Intenten gobernar al huracán, cambiar su rumbo para que no azote la costa.

-¿Se refiere usted a cambiar los sistemas del tiempo? - Ted se iluminó. ¿Controlar la situación para que...?

-¡No me refiero a control del tiempo! ¡No encima de los Estados Unidos! - dijo con firmeza el doctor Weis -. Pero pueden efectuar los cambios que deseen sobre el océano.

- Eso no resultará respondió Ted -. No tenemos bastante punto de apoyo para conseguir algo bueno. Quizá lo desviaríamos unos cuantos grados, pero en alguna parte lograría tocar la costa. Todo lo que podríamos hacer sería enredar en el rumbo de la tormenta, no estando seguros de dónde azotaría.

-¡Tienen que hacer algo! No podemos permanecer sentados y dejar que ocurra lo que ocurra. Ted, yo no intenté decirle cómo dirigir THUNDER, pero ahora le doy una orden. Es preciso que haga un intento para alejar la tormenta de la costa. Si fracasamos, por lo menos nos hundiremos luchando. Quizá logremos salvar algo de todo este caos.

- Perder el tiempo - murmuró Ted.

Los hombros del doctor Weis se movieron como si estuviese levantando las manos, fuera del ojo de la cámara.

- Inténtelo de alguna forma. Podría resultar. Quizá tengamos suerte...

- Está bien - contestó Ted encogiéndose de hombros -. Usted es el jefe.

La pantalla se oscureció. Ted nos miró.

- Ya oíste al hombre. Vamos a jugar los flautistas de la orquesta, con el director improvisado.

- Pero no puede hacerse - dijo Tuli -. No se puede.

- Eso no importa. Weis trata de salvar su cara bonita. Tenias que haberlo comprendido, camarada.

Barney miró la pantalla trazadora. Omega se encontraba al noroeste de Puerto Rico y marchaba hacia Florida.

-¿Por qué no le dijiste la verdad? - preguntó a Ted -. Sabes que no podemos dirigir a Omega. Incluso aun cuando nos hubiera dado permiso para intentar completamente el control del tiempo, no podríamos estar seguros de mantener a la tempestad fuera de la costa. No debiste ...

¿No debí qué - repuso Ted -. ¿No debía haber aceptado THUNDER cuando Weis y el Presidente me lo ofrecieron? ¿No debía haber dicho aquello a los periodistas sobre detener todos los huracanes? ¿No debía haber confesado a Weis que intentaríamos gobernar y dirigir Omega? Hice las tres cosas y las repetiría. Prefiero hacer **algo**, aun cuando no sea lo mejor. Hay que continuar moviéndonos; una vez nos paremos, habremos muerto.

- Pero, ¿por qué formulaste aquella loca promesa a los periodistas? - preguntó Barney, casi suplicante.

Frunció el ceño, pero más para sí que para la muchacha?

-¿Cómo quieres que lo sepa? Quizá porque Weis estaba allí sentado delante de las cámaras, tan seguro de sí mismo. Seguro y sereno. Quizás yo fui lo bastante loco para creer que realmente podríamos acabar con todos los huracanes que se presentaran esta temporada. Quizás yo esté loco. No lo sé.

-¿Pero ahora qué haremos? - pregunté.

Miró hacia la pantalla trazadora.

- Tratar de gobernar Omega, tratar de salvar la cara bonita de Weis. Señalando a un símbolo en el mapa a varios centenares de kilómetros al norte de la tempestad, dijo -: Ahí hay anclado un puesto avanzado de sonar de la Marina. Voy a trasladarme a él, para ver si puedo echar un vistazo directo a este monstruo.

- Eso... eso es peligroso - dijo Barney.

Se encogió de hombros.

- Ted, no puedes dirigir la operación desde el centro del océano - afirmé.

- El destacamento es un sitio estupendo para ver la tormenta... Por lo menos, su borde. Quizá pueda conseguir que un avión la atravesase. Estuve toda la temporada luchando contra los huracanes sin ver uno. Además, el navío forma parte de la red de avisos antisubmarina de la Marina y, está dotado de todo un equipo completo de comunicaciones. Me mantendré en contacto con vosotros a cada minuto, no os preocupéis.

Pero si la tormenta va hacia allá...

- Que venga - dijo -. De cualquier forma acabará con nosotros dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, dejándonos atónitos mirándole.

Barney se volvió a mí.

- Jerry, cree que le culpamos de todo lo ocurrido. Tenemos que detenerle.

- Nadie puede detenerle. Lo sabes. En cuanto se le mete algo en la cabeza...

- Entonces me iré con él - se levantó de la silla.

La cogí del brazo.

- No, Jerry - me dijo -. No puedo dejarle solo.

-¿Te da miedo el peligro que corre o el hecho de que se marcha?

- Jerry, dado el humor en que está ahora... no piensa en nada...

- Está bien - dije, tratando de calmarla -. Está bien. Iré yo. Me aseguraré de que no se moje los pies.

-¡Pero es que no quiero que ninguno de los dos Corráis peligro!

- Lo sé. Me cuidaré de él.

Me miró con aquellos ojos nublados, gris-verdosos...

- Jerry... no le permitirás que cometa una locura, ¿verdad?

- Ya me conoces; no soy ningún héroe.

- Sí, lo eres - dijo. Y noté cómo las entrañas se me revolvían.

La dejé allí con Tuli y salí presuroso al aparcamiento.

El brillante sol del exterior fue una dolorosa sorpresa. Hacia calor y humedad, aun cuando el día sólo tenía una hora de vejez.

Ted estaba subiendo a uno de los coches de servicio para el personal del Proyecto cuando le alcancé.

- Un tipo terrestre como tú no debería perderse sólo en el océano - dije.

Sonrió.

- Sube a bordo, marino.

El día tenía mal aspecto. Las brisas marinas, de ordinario templadas, se hablan como apagado. Mientras conducíamos a lo largo del muelle de Miami, el aire era opresivo, ominoso. El cielo parecía una brasa, el agua estaba mortalmente tranquila. Los veteranos pescadores de los muelles miraban hacia el horizonte en la parte sur y asentían mutuamente. Iba a venir.

El color del mar, la forma de las nubes, la visión de un tiburón cerca de la costa, el modo en que las aves se posaban... todo esto eran presagios.

Venía.

Dormimos la mayor parte del vuelo hacia aquel destacamento de sonar. El avión reactor de la Marina se posó suavemente en el ondulado mar y un helicóptero del navío nos llevó a bordo. El barco era semejante a los dragadores de gran profundidad empleados por la Thornton Pacific. Para el trabajo antisubmarino, sin embargo, el equipo de dragado estaba sustituido por una fantástica colección de antenas de radar y comunicaciones.

- Me temo que los visitantes tengan prohibido bajar a las bodegas - dijo el regordete teniente que nos dio la bienvenida a su navío. Mientras abandonábamos la zona de aterrizaje del helicóptero, en popa, dirigiéndonos al puente, añadió: Este cascarón es una estación de sonar flotante. Todo lo que hay bajo cubierta está clasificado, excepto los calabozos y la cocina y en ese último lugar el cocinero ni siquiera me permite la entrada a mí.

Rió su propio chiste. Era un americano de rostro agradable, casi de nuestra edad, barbilla cuadrada, recia construcción, de los de la especie que se queda toda la vida en la Marina.

Subimos por la escalerilla hasta el puente.

- Estamos aquí anclados dijo el teniente -, con un equipo especial en el fondo y cables de arresto, así que el puente se usa menos para navegación que para comunicaciones.

Mirando a nuestro alrededor, pudimos comprender lo que quería decir. Uno de los tabiques del puente estaba literalmente cubierto de pantallas visoras, de autotrazadores de rumbo y de controles electrónicos.

- Creo que podrán seguir el rastro de su huracán sin mucha dificultad - señaló orgulloso hacia el equipo de comunicaciones.

- Si no podemos - contestó Ted -, no será culpa suya.

El teniente nos presentó a su jefe técnico de comunicaciones, un marinerito quisquilloso que acababa de recibir su diploma de ingeniería y se había alistado por dos años en la Marina. A los pocos minutos hablábamos con Tuli, que se encontraba en el cuartel general de THUNDER.

- La humedad parece haber disminuido un poquito dijo Tuli, su rostro impasible enmarcado en la pantalla -. Se encuentra a mitad de camino entre la posición vuestra y Puerto Rico.

- Recuperando fuerzas - murmuró Ted.

Ted suministré la información de los computadores de THUNDER al autorrastreador del destacamento y pronto tuvimos una versión en miniatura del mapa gigante de Ted en una de las pantallas del puente.

Ted estudió el mapa, murmurando:

- Si pudiésemos proporcionarle algo de agua caliente... dándole un atajo hasta la rama exterior de la Corriente del Golfo... entonces quizá pasase rozando la costa.

El teniente nos estaba mirando desde uno de los taburetes que se plegaban incorporándose a la pared del puente cuando no se les utilizaba.

- Son sólo deseos míos - continuó murmurando Ted -. El modo más rápido de moverlo sería colocar una célula de baja presión en el norte... para que se dirigiera hacia septentrión...

Habló de eso con Tuli durante casi una hora, encaramado en un taburete giratorio instalado en la cubierta cerca de la mesa de mapas. El cocinero asomó por la escotilla de estribor del puente y entró con una bandeja de bocadillos y café. Ted, distraído, tomó un tazón y un bocadillo, todavía enzarzado en su charla con Tuli.

Por último, dijo a la pantalla visora:

- Está bien, profundizaremos ese agujero lejos de Long Island y trataremos de convertirlo en una verdadera célula de tormentas.

Tul asintió, pero se le veía evidentemente poco satisfecho.

- Que Barney repase en el computador todos los datos tan de prisa como pueda, pero será mejor que prepares los planes ahora mismo. No esperes a que termine el computador. Hay que atacar mientras aún está quieto el huracán. De otro modo... - su voz quedó cortada.

- De acuerdo - repuso Tuli -. Pero daremos palos de ciego.

- Lo sé. ¿Tienes alguna idea mejor?

Tuli se encogió de hombros.

- Entonces que despeguen los aviones. - Se volvió a mí -. Jerry, tenemos elaborado un plan de batalla. Tuli te dará los detalles.

Me puse en pie en la resbaladiza cubierta del navío. El barco volvió a estremecerse y giró en redondo. Una ola nos dio por el otro costado y recorrió la cubierta, metiéndonos en agua espumosa hasta la rodilla y, por fin, la cubierta, volvió a ascender y quedó despejada temporalmente de olas.

- ¡Omega ha ganado! - rugió Ted en mi oído, por encima del bramar del viento -. ¡Estamos atrapados!

Permanecimos allí, agarrados a los asideros. El mar era imposible de describir... Una mezcla confusa de olas sin sentido ni sistema, sus cumbres desgarradas por el viento, la espuma mezclándose con la lluvia cegadora.

El teniente pasó junto a nosotros, agarrándose mano tras mano en la cuerda que corría a lo largo de superestructura.

-¿Se encuentran los dos bien?

- ¡No hay huesos rotos!

-¡Será mejor que suban al puente! - gritó. Estábamos cara a cara, casi tocándose nuestras narices; sin embargo, apenas podíamos oírle. ¡He dado órdenes de levar todas las anclas y de aumentar la presión de las calderas! ¡Tenemos que intentar salir de este azote mediante toda la potencia del barco! ¡Sí nos quedamos aquí, nos hundiremos!

Ahora me tocaba el turno. Pasé la mayor parte de la tarde consiguiendo que los aviones adecuados con la carga justa fuesen a los sitios exactos en donde era preciso realizar el trabajo. Durante toda esta operación me llamaba a mí mismo idiota por haber aceptado este exilio en el centro del océano. Necesité el doble de tiempo para enviar las órdenes que si hubiera estado en el cuartel general.

- No te molestes en decirlo - afirmó Ted cuando terminé -. Fue una estupidez venir aquí, de acuerdo. Pero es que tenía que alejarme de aquel lugar antes de remontar la cumbre de la colina.

-¿Pero qué de bueno haces aquí? --pregunté.

Se aferró a la barandilla del puente y miró más allá de la proa del navío, hacia el horizonte.

- Podemos dirigir el espectáculo también desde aquí... quizá sea un poco más difícil que en Miami, pero se puede hacer. Si todo resulta, nos rozará el borde de la tormenta. Me gustaría verla. Quiero notarla, ver lo que es capaz de hacer. Jamás vi un huracán desde tan cerca. Y es mejor estar aquí sentado, que en aquel cascarón sin ventanas del cuartel general.

-¿Y si las cosas no van bien? - pregunté -. ¿Y si la tempestad no se mueve del modo en que tú quieres?

Dio media vuelta.

Probablemente no se moverá.

- Entonces podíamos perdernos todo el espectáculo.

- Quizás. O también podría descender hacia aquí y soplarnos en el cuello.

- Omega podría... ¿podría pillarnos en su centro?

- Existe tal posibilidad - dijo tranquilamente -. Será mejor que durmamos un poco ahora que se puede. Más tarde estaremos muy atareados.

El oficial ejecutivo nos acomodó en un pequeño camarote con dos literas. Parte de la tripulación del destacamento estaba de permiso en tierra y tenían un compartimento que nos pudieron destinar. Traté de dormir pero pasé la mayor parte de las últimas horas de la tarde agitándome incómodo. Al oscurecer, Ted se levantó y fue al puente. Le seguí.

-¿Ve esas nubes, bien en el horizonte sur? decía al teniente. Se trata del huracán. Sus bordes externos.

Lo comprobé con el cuartel general de THUNDER. Los aviones habían sembrado el agujero de baja presión lejos de Long Island, sin incidentes. Las estaciones meteorológicas a lo largo de la costa y el equipo automático en satélites y aviones, informaban del desarrollo de una pequeña célula tempestuosa.

El rostro de Barney asomó a la pantalla. Parecía muy preocupada.

-¿Está Ted?

- Aquí mismo - se colocó a la vista.

- El trabajo del computador ha terminado - dijo, apartándose un mechón de la frente -. Omega seguirá hasta el norte pero sólo temporalmente. Volverá a encabezarse tierra adentro a primeras horas de mañana. Dentro de dos días atacará la costa entre Cabo Hatteras y Washington.

Ted emitió un bajo silbido.

- Pero eso no es todo - continuó El rumbo de la tormenta cruza por encima del navío en que estáis ahora. ¡Os veréis en el centro de todo el huracán

- Tendremos que partir de aquí enseguida - dije.

- No hay prisa - repuso Ted -. Podemos pasar la noche en el barco. Quiero ser testigo de su desarrollo.

- Ted no seas loco - aconsejó Barney -. Será peligroso.

El le sonrió.

-¿Celos? No te preocupes, sólo quiero echar un vistazo al huracán; luego volaré hacia ti.

- Tozudo... ~- El rizo rubio volvió a caerle sobre los ojos y lo apartó con un gesto colérico. ¡Ted, ya es hora de que dejes de comportarte como un muchacho malcriado Claro que estoy celosa! ¡Estoy harta de luchar contra toda esta atmósfera atorbellinada! Tienes responsabilidades y si no deseas vivir para afrontarías... bueno... ya sabes lo que quiero decir.

- Está bien, está bien. Volveremos mañana por la mañana. De cualquier forma será más seguro viajar de día:

Omega sigue moviéndose despacio; tendremos tiempo suficiente.

- No, si comienza a acelerar su movimiento. Los cálculos del computador han sido sólo un primer vistazo al problema. La tormenta podría acelerarse antes de lo que creemos.

- Llegaremos bien a Miami, no te preocupes.

- No, ¿por qué iba a preocuparme? - exclamó Barney -. Están solos, a casi mil kilómetros en alta mar, con un huracán que se cierne sobre vosotros.

- Simplemente a una hora de la base. Vete a dormir Empezaremos el vuelo por la mañana.

El viento arreciaba cuando volví a mi camarote y el navío empezaba a mecerse en un mar cada vez más alborotado. Yo había navegado en lanchas sin cubierta durante tempestades y logré dormir con un tiempo peor que éste. No eran las condiciones momentáneas lo que me preocupaba. Era el conocimiento de lo que se nos venía encima.

Ted permaneció en cubierta, contemplando cómo se oscurecía el cielo meridional, con la mortífera satisfacción de un general que observa el avance de un ejército mucho más fuerte que el suyo. Concilié el sueño diciéndome que tendría que arrancar a Ted de este barco tan pronto como el avión pudiera recogerlos, aun cuando tuviera que obligar a los marineros a atarle con cadenas de áncora.

Por la mañana la lluvia era fuerte y el navío bailoteaba en medio de grandes olas. Fue un esfuerzo cruzar el estrecho pasillo que conducía al puente, con la cubierta inclinándose bajo los pies y el navío agitándose lo bastante fuerte como para lanzarme contra las mamparas.

Arriba, en el puente, el viento aullaba mientras un marinero me ayudó a colocarme un impermeable y un chaleco salvavidas. Cuando me volví para abrocharlos, vi que la cubierta en donde estaba el helicóptero aparecía vacía.

- El aparato se llevó a la mayor parte de la tripulación hace una hora - me susurró al oído el marinero. Fueron al encuentro del hidroavión al oeste de aquí, en donde la situación no es tan dura. Cuando venga, todos nos marcharemos.

Asentí y le di las gracias.

- Es hermoso, ¿verdad? - me gritó Ted cuando entré en la sección abierta del puente -. Y se mueve mucho más deprisa de lo que imaginábamos.

Me agarré a un asidero entre él y el teniente. En dirección sur con respecto a nosotros se veía una sólida pared negra. Las olas rompían contra las amuras y la lluvia era una fuerza batiente cayendo sobre nuestras caras.

-¿Podrá recogerlos el helicóptero? - pregunté al teniente.

- Hemos tenido vientos peores que este - me gritó como respuesta -, pero no me gustaría quedarme una hora más, aproximadamente.

El técnico en comunicaciones cruzó el puente tambaleándose en dirección nuestra.

- El helicóptero está en camino, señor. Se encontrará aquí dentro de diez o quince minutos.

El teniente asintió.

- Tendré que ir a popa para cuidar que el helicóptero quede bien sujeto en cuanto se pose. Ustedes dos estén dispuestos para subir a bordo cuando se les de la orden.

- Lo estaremos - dije.

Cuando el teniente abandonó el puente, pregunté a Ted.

- Bueno, ¿te causa algún bien todo esto? Con franqueza, preferiría mucho más estar en Miami... me sentirla más feliz.

-¡Es verdaderamente brutal! - gritó -. ¡Resulta muy distinto verlo así que contemplarlo en un mapa.

-¿Pero por qué...?

- Esto es el enemigo, Jerry. Tratamos de acabar con esto. Piensa en lo mucho mejor que te sentirás después de que hayamos aprendido cómo detener los huracanes.

-¡Si vivimos lo bastante para aprenderlo!

El helicóptero apareció a la vista, fuertemente inclinado con respecto al viento furioso. Miré, con igual fascinación y terror, mientras descendía hasta la zona de aterrizaje, tratando de bajar, viéndose arrastrado hacia atrás por una ráfaga terrible, luchando otra vez para conseguir llegar a la pequeña pista y, por último, posándose en la agitada cubierta. Un equipo de marineros cruzó el rectángulo cuadrado y húmedo para sujetarlo con cables unidos al tren de aterrizaje, incluso antes de que las aspas del motor empezasen a disminuir sus giros. Una ola cogió al navío de costado y derribó a un marinero. Sólo entonces me di cuenta de que cada hombre tenía una gruesa cuerda atada a su cintura. Por fin lograron dejar asegurado el helicóptero.

Me volví hacia Ted.

- Vámonos antes de que sea demasiado tarde.

Comenzamos a bajar por la escalerilla resbaladiza que conducía a la cubierta principal. Mientras avanzábamos centímetro a centímetro hacia popa, una ola tremenda cogió al navío por su centro y por poco lo hace volcar. El pequeño barco se estremeció violentamente y perdimos la cubierta de debajo de nuestros pies. Logré quedar de rodillas.

Ted me levantó.

- Vamos camarada. Omega está aquí.

Otra ola nos dio de lleno. Me agarré a un asidero y cuando mis ojos se aclararon vi como el helicóptero estaba absurdamente volcado de costado las amarras de su tren de aterrizaje azotando sueltas bajo el viento.

-¡Se han roto las amarras!

La cubierta volvió a oscilar y el helicóptero resbaló sobre su costado, rompiéndose los motores al dar contra la pista. Otra ola nos pilló. El navío saltó de manera terrible. El helicóptero se deslizó hacia atrás sobre uno de los costados y, luego, alzado por un muro sólido de verde espumoso, chocó contra la amura y cayó al mar.

Apoyado, insensible, en mis manos y rodillas, empapado hasta los huesos, maltrecho como un boxeador derrotado en su combate por el título, contemplé como el único eslabón que nos unía con la salvación desaparecía tragado por el furioso mar.

-¿Podemos hacer algo?

Me dirigió una áspera mirada.

-¡La próxima vez que trasteen con un huracán, háganlo cuando yo esté en tierra!

Seguimos al teniente hasta el puente. Por poco me caigo en la resbaladiza escalerilla, pero Ted me cogió con una de sus potentes zarpas.

El puente chorreaba a causa de las olas monstruosas y de la espuma que empapaba ya las cubiertas. Los paneles de comunicaciones, sin embargo, aparecían intactos. Pudimos ver el mapa que Ted programara en la pantalla autorrastreadora; seguía iluminado. Omega cruzaba la pantalla como un demonio todopoderoso. El diminuto puntito de luz que marcaba la situación del navío estaba muy adentrado en el torbellino del huracán.

El teniente luchó para alcanzar el intercomunicador del navío, mientras que Ted y yo buscábamos asideros.

-¡Jefe, ya tiene todos los caballos posibles! - Oí cómo el teniente bramaba en el micrófono del intercomunicador -. ¡Enviaré a las bombas a cuantos hombres haya disponibles! ¡Mantenga las máquinas en marcha! ¡Si perdemos potencia nos hundiremos!

Me di cuenta de que lo decía de verdad.

El teniente cruzó hacia nosotros y se agarró a la mesa de mapas.

-¿Ese mapa es exacto? - preguntó con un grito a Ted. El corpulento pelirrojo asintió.

- Hasta el último minuto. ¿Por qué?

¡Trato de calcular un rumbo que nos saque de la acción del huracán! ¡No podemos soportar más aporreamiento! ¡El barco recibe más agua de la que sus bombas de achique pueden evacuar! ¡La sala de máquinas se está inundando!

-¡Entonces diríjase hacia el suroeste! - dijo Ted a pleno pulmón -. En esa dirección saldremos del borde interno del huracán, lo más rápidamente posible.

-¡No podemos! ¡Tengo que mantener el mar a nuestra popa, o de otro modo volcaríamos!

-¡¿Qué?!

- Es necesario que demos proa al viento - gritó -. Sólo para cortar de lleno a las olas.

-¡Cierto! Asintió el teniente.

- Pero entonces viajará con la tormenta. Nunca saldrá. ¡El huracán nos arrastrará todo el día!

-¡¿Y cómo sabe usted en qué dirección van las tormentas?! ¡Esta podría cambiar de rumbo!

- Ni soñarlo - Ted señaló con el dedo la pantalla rastreadora -. Marcha hacia el noroeste ahora y seguirá en este rumbo durante el resto del día. Lo mejor es encaminarse hacia el objeto o núcleo.

-¿Hacia el centro? ¡No llegaríamos nunca!

Ted sacudió la cabeza.

- Nunca saldremos de aquí si marcha usted derecho contra el viento. Pero si es capaz de hacer cinco nudos a la hora, poco más o menos, podremos describir espirales que nos conduzcan al centro. Allí reina la calma.

El teniente miró la pantalla.

-¿Está seguro? ¿Conoce exactamente hacia dónde se mueve la tempestad y lo deprisa que va?

- Podemos comprobarlo.

Rápidamente nos pusimos en comunicación con el cuartel general de THUNDER, transmitiendo hasta el satélite Estación del Atlántico para que lo reenviase a Miami. Barney estaba casi frenética, pero logramos apartarla pronto de la línea.

Tuli respondió a nuestras preguntas y nos dio las predicciones exactas en cuanto a dirección y velocidad del Omega.

Ted entró con un mojado puñado de notas para proporcionar los informes al computador de rumbo del navío.

Barney logró colocarse otra vez en la pantalla.

- Jerry... ¿Estáis bien?

- Otras veces estuve mejor, pero creo que saldremos bien de ésta. El navío no se encuentra en verdadero peligro - mentí.

-¿Estás seguro?

- Claro. Ted se encuentra preparando un rumbo con el capitán. Dentro de pocas horas estaremos de regreso a Miami.

- Ahí afuera la cosa parece terrible.

Otra ola gigantesca cruzó la proa y ocultó el puente bajo espumas.

- No es un tiempo apto para excursiones - reconocí -, pero no nos preocupamos, así que no te trastornes tú tampoco - No estamos preocupados, estamos blancos de miedo, añadí en silencio.

De mala gana, el teniente aceptó dirigirse hacia el centro de la tormenta. Era o hacerlo o enfrentarse a un aporreamiento que haría pedazos el navío en pocas horas. Dijimos a Tuli que enviase un avión hasta el ojo del huracán para tratar de recogerlos.

El tiempo cronológico perdió todo significado. Seguimos resistiendo empapados hasta la medula, marchando a través de un infierno acuoso y salvaje, con el viento azotándonos diabólicamente, el mar en un caos absoluto. Nadie permaneció en el puente excepto el teniente, Ted y yo. El resto de la reducida tripulación del navío estaba ahora bajo cubierta, haciendo funcionar las bombas de a. bordo con todas las energías posibles. El autopiloto del navío' y el computador de guía nos mantuvieron en el rumbo que Ted y el teniente habían calculado.

Entrar en el ojo del huracán era como cruzar la puerta que separa un manicomio de un jardín pacífico. Durante un momento nos veíamos aporreados por las olas montañosas y viento implacable, con lluvia y espuma, siendo difícil ver incluso a un palmo de las narices. Luego, el sol rompía la marea de nubes otra vez y el viento cesaba bruscamente. Las olas seguían siendo fuertes espumosas, mientras avanzábamos como cojeando hacia el lugar descubierto. Pero por fin nos fue

posible alzar las cabezas sin que las golpease el viento y la espuma que éste transportaba.

Nubes impresionantes se alzaban a nuestro alrededor, pero este retazo de océano era seguro. Los pájaros revoloteaban en torno nuestro y muy en lo alto un reactor de despegue vertical daba vueltas, enviado por Tuli. El avión efectuó una pasada próxima por encima nuestro, luego descendió sobre la pista del helicóptero en la popa del navío. Su tren de aterrizaje apenas tocó en la cubierta y la cola sobresalía de la destrozada barandilla por la que el helicóptero cayó al mar.

Tuvimos que agacharnos bajo el morro del avión y entrar por una escotilla de su panza, puesto que los reactores de los extremos de las alas seguían llameantes. Mientras nos apiñábamos en el estrecho compartimento de pasajeros, el avión ascendió rápidamente. Los reactores de las alas giraron preparándose para el vuelo horizontal y pronto el aparato adquirió velocidad supersónica. Ascendimos de manera brusca y en dirección a las propias nubes.

Cuando miré hacia abajo, al pequeño navío que disminuía de tamaño rápidamente, me di cuenta también que el teniente se esforzaba en dirigir a su embarcación una última mirada.

- Lamento que haya tenido que perder su barco - dije.

- Bueno, otra ola en esos mares habría terminado con nosotros - dijo tranquilo. Pero seguía mirando pensativo por la ventanilla hasta que las nubes cubrieron al abandonado barco.

XIX

LOS FABRICANTES DEL TIEMPO

Barney nos esperaba en el aeropuerto de la Marina con ropas secas, los últimos mapas y predicciones sobre Omega y una gran cantidad de emoción femenina. Jamás olvidaré verla correr hacia nosotros mientras bajábamos por la escotilla principal del aparato. Rodeó con sus brazos el cuello de Ted, luego hizo lo mismo con el mío y después volvió con Ted.

-¡Me teníais tan asustada! - gimió.

Ted soltó una carcajada.

- Estamos un poco alborotados.

Se necesitó casi una hora para alejarnos del aeropuerto. Los jefazos de la Marina, los oficiales secundarios, periodistas, fotógrafos... todos querían que les habláramos. Yo les entregué al teniente diciendo:

- Es el verdadero héroe. Sin él todos nos habríamos ahogado.

Mientras convergían sobre él, Ted y yo tuvimos oportunidad de cambiarnos de ropa en el dormitorio de un oficial y escabullirnos hasta el coche que Barney tenía dispuesto.

- El doctor Weis ha estado en el teléfono todo el día - nos dijo Barney mientras el conductor salía hacia la autopista principal que conducía al muelle de Miami y al cuartel general de THUNDER.

Ted frunció el ceño y extendió los informes de Omega sobre su regazo. Sentada entre nosotros dos, ella señaló al último mapa.

- Aquí está el camino de la tormenta... Al noventa por ciento de seguridad, con más o menos un dos por ciento de margen de error.

Ted emitió un silbido.

- Se meterá en Washington y luego subirá por la costa. Va a causar daños en algo más que las reputaciones.

- Le dije al doctor Weis que le llamarías en cuanto pudieses.

- Bueno - contestó de mala gana -. Solucionemos ese detalle.

Yo marqué el número particular del Consejero Científico en el teléfono instalado en el asiento del coche. Después de unas breves palabras con una secretaria, el rostro tenso del doctor Weis apareció en la pantalla.

- Se han salvado - dijo triste.

-¿Desencantado?

- Tal como tenemos el huracán viniendo sobre nosotros, no nos hubiese venido mal un mártir o dos.

- El dirigirlo no resultó - dijo Ted -. Lo único que nos queda probar es lo que se debió hacer desde el primer momento.

-¿Control del tiempo? ¡Absolutamente, no! Que nos azote un huracán es cosa mala, pero si ustedes tratan de trastear con el tiempo en toda la nación, cada

granjero, cada individuo en vacaciones, cada alcalde y gobernador y policía de tráfico, saltará contra nosotros.

Ted echaba chispas.

-¿Y qué piensan hacer? ¿Sentarse y aguardar? El control del tiempo es la última posibilidad de detener a este monstruo...

- Marrett, casi estoy dispuesto a creer que preparó usted la tormenta a propósito para obligarnos a permitirle que pusiera en práctica su idea favorita.

- Si hubiera podido hacerlo, no estaría aquí sentado discutiendo con usted.

- Claro que no. Pero, escúcheme. El control del tiempo queda fuera de toda consideración. Si hemos de aguantar un huracán, lo haremos; tendremos que reconocer que THUNDER era un proyecto demasiado ambicioso para que triunfara la primera vez. Tendremos que retirarlo. Intentaremos algo como THUNDER de nuevo el año que viene, pero sin todo este alboroto. Usted tendrá que llevar durante unos cuantos años una vida muy tranquila, Marrett, pero por último lograremos seguir adelante.

-¿Y por qué retroceder cuando se puede seguir adelante y detener este huracán?
- arguyó Ted -. ¡Podríamos empujar a Omega hacia el mar, lo sé muy bien!

- ¿Del mismo modo en que trató de dirigirlo antes? Tenga la certeza de que volvería a caer sobre usted.

¡Intentamos mover seis trillones de toneladas de aire con un plumero para el polvo! Hablo del verdadero control del tiempo, de sus sistemas a través del continente. ¡Resultará!

- No puede garantizar que resultará e, incluso si pudiese, no le creería. Marrett, quiero que vaya al cuartel general de THUNDER y se siente tranquilito allí. Puede usted operar en cualquier nueva perturbación que aparezca. Pero dejará en paz absolutamente al Omega. ¿Está claro? Si trata usted de tocar a esta tormenta de cualquier forma, procuraré que haya terminado su carrera. ¡Para siempre! - añadió.

El doctor Weis cortó la comunicación. La pantalla quedó a oscuras, casi tanto como el ceño en el rostro de Ted.

Durante el resto del viaje al cuartel general del Proyecto, no dijo nada. Simplemente permaneció allí sentado, como desplomado, retirado en sí mismo, los ojos hechos brasas.

Cuando el coche se detuvo, nos miró.

-¿Qué haríais si diese la orden de lanzar a Omega lejos de la costa?

- Pero el doctor Weis dijo...

- No me importa lo que dijera o lo que haga después. ¡Podemos detener a Omega!

Barney se volvió y me miró.

- Ted... yo siempre puedo volver a Hawai y ayudar a mi padre a conquistar su vigésimo millón. Pero ¿y tú, qué? Weis puede acabar con tu carrera permanentemente. ¿Y qué será de Barney y del resto del personal del Proyecto?

- La responsabilidad es mía. Weis no se preocupará por los otros miembros. Y a mi me importa muy poco lo que haga... No puedo quedarme sentadito como si fuese un tonto y dejar que ese huracán siga su camino. Tengo que ajustarle las cuentas al Omega.

-¿Sin pensar en lo que te costará?

Asintió muy serio.

- Sin pensar en nada. ¿Estáis conmigo?

- Me parece que estoy tan loco como tú - le oí decir -. Hagámoslo.

Salimos del coche y subimos hasta el centro de control. Cuando el personal empezó a arremolinarse en nuestro torno, Ted alzó los brazos reclamando silencio.

- Escuchen ahora.. el proyecto THUNDER está muerto. Tenemos que efectuar un trabajo de reconformar el tiempo. Vamos a empujar a ese huracán hacia el mar.

Luego empezó a dar órdenes como si hubiese estado ensayando toda su vida la llegada de este instante.

Cuando me dirigí hacia mi cabina, Barney me cogió del brazo.

- Jerry, pase lo que pase después, gracias por ayudarme.

- Somos cómplices - dije -. Antes, durante y después del hecho.

Sonrió.

-¿Crees que yo seria capaz de mirar una nube en el cielo si tú no hubieses accedido a ayudarme en esto?

Antes de que pudiera pensar en una respuesta, ella dio media vuelta y se dirigió a la sección de computadores'.

Apenas teníamos treinta y seis horas antes de que Omega azotase la costa de Virginia y se encaminase hacia Washington subiendo por Chesapeake Bay. Treinta y seis horas para manipular el tiempo por todo el continente norteamericano.

A las tres horas, Ted nos tenía en torno a su escritorio, sosteniendo en la mano derecha un grueso fajo de notas.

- No es tan mala la cosa como podría haberlo sido - nos dijo, gesticulando hacia la pantalla trazadora -. Este gran Anticiclón, posado cerca de los Grandes Lagos, es una masa de aire frío y seco que puede formar una pantalla por toda la Costa Este, si podemos hacerlo cambiar de posición. Tuli, ésa es tu tarea.

Tuli asintió con los ojos brillantes de emoción.

- Barney, necesitaremos predicciones exactas para cada parte del país, aun cuando se necesite emplear todos los computadores del Departamento de Meteorología para proporcionárnoslas.

- De acuerdo, Ted.

- Jerry, las comunicaciones son la clave. Ponte en contacto con toda la nación encargada de este servicio. Y vamos a necesitar aviones, cohetes, incluso quizás hondas. Pon la pelota en marcha antes de que Weis descubra lo que maquinamos.

-¿Qué hay de los canadienses? También estarás afectando su tiempo.

- Comunícate con ese individuo de enlace del Departamento de Estado y dile que el Departamento Meteorológico canadiense se ponga en contacto con nosotros. Sin embargo, al enlace no le expliques para qué.

- Es sólo cuestión de tiempo que Washington se entere - dije.

- La mayor parte de lo que tengamos que hacer es preciso realizarlo esta noche. Para cuando despierten, mañana por la mañana, ya estaremos lanzados.

Las velocidades centrales del viento en Omega habían ascendido a ciento veinte nudos al caer la tarde y seguían subiendo. Mientras el huracán marchaba hacia la costa, su furia aullante casi quedaba conjuntada por el estrépito de la acción en nuestro centro de control. No comimos, no dormimos. ¡Trabajamos!

Una media docena de satélites militares armados con lasers empezaron a lanzar torrentes de energía en zonas señaladas por las órdenes de Ted. Sus dotaciones habían sido alertadas semanas antes para cooperar con lo que les pidiese el Proyecto THUNDER y Ted y otros miembros de nuestro personal técnico les instruyeron antes de que comenzase la temporada de huracanes. Escuadrillas de aviones despegaron para sembrar productos químicos a todo lo largo de Long Island, en donde habíamos creado una célula débil tormentosa, en un vano intento de dirigir al Omega. Ted quería que la baja presión se profundizase, se intensificase... un agujero de presiones inferiores en el que el Anticiclón de los Grandes Lagos pudiera resbalar.

- intensificar la baja hará que Omega entre más deprisa también - destacó Tuli.

- Lo sé - fue la respuesta de Ted -. Pero los números están de nuestra parte, creo. Además, cuanto más deprisa se mueva Omega, menos posibilidades tiene de recuperar o fomentar las altas velocidades del viento.

A las diez de la noche habíamos pedido y recibido un análisis espacial del Centro Meteorológico Nacional, en Maryland. Indicaba que deberíamos desviar ligeramente la corriente en chorro, puesto que controlaba los sistemas de flujo de aire superior por toda la nación. Pero ¿cómo se desvía un río que tiene casi quinientos kilómetros de ancho, seis y medio de profundidad y que corre a lo largo de su rumbo a más de cuatrocientos ochenta kilómetros por hora?

- Se necesitaría una bomba de cien megatones - dijo Barney -, explotando a veinticinco kilómetros de altura por encima de Salt Lake City.

Ted por poco se ríe.

- Las N. U. necesitaron sólo un año para tenerla en su orden del día. Por no mencionar los ciudadanos soberanos de Utah y de otros puntos al este.

- Entonces, ¿qué hacemos?

Ted cogió la cafetera que tenía sobre el escritorio y se sirvió una taza de humeante líquido negro.

- El aire en chorro es una viva capa entre la tropopausa polar y de latitud media - murmuró, más para sí que para cualquiera de nosotros -. Si se refuerza el aire polar, debería empujar a la corriente en chorro hacia el sur...

Tomó un precavido chorro de café caliente.

- Tuli, ya estamos moviendo al anticiclón hacia el sur con respecto a los Grandes Lagos. ¿Qué tal mover una mayor masa polar desde el Canadá para que empuje a la corriente en chorro lo bastante como para que nos ayude?

- No tenemos suficientes tiempo y equipo para operar en Canadá - dije -. Y necesitaríamos permiso de Ottawa.

-¿Y por qué no invertir el procedimiento? - preguntó Tuli -. Podríamos encoger el Anticiclón del desierto sobre Arizona y Nuevo Méjico ligeramente y la corriente en chorro se moverla hacia el sur.

Ted frunció las cejas.

-¿Te parece que puedes lograrlo?

Necesitaré unos cuantos cálculos.

- Está bien a la tarea.

A la mañana siguiente, en Boston, la gente que se habla ido a la cama con una predicción meteorológica de "calor, pocas nubes", despertó en medio de una lluvia del noreste muy fría. La baja que se intensificó durante la noche sorprendió a los encargados de las predicciones locales. La oficina en Boston del Departamento Meteorológico emitió predicciones corregidas durante toda la mañana. Mientras la pequeña tormenta lluviosa se marchaba, el anticiclón de los Grandes Lagos entró entonces y causó una serie de frentes de chubascos y por último logró el sol romper por entre las nubes. El aire frío del anticiclón hizo que las temperaturas locales bajasen más de diez grados en una hora. Para los ignorantes habitantes de Nueva Inglaterra, aquél fue, simplemente, otro día extraño, algo más azorador que la mayoría de los pasados.

El doctor Weis telefoneó a las siete y media de la mañana.

-¿Marrett, ha perdido el juicio? ¿Qué cree que está haciendo? Le dije...

- No puedo charlar ahora, tenemos trabajo - repuso Ted.

- Mañana tendrá mi piel. Yo mismo se la llevaré. Pero primero voy a descubrir si tengo razón o me equivoco.

El Consejero Científico se volvió púrpura.

- Voy a enviar una orden a todas las instalaciones del Gobierno para que cesen...

- Será mejor que no. Estamos ahora en el centro de algunos movimientos peligrosos. Además, nunca descubriremos si resulta o no. La mayor parte de las modificaciones que hemos estado haciendo es irreductible. Veamos para qué sirven.

Barney entró precipitadamente con un manojito de hojas impresas por el computador mientras Ted cortaba la conexión telefónica.

- Va a haber helada en las Llanuras Centrales y en la parte norte de las Rocosas - dijo, echándose hacia atrás un cabello alborotado. Habrá algo de nieve. Todavía no hemos determinado la cantidad exacta.

Una helada en tiempo de cosecha. Sembrados arruinados, ciudades paralizadas por la nieve inesperada, fines de semana estropeados y, en las montañas, muertes por frío y cansancio.

- Envía la predicción a la red principal del Departamento de Meteorología - ordenó Ted -. Date prisa en avisarles.

La pantalla trazadora mostró claramente nuestra batalla. Omega, ahora con velocidades centrales de viento de ciento setenta y cinco nudos, aún marchaba hacia Virginia. Pero su progreso disminuía, aunque muy ligeramente, mientras el anticiclón de los Grandes Lagos se movía hacia el suroeste pasando Pittsburgh.

A - mediodía Ted estaba mirando con fijeza la pantalla y murmuraba:

- No será bastante. No, a menos que la corriente en chorro gire un par de grados.

Ahora llovía en Washington y empezaba a caer nieve en Winnipeg. Yo trataba de resolver inmediatamente, y a la vez, tres llamadas telefónicas, cuando oí un grito ensordecedor de Ted. Miré hacia la pantalla trazadora. Se doblaba ligeramente la corriente en chorro al oeste del Mississippi en una curvatura que antes no estaba localizada allí.

En cuanto pude, abordé a Ted, pidiéndole una explicación.

- Hemos utilizado los lasers de la Estación del Atlántico y hasta el último gramo de catalizadores que pude encontrar. El efecto no es espectacular, no hay cambio de tiempo advertible. Pero el anticiclón del desierto se ha encogido ligeramente y la corriente en chorro ha bajado un poquito hacia el sur.

-¿Bastará? Pregunté.

Se encogió de hombros.

Toda la larga tarde contemplamos cómo aquel pequeño rizo viajaba por toda la longitud del rumbo de la corriente en chorro, como una onda deslizándose por la extensión de una cuerda larga y tensa. Mientras, el antiguo anticiclón de los Grandes Lagos cubría todo Maryland y penetraba por Virginia. Su extensión septentrional formaba una especie de escudo en la costa hasta muy adentro de Nueva Inglaterra.

- Pero logrará penetrar - gruñó Ted, contemplando el sistema reluciente de Omega con las isobaras tan próximas unas a otras -, a menos que la corriente en chorro ayude a expulsarlo.

-¿Qué nos dice cronometraje? ¿Quién llegará primero, el cambio de la corriente en chorro o el huracán? - pregunté a Barney.

Sacudió su cabecita.

- Nos han suministrado las máquinas hasta cuatro cifras decimales y todavía no hay respuesta exacta.

Norfolk se vio azotada por una lluvia torrencial; vientos con fuerza de galerna estaban arrancando los cables de energía y derribando árboles. Washington era una ciudad oscurecida, asolada por el viento. La mayor parte de las oficinas federales había cerrado pronto y el tráfico marchaba muy despacio a lo largo de las lluviosas calles.

Los marinos, desde Hatteras hasta el ángulo en forma de anzuelo de Cabo Cod, marinos de fin de semana y profesionales por igual, colocaban amarras especiales, doblando los anclajes o sacando sus naves mar adentro. Las líneas aéreas comerciales dirigían sus vuelos rodeando la tempestad y escuadrillas enteras de aviones militares marchan hacia el oeste, alejándose del peligro, como grandes masas de aves migratorias.

Mareas de tormenta se amontonaban a lo largo de la costa y avisos de inundación eran emitidos por todos los centros civiles de defensa de una docena de Estados. Las autopistas se llenaban de gentes que se movían tierra - adentro, huyendo de la furia que se aproximaba.

Y Omega seguía a ciento sesenta kilómetros mar adentro.

Entonces se tambaleó.

Se podía notar cómo restallaba la electricidad por todo nuestro centro de control. El gigantesco huracán empezó a desviarse de la costa cuando la deflexión de la corriente de aire en chorro llegó finalmente. Todos contuvimos el aliento. Omega se plantó lejos de la costa, inseguro durante una infinita hora; luego giró hacia 'el noroeste. Empezó a encaminarse mar adentro.

Gritamos hasta quedar roncos.

Cuando el furor amainó, Ted nos convocó en torno a su escritorio.

- Aguantad, héroes El trabajo no terminó aún. Tenemos que modificar una helada en el Oeste Medio y yo quiero arrojar todo cuanto poseemos en el Omega, debilitándolo lo más posible. ¡Ahora. . .a la tarea!

Era casi media noche cuando Ted nos dijo que podíamos dejarlo. El personal de nuestro Proyecto, ahora verdaderos fabricantes del tiempo, había debilitado al Omega hasta el punto en que sólo era ya una tormenta tropical, perdiendo rápidamente su fuerza por encima de las aguas frías del Atlántico Norte. Una ligera nieve rociaba zonas de la parte superior del Oeste Medio, pero nuestras predicciones de aviso llegaron a tiempo y los fabricantes del tiempo podíamos quitar mordiente, en su mayoría, al frente frío. Las estaciones meteorológicas locales informaban sólo de problemas insignificantes producidos por la helada. La nieve no llegaba a alcanzar dos centímetros y medio.

La mayor parte del personal del Proyecto se había ido a dormir. Sólo quedaba una dotación reducida en el centro del control. Barney, Tuli y yo gravitamos hacia el escritorio de Ted. Había pedido una máquina de escribir y estaba tecleando.

- "Dimisión" lleva acento, ¿verdad? - preguntó.

Antes de que ninguno pudiese responder, sonó el teléfono. Ted estableció la comunicación. Era el doctor Weis.

- No era preciso que llamase - dijo Ted -. Se acabó el juego. Lo sé.

El doctor Weis parecía profundamente agotado, como si personalmente hubiese estado luchando contra la tormenta.

- Esta noche tuve una larga charla con el Presidente, Marrett. Usted le ha colocado en una posición difícil y a mí en otra imposible. Para el público en general, es usted un héroe. Pero no me fiaría de usted como tampoco me fiaré nunca de un ciclón.

- No se lo censuro, me imagino - respondió Ted tranquilo -. Pero no se preocupe, no tendrá que despedirme. Estoy dimitiendo. Quedará usted libre de toda culpa.

- No puede marcharse - dijo con amargura el doctor Weis -. Es usted un recurso nacional, en cuanto respecta al Presidente. Pasó la noche comparándolo con la energía nuclear le quiere domesticado y bien atado.

-¿Atado? ¿Para el control del tiempo?

Weis asintió sin decir palabra.

-¿El Presidente quiere un trabajo verdadero en el control del tiempo? - Ted mostró una enorme sonrisa -. Esas ataduras son las que he tratado de conseguir desde hace cuatro años.

- Escúcheme, Marrett. El Presidente quiere que trabaje usted en el control del tiempo, pero yo soy quien quedará responsable de controlarle. Y yo nunca... ¿me oye? ¡Nunca!... permitiré que dirija un Proyecto o que se acerque en lo más mínimo a la dirección de ese proyecto. Voy a encontrar jefes para usted, que le puedan tener bien embotellado. Haremos trabajo de control del tiempo y utilizaremos sus ideas Pero usted nunca se encargará de nada mientras yo esté en Washington..

La sonrisa de Ted se apagó.

- Está bien - dijo, ceñudo -, mientras haga el trabajo... y se .haga bien. De cualquier forma, no esperaba conseguir por esto la Medalla Nacional.

Aún echando llamas por los ojos, el doctor Weis dijo:

- Tiene usted suerte, Marrett. Mucha suerte. Si los sistemas del tiempo hubiesen sido ligeramente diferentes, si las cosas no hubiesen resultado tan bien...

- No fue suerte repuso Ted -. Fue trabajo, el trabajo de muchas personas, y cerebros y valor. Eso es lo que le gana a usted el control del tiempo... el verdadero control del tiempo. No importa cuáles sean los sistemas del tiempo si uno tiene que cambiarlos todos para que convengan a sus necesidades. No se necesita suerte, sólo tiempo y sudores. Uno hace el tiempo que desea. Eso realizamos nosotros. Por eso tenía que resultar; era preciso que lo abordásemos a la suficiente escala.

- Suerte o pericia - dijo cansino el doctor Weis -, no importa. Ahora tendrá control, del tiempo. Pero bajo mi dirección y en mis condiciones.

- Hemos ganado - exclamó Ted cuando cortó el teléfono -. Hemos ganado en verdad.

Barney se dejó caer en la silla más próxima.

- Esto es demasiado para que ocurra a la vez. Me parece que no podré creerlo.

- Es cierto respondió tranquilo Ted -. Ahora el control del tiempo es un hecho. Vamos a realizarlo.

- Tendrás que trabajar bajo las órdenes del doctor Weis y de quien él señale para dirigir el programa - dijo.

Ted se encogió de hombros.

- Ya trabajé para Rossman. Puedo trabajar para cualquiera. El trabajo es importante, no los títulos que te dan.

Tuli se frotó la cintura y murmuró:

- Yo no sé qué os pasará a vosotros, inescrutables occidentales, pero este mongol de sangre roja se está muriendo de hambre.

- Yo también, ahora que lo pienso - corroboró Ted -. ¡Vamos, muchachos, celebremos el triunfo con un desayuno!

- Muchachos repitió Barney, ceñuda.

- Ah, es cierto, eres una chica. Vamos, muchacha. Parece ser que ya no tendrás que hacer de segundo violín en el concierto de los huracanes - la cogió del brazo y se dirigió hacia la puerta -. ¿Crees que podrías continuar siendo el centro de mi atención?

Barney se volvió a mirarme. Me levanté y la tomé del otro brazo.

- Si no te importa, será también el centro de mi atención.

Tuli sacudió la cabeza al unírseos.

- Sois bárbaros. No me extrañan vuestros ataques nerviosos. Uno nunca sabe quién se casará con quién Y yo ya tengo a mi futura esposa elegida; nuestras familias concertaron la unión cuando ambos teníamos cuatro añitos.

- Por eso te encuentras aquí en los Estados Unidos - bromeó Ted.

Barney dijo:

- Tuli, no hagas nada para que cambien de idea. Desde que yo tenía cuatro años no me dedicaron tantas atenciones los hombres como en este momento.

Bajamos por la escalera principal y salimos a la calle. Las aceras tenían charcos de lluvia, un efecto colateral de Omega, pero en el cielo las estrellas brillaban por entre los retazos deshilachados de las nubes.

- Hoy el mundo va a despertar y descubrir que el hombre puede controlar el tiempo dijo Ted.

- No, en realidad - le previno Tuli -. Sólo estamos en el principio. Aún nos quedan por delante años de aprendizaje. Décadas, quizá siglos.

Ted asintió, una sonrisa de satisfacción en su cara.

- Puede. Pero ya hemos empezado. Eso es lo importante.

-¿Y los problemas políticos que esto originará? - pregunté -. ¿Los cambios oficiales y económicos que comportará el control del tiempo? ¿Qué hay de eso?

Soltó una carcajada.

- Eso es para que os preocupéis los administradores como tú y el Presidente. Yo tengo bastante trabajo para seguir atareado: seis cuatrillones de toneladas de aire... y una chica matemática.

EPILOGO

Algo más de dos años después, en una dorada tarde de octubre, las Naciones Unidas celebraron una sesión especial al aire libre en Washington, para oír las palabras del Presidente, que se dirigía a todos los miembros de la Organización.

Fue la primera vez que vi a Barney y a Ted desde su boda, seis meses antes. Ella me comunicó su decisión con la máxima gentileza y yo aprendí que es posible vivir completo con dolor aun cuando no haya esperanza de curarse por Había seguido gobernando Eolo; ahora en el Laboratorio existía trabajo en abundancia. Ted y Barney (y Tuli, también) vivían en Washington y trabajaban en el programa de control del tiempo del Gobierno. Ted había sentado la cabeza, siguiendo las directrices de uno de los mayores científicos de la nación, y veía cómo nuestros años de lucha se convertían en un logro sólido y perfecto.

Los delegados de las N. U. se reunieron en un pabellón especial al aire libre, construido a lo largo de las orillas del Potomac para esta ceremonia. Gente clave del Departamento de Meteorología y del Congreso y del Gobierno estaba entre el público. Más allá de los asientos puestos en la hierba para los delegados y huéspedes e invitados, una enorme multitud se agrupaba y escuchaba al Presidente.

Porque la tecnología - decía -, es a la vez un constante peligro y una constante oportunidad. A través de la tecnología, el hombre ha alcanzado el poder para destruirse a si mismo, o el poder para unir este planeta en paz y libertad... libertad de la guerra, del hambre y de la ignorancia.

"Hoy nos reunimos para señalar un nuevo paso en el uso pacífico del creciente conocimiento técnico del hombre: el establecimiento de la Comisión de las Naciones Unidas para el Control Planetario del Tiempo...

Como la victoria de Ted sobre el Huracán Omega, esto era sólo el primer paso. Hasta el total control del tiempo y la total solución de los problemas humanos entrañados, quedaba todavía a mucha distancia. Pero habíamos empezado a recorrer el camino adecuado.

En el bolsillo de mi chaqueta tenía una carta del Secretario General de las N. U. pidiéndome que ingresase en el personal de la Comisión de Control Planetario del Tiempo. Sabía que Ted recibió una carta semejante y que Tul la recibiría pronto.

Mientras permanecíamos sentados juntos, escuchando al Presidente, una gentil brisa nos acarició, agitando los árboles color llama y templando el calor del sol. Era una tarde estupenda, animosa, de otoño: un cielo azul brillante, un sol radiante, bocanadas ocasionales de algodonosas nubes redondas, cúmulos de buen tiempo. Un día perfecto para una ceremonia al aire libre.

Era natural.

FIN

NOTA BIBLIOGRAFICA ACERCA DEL AUTOR

- Ben Bova, cuyo trabajo como coordinador de "marketing" para el Avco Everett Research Laboratory le relaciona con muchos aspectos de los comunicados técnicos, estudió periodismo en Temple University. Tras graduarse, llegó a editor técnico del Proyecto Vanguard en la Martin Company y más tarde escribió guiones cinematográficos para el Physical Science Study Committee (ahora Educational Service, Inc.), Watertown, Massachusetts.

Miembro de la National Association of Science Writers (Asociación Nacional de Escritores Científicos), miembro correspondiente de la Science Fiction Writers of America (Escritores de Ciencia Ficción de América) y miembro de la American Association for the Advancement of Science (Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia), el señor Bova ha escrito muchos libros y artículos sobre diversas materias científicas.

Autor de *The Uses of Space* (los usos del espacio) y de un par de libros de ciencia ficción para la juventud, *Star Watchman* (Vigilante estelar) y *The Star Conquerors* (Los conquistadores de las estrellas) - Ediciones Géminis, 5. A., publicó en "Universum, 66" un delicioso cuento del señor Bova, escrito en colaboración con M. Lewis y titulado "Hombres de buena voluntad"- ha explicado cómo se le ocurrió la idea de este libro: "En cierto ocasión, mientras hacíamos planes para realizar un viaje a campo a través en motocicleta, nos sorprendió una tormenta de nieve. El Departamento de Meteorología predijo que la nevada cesaría a las nueve de la mañana. Exactamente a las nueve salí a la calle. La nieve acababa de dejar de

caer, las nubes se estaban alejando y se veían retazos de cielo azul. ¿Supongamos que siempre pudiésemos tener tanta exactitud en las predicciones?, me pregunté. Mejor aún: ¿supongamos que pudiéramos lograr un tiempo meteorológico a voluntad? Y así nació el germen de "LOS FABRICANTES DEL TIEMPO".